

**ESTRELLA
ROJA
ALEXANDER
BOGDÁNOV**



Estrella roja. Una delirante fantasía utópica, en la que un viaje a Marte se convierte en una alegoría sobre el estado soviético. Repleto de ingenios mecánicos como el video-teléfono, las góndolas voladoras, y por supuesto el viaje interplanetario, la novela antecede la automatización de la producción e incluso la fusión atómica. Estrella Roja, heredera de Verne y Wells, se trata de un maravilloso ejemplo de proto-steampunk.

Lectulandia

Alexander Bogdánov

Estrella roja

ePub r1.0

SoporAeternus 07.04.15

Título original: *Krásnaia Zvezdá*
Alexander Bogdánov, 1908
Traducción: Marian Womack & James Womack
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Resulta posible todavía entusiasmarse con los viajes a otros planetas? ¿O bien debemos permitir que las series televisivas intergalácticas y las fotografías del telescopio espacial Hubble hagan parecer a nuestro viejo Sistema Solar cansino y provinciano, incluso antes de que nadie lo haya explorado más allá de la Luna? Tal vez esta sea la razón principal de nuestro tedio; no obstante, hay otras razones a tener en cuenta. Con el paso de las décadas nos ha llegado a parecer más significativa la posición de Gene Cernan como el último hombre sobre la Luna, que la de Neil Armstrong como el primero en pisarla. El programa espacial de China, entretanto, parece debatirse entre si recoger el testigo, caído de entre los dedos de los Estados Unidos y la Unión Soviética, o no hacerlo. Y en mitad de todo esto, Marte en concreto permanece inamovible, erguido y orgulloso como un reproche.

Los niños que buscaron al primer Sputnik en el cielo nocturno de 1957, o los que vieron fotografías borrosas del Apollo 11 en 1969, esperaron que los viajes interplanetarios se convirtieran en algo rutinario. En lugar de ello, han crecido y envejecido en un Mundo en el cual incluso nuestro planeta más cercano nos parece más inaccesible que nunca. Como es comprensible, no les entusiasma revivir las frustradas esperanzas de su juventud, mientras que aquellos de nosotros que somos demasiado jóvenes para recordar esos tiempos pasados debemos sentirnos, frente a las fotografías en blanco y negro de un cohete Saturno 5, más o menos como los bárbaros del Siglo Sexto debieron hacerlo al contemplar un acueducto, y preguntarse qué raza de gigantes había construido esa maravilla. Los fragmentos que han sobrevivido del programa espacial (satélites espías, repetidores de televisión de varios canales) son casi manifiestamente prosaicos; y en cuanto sea retirado el cada vez más inseguro transbordador espacial, la única forma de proveer a la Estación Espacial Internacional será a bordo del Soyuz, que voló por primera vez en 1967. Tal vez los lanzamientos de cohetes todavía emocionen a los Coreanos del Norte; pero Corea del Norte en sí misma es otro Mundo, y, a pesar de ello, se cuenta que los *Taepodongs* tienen la mala costumbre de caerse al mar.

Como Alexander Bogdánov, estoy hablando de viajes en el espacio; pero como Alexander Bogdánov, lo que también tengo en mente es el comunismo. **Estrella Roja**, publicado en 1908, es un producto de lo que los Bolcheviques iban a recordar como el «periodo de reacción» tras la supresión de la Revolución de 1905, una época en la que desaparecieron las organizaciones de trabajadores, los partidos revolucionarios fueron forzados a volverse clandestinos, y gran cantidad de líderes revolucionarios se mantuvieron ocupados con apasionados y enrevesados debates sobre la naturaleza de la materia, la relación entre nuestra percepción sensorial y la realidad objetiva, «la creación de los dioses», y las teorías filosóficas de Richard Avenarius y Ernst Mach^[1].

Bogdánov (1873-1928), una figura relevante de la facción Bolchevique del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, se encontraban en el centro de dichas discusiones, forzando a que Lenin escribiera un volumen monumental, **Materialismo y Empiriocriticismo** (1909), dirigido contra él y sus seguidores. Años más tarde, la misma trifulca llevaría a Stalin a incluir su famoso capítulo sobre materialismo dialéctico e histórico en el volumen oficial **Historia de la C.P.S.U.(b). Curso básico** (1938). Ecos de estos debates pueden detectarse en **Estrella Roja** por parte de los lectores interesados; y la experiencia más reciente de derrotas y cambios de rumbos puede que también ayude a entender que Bogdánov decidiera aventurarse en la ficción utópica, un género que por lo general los marxistas tendieron a evitar. (**Noticias de ninguna parte** (1893) de William Morris, es otra excepción; y una también escrita en un tiempo en el que las perspectivas políticas parecían desoladoras).

Pero a los lectores de hoy día, viviendo como lo hacemos en nuestro propio «periodo de reacción», es posible que nos sorprendan menos los rastros de la derrota reciente que el optimismo histórico que prevalece en el texto de Bogdánov. Los escritores de utopías disfrutaban del antiguo privilegio de insertar pequeños trozos de sus propias manías dentro de la sociedad razonable que imaginan, y Bogdánov hace algún uso de ese derecho confesado: de manera que sus marcianos comparten la visión de su protagonista sobre ciertas cuestiones controvertidas de la filosofía de la ciencia, y cuando componen poesía se aseguran de que rima. Pero hay poco de esto en realidad en **Estrella Roja**, por lo que a menudo parece algo descolorida cuando se presenta junto a las visiones utópicas mucho más personales imaginadas incluso por escritores de no-ficción, como Charles Fourier en su **Théorie des quatre mouvements**, (1808), y otros. Las partes de la novela de Bogdánov que se ocupan de la industria marciana pueden funcionar sin empeñarse en ello, y son un intento creativo y razonable de imaginar como una sociedad industrializada que ha alcanzado la categoría de no poseer clases sociales de ningún tipo podría ser. Como tales, solo parecen anticuadas desde la mirada de la sociedad occidental de que el progreso más allá del punto que hemos alcanzado es fundamentalmente imposible.

Cuando Francis Fukuyama escribió en **El fin de la historia y el último hombre** (1992) que «nos resulta problemático imaginar un Mundo radicalmente mejor que el nuestro», quería inspirar en su oyente la euforia de la sociedad posterior a la Guerra Fría; hoy, sin embargo, sus palabras suenan como si estuvieran admitiendo nuestro desencanto.

Es este desmesurado pesimismo el que complica que reaccionemos de forma adecuada a un texto como **Estrella Roja**, ya sea como ciencia ficción o como utopía social. El problema no es que la novela se vuelva imposible de leer en nuestro tiempo. Se trata más bien de lo contrario: nos resulta demasiado sencillo leerla a través de la niebla de una nostalgia cargada de ironía e increíblemente refinada, como un texto de época perteneciente a una edad pasada en la cual la gente aún creía en la

existencia de un futuro.

Nostalgia por el futuro es en sí misma una condición inevitable de la vida moderna: después de todo, la presente generación (al menos en el Occidente capitalista) es la primera en bastante tiempo a la que no se le ha ofrecido una expectación seria por un futuro que será significativamente mejor que el presente. Por mucho que creamos en el futuro, es difícil aceptar la promesa de frigoríficos que se comunicarán con las tiendas por e-mail como sustituto de la paz mundial o de vacaciones en la Luna. Pero sería una pena acercarse a **Estrella Roja** exclusivamente bajo esa perspectiva. Hacerlo significaría perderse la increíblemente constructiva imaginación que permite que Bogdánov comente casi de pasada sobre la superioridad de naves espaciales propulsadas por energía nuclear sobre los aeroplanos con alas, algo asombroso tratándose de un libro escrito solo cinco años después del vuelo de los hermanos Wright, y solo doce años después de que Becquerel descubriera la radioactividad. De igual forma, en el plano social, Bogdánov se anticipa al pensamiento feminista que surgiría más tarde en su argumentación sobre las diferencias de género entre los marcianos; e incluso sus escenas en las fábricas consiguen transmitir algo del espíritu de los movimientos artísticos que emergerían tras la Revolución de Octubre: el Proletkult, el constructivismo, el socialrealismo. **Estrella Roja** a menudo suena como un texto anticuado. Pero el lector no deja de sorprenderse al sentir de continuo que debe pertenecer sin embargo a un tiempo pasado más reciente que 1908: al júbilo industrial de las épocas de los Planes quinquenales (1929-37), o a la época de las películas de serie B con sus platillos voladores y sus moles atómicas de los años cincuenta.

La época en sí misma, no obstante, ahora nos parece extrañamente remota; y es duro imaginarse algo como **Estrella Roja** escrito hoy. Incluso los simpatizantes de izquierdas a menudo son cautos y se abstienen de ocuparse más allá de sus preocupaciones más cercanas, y no son dados a permitir que la más mínima sugerencia de una utopía entre en la ecuación; como si las tragedias del Siglo Veinte nos descalificasen para pedir cualquier cosa que fuera más radical que un espacio en el que respirar entre cortes de presupuesto, y otro espacio para respirar entre guerras imperialistas. En nuestra preocupación desmesurada por parecer «razonables» y «realistas», los militantes de izquierdas podemos terminar dando la apariencia de respaldar la corriente predominante de defensa del capitalismo, lo cual no quiere decir que sea justa, o eficiente, o progresiva, o humana, sino simplemente que existe y que no permite otra alternativa. Y sin embargo la avidez por encontrar alternativas posibles puede palparse. Esa es la explicación para la difusión internacional de un slogan tan vacío como «Otro Mundo es posible» (el cual no especifica cómo puede ser ese Mundo, o cómo podría diferenciarse del que habitamos, o por qué lo queríamos, o cómo podemos llegar hasta él). De momento, una pizca de utopianismo repleto de estrellas sería el error más fácil de perdonar que podría cometer la izquierda; o, al menos, sería mucho menos dañino que una negación continuada a ir

más allá de los límites de lo que se nos ofrece hoy día como alcanzable.

En ese contexto, la publicación de la novela de Bogdánov representa casi un desafío a la izquierda de hoy día. Aquí tenemos un intento desvergonzado de imaginar un futuro; aquí tenemos la imaginación de un escritor sobre a qué podría parecerse el comunismo; no la revolución, no la transición, sino el comunismo independiente del estado. Sin duda habrá cosas en dicha novela que no hayan superado bien el paso de un siglo entero. Sin duda, habrá cosas que imaginaríamos distintas. Pero una de las dichas de la utopía, y algo que se encuentra mucho menos disponible que el género mucho más de moda de la utopía negativa, la antiutopía o «distopía», es que invita al lector a imaginar, a debatir, a mostrarse en desacuerdo, y a pintar las cosas distintas. Y los lectores de hoy, en un Mundo donde ni la derecha ni la izquierda parecen capaces de plantear una visión significativa del futuro, se encuentran prácticamente destinadas a encontrar la claridad y la fuerza de la imaginación de Bogdánov vigorizante. Tal vez no fuera demasiado esperar que aquellos simpatizantes de izquierda que lean este libro, se sientan estimulados a regresar a la idea fundamental del comunismo, a imaginar cómo podría haber sido, y cómo podría haber sido realizado, y a reconocer que la incapacidad de la burguesía para imaginar un futuro mejor no significa que debemos dejar de intentarlo. De esa forma, algo de materia podría incluso ser superpuesta sobre la conciencia opositora tan esqueléticamente expresada en las palabras «Otro Mundo es posible».

Y, sea lo que sea que pueda ser dicho sobre **Estrella Roja**, ciertamente se trata de otro Mundo. Es bien sabido que la palabra «planeta», en la literatura moderna de utopías y viajes imaginarios, a menudo no significa mucho más de lo que «isla» significaba en la literatura anterior del mismo género. «Nuestra nave llegó a un extraño planeta»: se trata de una excusa para contar un tipo particular de historia. Marte, a pesar de todo, es obstinadamente distinto. La diferencia no tiene nada que ver con ninguna asociación mítica o astrológica que podría haber sido adjudicada a Ares, Nergal, o el Huo-hsing de los antiguos^[2], una estrella que era lo suficientemente interesante, uno supone, aunque no tan glamurosa como Venus.

Se trata más bien de que Marte, al menos desde los nefastos *canali* de Schiaparelli y los «canales» de los marcianos de Lowell^[3], ha sido identificado específicamente como otra posible Tierra.

Y de ahí solo se necesita un paso para convertirlo en la anti-Tierra. Marte ya era la anti-Tierra en **La guerra de los mundos** (1898) de H. G. Wells; y es todavía la anti-Tierra, aunque con una valoración diferente, en el ensayo **La trompeta de los marcianos** (1916), del poeta cubo-futurista Velimir Khlebnikov, donde se declara que «Los gloriosos individuos cuyo trabajo ha aparecido en las publicaciones futuras son promocionados del rango de personas al rango de marcianos, mientras que Wells y Marinetti^[4] son invitados a unirse al parlamento de los marcianos como invitados, con derecho a debatir pero sin voto». Esto resulta de lo más justo: se saluda a los futuristas extranjeros, y también, uno puede asumirlo solamente, a los marcianos

extranjeros.

De manera que cuando Bogdánov elige Marte como el escenario de su utopía extraterrestre, significa algo más que la posibilidad de un juego de palabras político y sutil en el título. La vida en Neptuno, o en algún planeta de la estrella Vega, podría resultar curiosa; pero la vida en Marte es un desafío directo. Y si Marte es de veras la anti-Tierra, el opuesto cósmico de nuestro propio planeta, entonces, como Robert Heinlein también entendió (**Un extraño en tierra extraña**, 1962), sus habitantes podrían eventualmente tener que elegir entre civilizarnos o exterminarnos.

En este momento es difícil no sospechar que la alegoría de Bogdánov se le ha escapado de las manos. Tan admirable como resulta sin duda la organización social e industrial marciana, el lector humano (y ninguna otra clase de lector parece especialmente probable) debe ir enfriándose de forma progresiva cuando se va desvelando el debate sobre política colonialista. Leonid/Lenni, el protagonista, de repente parece un viajero que ha «visto el futuro, y lo que puede hacer», más que un «salvaje» recogido de las colonias y traído de vuelta a casa para ser una curiosidad interesante en la metrópolis, una vez que ha aprendido los rudimentos del comportamiento «educado», por supuesto, y ha adoptado un nombre apropiadamente marciano. Marte, la anti-Tierra, el Otro *par excellence*, de repente se propone a tratar a la humanidad precisamente de la misma forma que los imperios de la Tierra han tratado al «otro»; e, incluso si la facción liberal consigue lo que quiere, la perspectiva de una «misión civilizadora» marciana es ciertamente inquietante. ¿Serán los niños de la Tierra, una vez que hayan sido provistos con los excelentes libros de historia de Marte, requeridos a mostrar lo que han asimilado mediante el método de recitar anécdotas sobre *nos ancêtres les Martiens*? ¿Tendremos nosotros, tal vez, que sentarnos en la parte trasera de las naves espaciales nucleares? ¿Habrán «zonas verdes» marcianas en nuestras ciudades, y puestos de seguridad marcianos para que pasemos entre las barreras de seguridad, y figuras públicas marcianas que den discursos moralistas en los que se lamenten sobre el hecho de que aún no seamos lo suficientemente maduros para gobernarnos a nosotros mismos? *Pace* el fallecido J. Posadas^[5], no se trata de un futuro que uno pueda contemplar sin sentir un cierto grado de alarma.

Esta sacudida inesperada a la experiencia colonial tal vez no resulta tan sorprendente en una obra del Siglo Veinte, una época en la que la expansión imperialista era parte de nuestra vida tanto como ha probado serlo en los primeros años del Siglo Veintiuno. Puede que también refleje cierta vacilación en la confianza, en lo más profundo del «periodo reaccionario», sobre si la revolución del proletariado triunfaría, y cuánto tardaría en hacerlo. Pero también debería ser leído como una expresión algo mistificada de un sentimiento que poseían la gran mayoría de los revolucionarios rusos: que sería el proletariado «más avanzado» de los países occidentales el que lideraría el camino hacia el comunismo. Dicha esperanza no duraría muchos años más allá de la publicación de **Estrella Roja**. Es más; la próxima

vez que los lectores rusos fueran invitados a viajar a Marte sería después de la Revolución de Octubre, en compañía de un inventor excéntrico de Petrogrado y un miembro del Ejército Rojo desmovilizado, en la encantadora novela de A. N. Tolstói **Aelita** (1922). En esta ocasión, se trata de la Tierra la que tal vez exporte la revolución a Marte, tenga o no tenga importancia la inevitable relación romántica del diseñador de la nave con la princesa marciana cuyo nombre da título a la novela. (Los nombres marcianos de Tolstói son de alguna forma más eufónicos que los de Bogdánov, y sus mujeres marcianas tal vez más tradicionalmente femeninas).

En los años inmediatamente posteriores a la revolución, el mismo Bogdánov estuvo asociado con el movimiento radical «Cultura del Proletariado», un grupo que probablemente tenía una línea incluso más radical en resonantes declaraciones sobre la necesidad para la creación de un nuevo arte del proletariado que en producir y alentar dichos ejemplos de arte, pero que no era inusual en absoluto en ello entre las agrupaciones literarias y artísticas de la época. Por ello, regresó a su antigua profesión de medicina y se convirtió en el director y fundador del Instituto para la Transfusión de la Sangre, donde moriría como resultado de un experimento fallido.

Además de sus actividades como novelista, científico, filósofo, y revolucionario, también dejó lo que se ha considerado su principal obra, **La ciencia general de la organización en dos volúmenes** (1913-17). Incluso para un miembro de la pléyade de pensadores revolucionarios rusos e internacionales que incluyen a Lenin, Luxemburg, Kollontái, Pannekoek, Gramsci, Lukács, Trotski^[6], además de otros, la competencia e incluso eminencia de Bogdánov en campos tan distintos es asombrosa.

Tal vez, junto con otros eruditos, la propia diversidad de sus talentos ha dificultado que alcance un mayor reconocimiento; aunque el hecho de que tuviera la mala suerte de encontrarse de forma repetida al otro lado de las barricadas de la facción seguidora de V. I. Lenin ciertamente no le ayudó al alcanzar su reputación póstuma en su país de nacimiento. Por momentos incluso se le ha obligado a compartir, de forma errónea, el destino nada envidiable de Eugen Dühring, para ser recordado únicamente como alguien a quien uno de los clásicos una vez refutó^[7]. Es por lo tanto alentador, y tal vez una señal de hacia dónde se dirige nuestra cultura, que exista suficiente interés para justificar la traducción de una de sus obras.

Estrella Roja es un documento valioso de su propia época, y uno que todavía tiene algo que comunicar a la nuestra; también es una obra de ficción de gran importancia, escrita por un escritor injustamente ignorado. En un momento en el que la burguesía se ha olvidado de cómo mantener la esperanza por un futuro mejor, e incluso sus fantasías son fantasías de devastación, la novela abiertamente utópica de Bogdánov nos invita a imaginarnos un mundo diferente. Los traductores y editores deberían ser felicitados por hacerla llegar a los lectores en castellano.

Edmund Griffiths
Universidad de Oxford

Primera Parte

I. La ruptura

La historia que relataré a continuación ocurrió al mismo tiempo que comenzaba en nuestro país aquel pandemónium que continúa hasta el día de hoy, y que considero se acerca hacia su conclusión terrible e inevitable. Aquellos primeros días del levantamiento conmocionaron de manera tan profunda la conciencia colectiva que la gente esperó una resolución rápida y gloriosa; como si lo peor ya hubiera ocurrido, y nadie creyera posible que algo aún más terrible estaba por llegar. Nadie podría haber imaginado hasta qué punto resultarían tenaces las manos de los cadáveres que se amontonaban, empeñándose en agarrar a los vivos y someterlos con su cruel abrazo. Los sentimientos que marcaban aquella guerra nos inspiraban a todos. Las almas de todas las personas miraban sin miedo hacia el futuro, mientras que el presente parecía disolverse en una neblina rosada, y el pasado se desvanecía en algún punto remoto que no alcanzábamos a ver. Las relaciones que se fraguaban entre las personas adoptaron una pátina de lo temporal y caduco, de una forma que nunca antes habíamos experimentado ninguno.

Fue durante estos días cuando tuvo lugar el suceso que transformaría mi vida al completo, desligando mi destino de aquella guerra entre hermanos. A pesar de contar tan solo con veintisiete años de vida, me consideraban uno de los miembros del partido más «ancianos». Contaba con seis años de experiencia a mis espaldas, aparte de los doce meses transcurridos en prisión. Es justo decir que, al haber sentido la proximidad de la tormenta con mayor acierto que otros, también la acepté con más calma de lo que lo hicieron ellos. Nuestro trabajo no conocía tregua, incrementándose a cada paso dado. Pero no por ello abandoné mis estudios, en especial mi interés en informarme sobre la composición de los materiales; aunque tampoco dejara mis lecturas, ni tampoco mis colaboraciones en publicaciones dirigidas a la infancia, que en aquellos tiempos constituía una forma de vida para mí. Al tiempo que mi vida se hallaba conquistada por tantas y tan diferentes cosas, me sentía, o creía, enamorado también.

Sus compañeros del partido la conocíamos como Anna Nikoláievna, y pertenecía a una facción de corte más moderado. Esto yo lo achacaba a la dulzura de su naturaleza, así como a la confusión general de las posturas políticas en nuestro partido. A pesar de que era mayor que yo, no podía evitar considerarla como una persona que aún necesitaba tiempo para alcanzar la madurez emocional. En este punto cometía un error.

Es necesario apuntar que yo mismo no podría haber previsto de ninguna manera posible la ruptura que se avecinaba, puesto que se acercaba el momento en el que un poder exterior, que no podía ser ignorado, se insinuaría entre las líneas inamovibles de nuestra existencia, acelerando el proceso que acabaría por destruir nuestra vida como la conocíamos entonces. Fue durante aquellos días, creo recordar, cuando un hombre joven llegó a la capital y se introdujo en nuestro círculo con el nombre, o más

bien el alias algo extraño de Menni. Provenía del Sur, y traía consigo ciertas instrucciones e información que demostraban fuera de toda duda de que gozaba de la confianza absoluta por parte de sus camaradas de allí. Una vez que juzgó su misión completada, Menni decidió permanecer en la capital durante algún tiempo, durante el cual se convirtió en un visitante asiduo a nuestro apartamento. Parecía evidente que Menni poseía alguna razón para desear conocerme en más profundidad. En muchos aspectos podría decirse que era una persona de una gran originalidad, incluso en lo referente a su apariencia. Llevaba unas gafas de Sol tan oscurecidas que era imposible aventurar sobre el color de sus ojos; tenía la cabeza desproporionalmente grande; poseía unos rasgos hermosos, pero increíblemente inmóviles y como sin vida, que solían ignorar su tono de voz, de lo más expresivo. Poseía una figura bien construida, flexible y juvenil. Siempre hablaba con libertad y fluidez, y en todos los temas parecía estar bien informado, aunque poseyera una formación académica bastante específica como ingeniero.

Menni tenía la costumbre cuando hablaba de relacionar los asuntos individuales y prácticos con las reglas intelectuales y generales de las que partían. Siempre que venía a visitarnos ocurría que nuestras conversaciones con él acababan por evidenciar las contradicciones de nuestras propias opiniones e incluso personalidades, de manera que mi mujer y yo comenzamos a sufrir por su presencia.

La visión del Mundo de Menni estaba bastante de acuerdo con la mía. Siempre que hablaba lo hacía con respeto y amabilidad, y los temas que tocaba eran siempre importantes. Siempre conseguía establecer una conexión en su argumento entre las diferencias políticas que ambos teníamos con Anna Nikoláievna y nuestra visión del Mundo, de manera que los desacuerdos parecían inevitables desde el punto de vista psicológico y resultado inevitable de estas diferencias además. Aquello se traducía en que cualquier deseo o intención por influir en la opinión opuesta desaparecían; también lo hacía la intención de suavizar nuestras posturas opuestas, e incluso de encontrar algún punto de equilibrio entre ambas. Por todo esto podría decirse que Anna Nikoláievna sentía por Menni algo parecido al odio, mezclado en todo momento por una animada curiosidad. El personaje inspiraba en mi persona tanto un respeto considerable como las dudas más oscuras posibles. Era consciente de que Menni venía a vernos con alguna intención oculta en su mente, pero no llegaba a adivinar de qué podría tratarse.

Fue hacia finales de Enero. Los líderes de ambas facciones del partido mantenían un encuentro que concluiría con la planificación de manifestaciones masivas, indicadas para alentar tumultos. Menni había venido a vernos la noche anterior para preguntarnos qué posición esperábamos adoptar. Así mismo, nuestro visitante planteó la cuestión de si correspondía decidir a los jefes del partido sobre ello. Huelga decir que se inició un debate entre los tres que pronto adoptó un carácter feroz.

Anna Nikoláievna afirmó que cualquiera que votase a favor de la manifestación estaba obligado moralmente a marchar en primera línea. Yo expresé la opinión de que

esto no era verdad del todo, y que quienes debían manifestarse tenían que ser aquellos que pudieran resultar útiles, refiriéndome a otros miembros del partido como yo mismo, con experiencia en situaciones similares. Menni fue más lejos todavía, opinando que, en vista de que el enfrentamiento con los militares era inevitable, la manifestación debería estar compuesta de gente con habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo, y personas con experiencia en la organización de ataques. También opinaba que la calle no era el lugar en el que los líderes políticos debían de fraguar su lucha, y que aquellas personas de carácter débil o nervioso también resultarían de lo más peligrosas.

Anna Nikoláievna se sintió ofendida de forma personal por nuestras opiniones, puesto que las creyó dirigidas a ella en particular. Dio por terminada nuestra charla y se encerró en su habitación. Al poco Menni se marchó.

Al día siguiente tuve que levantarme muy temprano y abandonar nuestro apartamento sin despedirme de Anna Nikoláievna, y no regresé hasta bastante tarde. La manifestación había sido cancelada, por parte de los líderes de nuestro comité y también, como más adelante descubriría, por el colectivo a cargo de la facción opuesta. La decisión me alegraba. Consideraba que estábamos poco preparados para un conflicto armado con la policía, y que la acción que se planeaba no habría sido otra cosa que un desperdicio de fuerza que no conduciría a nada. Así mismo tenía la esperanza de que tal decisión habría calmado a Anna Nikoláievna de su enfado de la tarde anterior.

Cuando entré en mi habitación encontré una nota sobre el escritorio:

«Me marchó. Cuando más cosas aprendo sobre mí misma y sobre ti, más evidente me resulta que ambos viajamos por caminos distintos, y que cometemos un grave error al estar juntos. Sería mejor si no volviéramos a vernos nunca. Perdóname».

Tras leer la nota volví a salir, y caminé por las calles durante horas, con la cabeza vacía de pensamientos productivos, exhausto y frío, como mi alma. Cuando regresé a casa me aguardaba un invitado inesperado. Era Menni. Estaba sentado en mi escritorio y escribía una nota.

II. La invitación

—Tengo que hablar contigo de un tema de una gran seriedad, aunque es posible que te resulte algo insólito —dijo Menni al verme; me senté y me dispuse a escuchar—. He leído con interés el panfleto que publicaste sobre electrodos —comenzó—. Yo mismo he pasado varios años estudiándolos, y considero que tus teorías se encuentran cercanas a la realidad —permanecí en silencio, y Menni se dispuso a continuar—: Tu estudio contiene una observación de especial interés para mí. Sugieres que la teoría eléctrica de los materiales, que de manera inevitable presenta la gravedad como una forma de atracción y repulsión eléctrica, debe resultar en una nueva concepción de la gravedad, ya que postularía la existencia de un material que no sea atraído por la Tierra, el Sol u otros cuerpos celestes, y que en lugar sea repelido por ellos. Para poner un ejemplo hablas de la repulsión magnética de los cuerpos, y que dicha repulsión resulta en que fuerzas que son paralelas se mueven en direcciones opuestas. Aunque me da la impresión de que tu breve exposición implica bastantes más cosas de las que demuestras en tu estudio.

—Es cierto —respondí—. Intuyo que será mediante dichas leyes de atracción y repulsión mediante las cuales la humanidad resolverá de una buena vez el problema del viaje aéreo, y más adelante incluso la cuestión de los viajes interplanetarios. Pero aunque tenga razón no tiene sentido considerar estas cuestiones hasta que se haya formulado una teoría de cohesión entre la materia y dicho entendimiento de la gravedad. Es más, aunque pudiera demostrarse que el tipo de materia al que me refiero existe, todavía nos sería imposible hacer nada: su capacidad para ser repelida debería haberla expulsado hace mucho tiempo del Sistema Solar, o, lo que es más posible, ni tan siquiera habría sido creada cuando el Sistema Solar comenzó a originarse a partir del caos. Todo ello significa que dicho tipo de materia tendría que ser creada primero en teoría, para después ser producida en la práctica. Carecemos de los datos necesarios para acometer tal empresa, y es posible que lo único que pueda hacerse sea declarar que, en teoría, se trata de una tarea que debería llevarse a cabo algún día...

—Entiendo... —murmuró Menni—. Y a pesar de tus sabias palabras, puedo comunicarte que dicha tarea ya ha sido acometida.

Lo miré con asombro. Tenía el rostro tan inmóvil como de costumbre, pero un timbre de verdad en el tono de su voz me impedía pensar que me estaba tomando el pelo. A lo mejor Menni es un enfermo mental, pensé.

—No soy capaz de mentirte —respondió, pareciera que a mis pensamientos—, y créeme que sé bien de lo que hablo. Debes escucharme con paciencia, y más tarde, si así lo deseas, te mostraré las pruebas pertinentes de lo que digo.

A continuación me contó el siguiente relato:

—El gran descubrimiento sobre el que hablamos no fue realizado por individuos, sino que lo llevó a cabo una extensa comunidad científica que ha existido desde hace

un gran espacio de tiempo, y que dedicó muchas de sus energías al tema que nos ocupa. La existencia de dicha comunidad ha sido un secreto hasta ahora, y no se me permite informarte con más detalle sobre sus orígenes e historia, al menos hasta que hayamos tratado asuntos de mayor importancia. Nuestra sociedad se encontraba significativamente avanzada respecto a la comunidad científica en innumerables cuestiones de especial relevancia. Conocíamos los elementos radiactivos y su distribución con anterioridad a los descubrimientos por parte de Curie y Rutherford^[8], y nuestras camaradas eran capaces de llevar a cabo el análisis de su composición con mayor minuciosidad. Fue en el proceso de dichas investigaciones cuando comprendimos que existía una posibilidad de que dichos elementos repelieran los cuerpos terrestres, y desde entonces hemos llevado a cabo la síntesis de estos llamados «antimateriales». El siguiente paso, desarrollar y crear la tecnología necesaria para su producción masiva, no resultó complicado. Lo primero que creamos fueron aparatos voladores destinados al movimiento dentro de la atmósfera terrestre, y a continuación para viajar a otros planetas.

A pesar del tono calmado y lleno de convicción de Menni, su relato me resultaba poco fiable y maravilloso.

—¿Y cómo es posible que os haya resultado posible hacer todo esto y mantenerlo en secreto? —interrumpí.

—Consideramos la discreción de una relevancia excepcional. Es nuestra creencia que resultaría demasiado peligroso publicar nuestros hallazgos científicos mientras la mayoría de los países tengan gobiernos reaccionarios. Tú mismo, al ser un revolucionario ruso, debes entendernos mejor de lo que lo haría la mayoría. Considera por un instante como tu gobierno «asiático» utiliza métodos europeos para controlar a los ciudadanos y ocultarles información, y de esta forma anular cualquier intento de progreso que se produzca en el país. ¿Acaso no hay ninguna posibilidad que supere a la forma medio feudal, medio constitucional, en la que está gobernada tu país, a la postre por un estúpido y enojado tontaina controlado a su vez por fuerzas más poderosas que él? ¿Y de qué sirven las burguesas repúblicas europeas? Es evidente que si la gente conociera la existencia de nuestras máquinas voladoras, su única preocupación sería someterlas a su control, y usarlas para fortalecer a las clases dirigentes. Eso no es en absoluto lo que deseamos, y por lo tanto es preferible mantener el secreto a la espera de condiciones más apropiadas para revelar su existencia.

—¿Me estás diciendo que habéis logrado viajar a otros planetas? —pregunté.

—Así es. A los dos más cercanos, Venus y Marte; eso sin incluir la desértica Luna. Ahora mismo nos encontramos enfrascados en una investigación detallada de ambos. Poseemos todos los recursos necesarios, pero necesitamos hombres fuertes y de confianza. Se me ha concedido el poder de decisión necesario por parte de mis camaradas para pedirte que consideres la adhesión a nuestra empresa, con todos los derechos y obligaciones que ello implica.

Menni guardó silencio, que me sugirió la espera de una respuesta por mi parte. Pero yo no sabía qué debía pensar o creer.

—Pruebas —dije al fin—. Has dicho que me mostrarías las pruebas necesarias.

Menni puso delante de mí una botella de cristal rellena de un extraño líquido metálico que me pareció mercurio; lo insólito es que el líquido, que solo llenaba la mitad del recipiente, no permanecía al fondo del mismo, sino que flotaba relleno la mitad superior, incluido el cuello de la botella hasta el mismísimo tapón. Menni sacudió la botella y el líquido, tras caer al fondo de la misma, volvió de forma plácida a elevarse de nuevo hacia su parte superior.

A continuación Menni soltó con parsimonia la botella, y esta se dirigió sin detenerse hacia el techo. No daba crédito a lo que veía, pero al mismo tiempo se trataba de una verdad indudable, que tenía frente a mis propios ojos.

—Esta botella está confeccionada de un vidrio normal y corriente —explicó Menni—. Sin embargo, el líquido que la rellena repele todos los cuerpos celestes del Sistema Solar. Dentro de la botella hay suficiente líquido para equilibrarse con su peso; esto es, ambos elementos juntos, la botella y el líquido, poseen un peso corporal igual a cero. Así es como hemos logrado fabricar ingenios voladores. Aunque están realizados con materiales completamente normales, todos contienen una reserva adecuada de material repelente. Lo único que nos queda por hacer es proporcionar a dicho conjunto, que no posee peso alguno, una capacidad motriz apropiada. Para las máquinas que vuelan sobre la Tierra no se requiere más que un simple motor eléctrico con una hélice. Para viajes interplanetarios dicho método es insuficiente, por supuesto, y nos vemos obligados a poner en práctica otro distinto con el que te voy a familiarizar a continuación.

No tenía sentido continuar dudando.

—Y, aparte del secretismo, por supuesto, ¿qué requiere tu sociedad de sus miembros?

—Prácticamente nada. Nuestros camaradas no tendrán nada de lo que avergonzarse en su vida personal, ni tampoco mancha alguna en lo que concierne a sus deberes sociales, al menos mientras sus elecciones no dañen nuestras actividades. Pero cada persona que ingresa en la organización debe asumir alguna tarea de relevancia para nosotros. Esto tiene dos obvios beneficios: por una parte, fortalece el nivel de implicación del individuo con la sociedad; y, por otra, demuestra desde el principio sus capacidades y las energías de que dispone.

—Entonces, ¿tendré que tomar parte en alguna actividad de este tipo?

—Así es.

—¿Qué es lo que tendré que hacer, exactamente?

—Tendrías que participar en la expedición que el **Eteronef**^[9] nodriza está a punto de efectuar a Marte.

—¿Y cuánto durará esta expedición?

—No se sabe con certeza. El **Eteronef** partirá mañana, y el viaje de ida y vuelta

dura al menos cinco meses. Es posible que no regreses nunca.

—Lo comprendo, esa no es la cuestión... ¿Qué ocurrirá con mi trabajo prorevolucionario? Como persona concienciada con la sociedad, entenderás mis reticencias a lo que me pides.

—Tendrás que elegir. Creemos no obstante que una pausa en tu trabajo en pos de la revolución sería esencial para que completes tu preparación y te unas a nosotros de forma definitiva. La misión no puede ser aplazada, me temo. Negarte a participar en ella significaría que te niegas a aliarte en el futuro con nosotros.

Lo medité durante un rato. Desde que un grupo bien organizado y extenso había aparecido en el ambiente político, era evidente que la ausencia de algún trabajador individual resultaba un factor del todo insignificante. Además, mi ausencia temporal solo podría traducirse en que, cuando regresara al trabajo, con mis nuevos contactos y conocimientos, sería un elemento de una utilidad aún mayor para la lucha colectiva. Tomé una decisión.

—¿Cuándo tengo que marcharme?

—Ahora mismo vendrás conmigo.

—¿Puedo disponer de dos horas para informar a mis camaradas? Se supone que mañana parto hacia otra región, donde me espera trabajo por hacer.

—Está todo arreglado. Andrei llegó hoy proveniente del Sur. Le advertí que era posible que tuvieras que marcharte, y está preparado para ocupar tu lugar. Mientras te esperaba, le redacté una carta exponiéndole tus deberes con todo detalle. Podemos llevársela de camino.

Parecía que no había nada más que hablar. Destruí mis papeles sin perder un segundo, escribí una nota para mi casera y busqué mi abrigo. Menni me esperaba.

—Pongámonos en marcha. Soy tu prisionero.

—Eres mi camarada —respondió Menni.

III. Noche

El apartamento de Menni ocupaba toda la quinta planta de un edificio imponente, cuya mastodónica silueta sobresalía entre las casitas bajas de uno de los suburbios de la capital. No había nadie esperándonos. Entramos en varias habitaciones vacías, perturbadoras e inquietantes bajo sus luces brillantes de bombillas eléctricas. En la tercera de ellas Menni se detuvo.

—Es aquí —dijo, indicando la puerta que comunicaba con la cuarta habitación—. Aquí está la nave voladora que utilizamos para alcanzar el *eteronef* nodriza. Antes que nada, es necesario que lleve a cabo una pequeña transformación. Me resultaría muy complicado remar en la *góndola* mientras me cubriera esta máscara.

Tras decir esto Menni se abrió el botón del cuello de su camisa, y, junto con sus gafas tintadas, se deshizo de aquella máscara de confección tan extremadamente realista, que yo, al igual que todo el que lo conocía, había creído hasta aquel instante que se trataba de su rostro.

Lo que la máscara ocultaba me dio un susto de muerte.

Los ojos de Menni eran monstruosamente grandes, parecía que nunca hubieran sido humanos. Sus pupilas enormes, incluso en comparación con la medida poco natural de los ojos, le otorgaban una expresión aterradora. La parte superior de su rostro y de su cráneo eran tan anchas como puede imaginarse, ya que debían de albergar a aquellos ojos; a pesar de ello la parte inferior del rostro, desprovista de cualquier tipo de barba o bigote, resultaba pequeña en comparación. El conjunto de la cara causaba una impresión de extrema originalidad, podría incluso decirse que fealdad; sin embargo era una cara real, no recordaba a una caricatura o dibujo de ser alguno.

—Ya ves qué apariencia nos ha concedido la Naturaleza —apuntó Menni—. Entenderás por qué debo ocultarla, aunque solo sea para no asustar a la gente con la que hablo para tratar de convencerlos de que se unan a una conspiración... Pero tú te verás obligado a acostumbrarte a mi fealdad, me temo, ya que tendrás que pasar mucho tiempo en mi compañía.

Menni abrió la puerta de la habitación contigua y encendió la luz. Nos encontramos en un amplio vestíbulo. En el centro había una nave pequeña pero de bastante amplitud, construida de metal y de cristal. En la parte posterior tenía paredes de cristal reforzada con metal, de unos dos centímetros de espesor y sin duda muy resistente. Dos láminas delgadas de cristal, colocadas en ángulo recto en la parte frontal, estaban diseñadas evidentemente para ayudar la navegación, y proteger a los pasajeros cuando la nave se encontraba en movimiento. El motor ocupaba la parte central, y la parte trasera estaba ocupada por una hélice de tres cuchillas, cada una de las cuales tenía al menos un metro de largo. La mitad delantera y el motor estaban cubiertos por un fino capuchón de plástico, atado a la estructura metálica sobre la que se apoyaba el cristal. Todo el conjunto era tan elegante como un juguete.

Menni me indicó que me sentase en un banco lateral de la *góndola*, no sin antes apagar la luz eléctrica del cuarto y abrir los descomunales ventanales. De un salto se colocó frente al motor y, a continuación, tiró por la borda unas cuantas bolsas de arena colgadas por sus lados. Después agarró con una mano la palanca principal del motor. La nave se elevó con cierta inestabilidad, pero al instante se dirigía recia aunque con cierta lentitud en dirección a la ventana abierta, desplazándose a través de la misma.

—Gracias a la antimateria, nuestras máquinas voladoras no necesitan de frágiles y torpes alas —comentó Menni.

Permanecí sentado incapaz de mover un músculo, como si me hubiera convertido en una estatua. El ruido de la hélice fue incrementándose, y un viento helado invernal se deslizaba con parsimonia por debajo de nuestra cubierta, enfriando de forma agradable mi rostro encendido, pero también apretando hacia abajo el cuello de mi camisa.

Sobre nuestras cabezas, como si hubieran sido extendidas sobre un mantel, brillaban un millar de estrellas, y debajo de nuestra nave... Miré a través del suelo transparente de la *góndola*, y pude ver cómo las manchas negruzcas de las casas se iban volviendo más y más diminutas, y cómo las manchas relucientes de las lámparas eléctricas de la capital se iban desvaneciendo mientras aumentábamos nuestra separación de la tierra firme. Mucho más abajo, a una gran distancia de nuestra nave, los copos de nieve reflejaban su monótona luz azulada... El breve mareo que había sentido al inicio del aquel ascenso fantástico, al principio leve y casi placentero, iba en aumento de forma progresiva, y cerré los ojos. El viento quemaba con su gélido roce, el ruido de la hélice y los silbidos al cortar el aire se incrementaban... Comenzábamos a ganar velocidad. No tardé en escuchar entre aquellos sonidos un ruido de campanillas, delgado pero constante. Se trataba de las paredes de cristal de la *góndola*, vibrando al rozarse con el viento. Esta extraña música atrapó mi conciencia, mis pensamientos racionales se desvanecieron, y solo quedó una sensación general de movimiento constante, de estar introduciéndonos sin descanso más y más adentro de un paisaje que se me antojaba infinito.

—Cuatro kilómetros por minuto [240 km/hora] —anunció Menni con satisfacción, y yo me atreví a entreabrir mis ojos.

—¿Queda mucho camino? —pregunté.

—Más o menos una hora, hasta llegar al lago helado.

Nos encontrábamos a unos doscientos metros sobre el suelo, y la nave volaba de forma horizontal, ni ascendiendo ni descendiendo, sino manteniendo en todo momento una trayectoria constante. Mis ojos se fueron acostumbrando por momentos a la obscuridad, y comencé a vislumbrar cuanto me rodeaba. Habíamos entrado en una región de lagos y de desniveles y colinas formadas de granito. Dichas colinas semejaban manchas negras cuando no estaban cubiertas por la nevada. También se veían, aquí y allá, diminutas aldeas.

Detrás de nosotros y a la izquierda estaban los campos nevados del Golfo congelado, y a nuestra derecha las blancas explanadas de un inmenso lago. En dicho pasaje invernal, tan carente de vida, sentí cómo rompía mis ataduras con el Mundo que acababa de abandonar. Y de repente sentí sin lugar a dudas que estaba seguro de lo que hacía, aunque se tratase de una ruptura para siempre...

La *góndola* maniobró despacio entre las colinas, y se acercó hacia la insignificante bahía de un lago en mitad de la montaña, deteniéndose frente a una estructura obscurecida que descansaba sobre el suelo nevado. No tenía ni puertas ni ventanas a la vista. Un trozo de la cubierta de metal se deslizó a un lado, revelando una oscura entrada por la que se introdujo nuestra nave. El mismo panel se cerró detrás de nosotros, y el lugar en el que nos encontrábamos se iluminó con luces eléctricas.

Nos encontrábamos en una estrecha y alargada sala sin muebles de ningún tipo. Tirados por el suelo pude ver un número considerable de bolsas de arena. Menni ató la nave voladora a una columna obviamente diseñada para este propósito, y abrió una de las puertas laterales de la habitación, la cual conducía a un inacabable y mal iluminado pasillo. A ambos lados del mismo había varias puertas de lo que parecían ser habitáculos. Menni abrió una de ellas y me dijo:

—Este es tu camarote. Arréglate, y yo me acercaré un momento a la sala de los motores. Te veré mañana por la mañana.

Me alegraba quedarme solo. Tras toda la emoción causada por los extraños hechos de aquella tarde, no tardé en percibir que me hallaba muy cansado, y no pude probar bocado de la cena que se me preparó. En lugar de comer apagué las luces y me tumbé en el camastro. Mis pensamientos saltaban de un lado a otro en mi cabeza, de tema en tema sin detenerse en ninguno. Traté de obligarme a dormir, pero me fue imposible. Al final mi mente comenzó a divagar, e imágenes sorprendentes volaban delante de mis ojos, hasta que todo lo que me rodeaba terminó por disolverse, y pesados sueños me conquistaron.

Pero los sueños pronto se mutaron en terribles pesadillas. Me encontraba de pie al filo de un abismo enorme, en cuyo límite se veían varios millares de relucientes estrellas. Menni, con una inmensa fortaleza, me llamaba para que bajara, diciéndome que no había razón para asustarse ante la perspectiva de la caída. De acuerdo con él, solo tardaríamos unos cientos de miles de años de caída para alcanzar las estrellas más cercanas... Rugí o grité de tormento, y acabé por despertarme.

Mi habitación se encontraba iluminada por una luz suave y azulada. Sentado sobre mi cama estaba... ¿Menni? Parecía serlo, aunque de alguna forma que no puedo explicar también me diera la impresión de ser alguien distinto. Era algo más bajo, y sus ojos ya no sobresalían tanto de su cabeza, e iluminaba su rostro una expresión de amabilidad y dulzura, no aquella fría y de mal agüero que había tenido al filo de la grieta en mi sueño.

—Eres muy buena persona... —murmuré medio dormido.

Él sonrió, y me acarició la frente con su mano suave. Volví a cerrar los ojos, y con vagos pensamientos sobre la necesidad de besar dicha mano bendita, volví a sumergirme en un nuevo sueño, pacífico esta vez.

IV. Explicaciones

Cuando me desperté y encendí la luz de la sala el reloj marcaba las diez en punto. Me duché y me vestí. A continuación accioné una campanilla, y al minuto Menni entraba en el camarote.

—¿Nos marcharemos pronto? —pregunté.

—Partimos dentro de una hora —fue su respuesta.

—Menni, ¿estuviste aquí anoche, o lo soñé?

—No, no lo soñaste. Pero no fui yo quien te visitó, sino una persona, joven pero con una gran experiencia médica, Netti. Tenías cierta dificultad para dormir, y tuvo que venir para hacer que te durmieras mediante técnicas de sugestión e iluminación.

—¿Sois hermanos?

—En realidad no —dijo Menni sonriendo.

—Aún no me has dicho de dónde venís... ¿Son el resto de tus camaradas como vosotros?

—Sí.

—Entonces, eso significa que me has engañado —dije con amargura—. Esto no es una sociedad científica, ¿no es cierto? Esto es otra cosa...

—Tienes razón —dijo Menni con ecuanimidad—. Somos habitantes de otro planeta, representantes de otra clase de humanidad. Somos de Marte.

—¿Y por qué me engañaste?

—¿Habrías prestado alguna atención a mi discurso si te hubiera revelado la verdad desde el principio? Disponía de un tiempo limitado para convencerte. Era más beneficioso ocultar la verdad a favor de algo que fuera creíble... Sin los pasos intermedios que me vi obligado a adoptar, tu mente se habría sentido convulsionada. Te conté la verdad sobre lo más importante de todo: que partimos para un largo viaje.

—¿Quieres decir que ahora soy tu prisionero?

—En absoluto. Eres completamente libre, por ahora. Aún tienes una hora para decidirte. Si pasado ese tiempo te niegas a venir con nosotros, o bien decides que tu deber es quedarte, te llevaremos a casa. Pero entonces nosotros tampoco partiremos, ya que no tiene sentido que lo hagamos solos.

—¿Por qué me necesitáis?

—Para que puedas servir como una conexión viva entre nosotros y los habitantes de la Tierra. Para que llegues a conocer nuestra forma de vida, y enseñes a la gente de Marte como se vive en tu planeta. Para que te conviertas, si así lo deseas, en el representante de la Tierra en nuestro Mundo.

—¿Y esa es la verdad?

—Sí, es la verdad. Si es que eres lo suficientemente fuerte para adoptar dicho papel.

—En ese caso, lo intentaré. Me marcharé con vosotros.

—¿Es tu última palabra? —preguntó Menni.

—Sí. Si es que tu explicación no resulta ser otro paso intermedio antes de que me reveles la verdad.

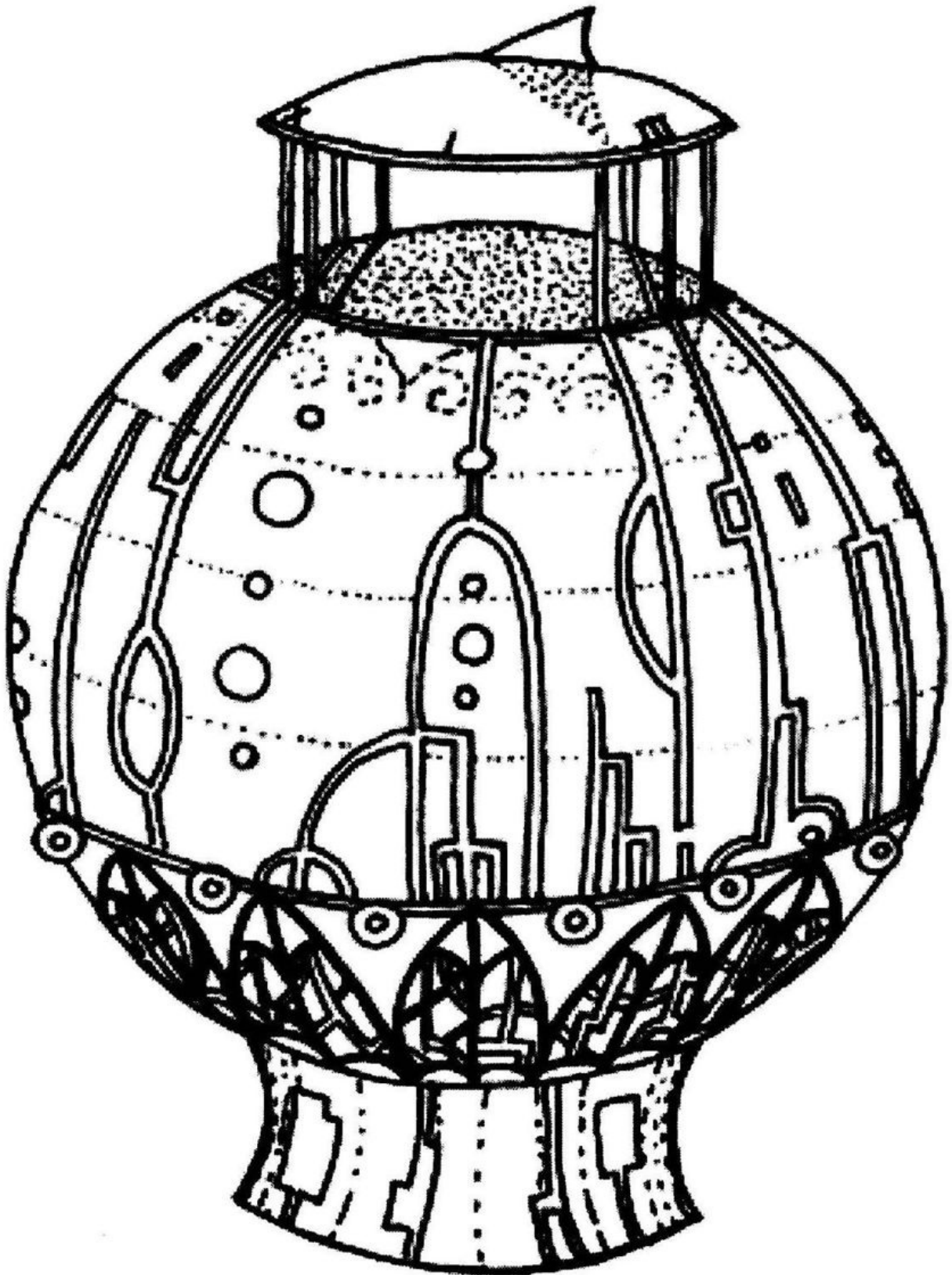
—De acuerdo. Entonces nos iremos —dijo Menni, ignorando mi comentario hiriente—. Debo darle las últimas instrucciones al ingeniero, pero después volveré a buscarte, e iremos juntos a ver partir el *eteronef*.

Menni abandonó el camarote, y me dejó sumido en profundos pensamientos. Huelga decir que las explicaciones que acababa de brindarme no me parecían completas del todo. Todavía quedaba una pregunta por responderse, y de cierta relevancia. Pero no había sido capaz de verbalizarla. Se trataba de un asunto que tal vez nunca resolvería: ¿habría Menni, de forma consciente, provocado mi ruptura con Anna Nikoláievna? No me abandonaba el presentimiento de que debía ser así. Huelga decir que su visión de ella habría sido como un obstáculo que se interponía entre él y sus propósitos. Tal vez tuviera razón. En cualquier caso, él no podía haber hecho más que, tal vez, apresurar dicha ruptura en lugar de provocarla. Claro que, de cualquier modo, incluso eso podía verse como una interferencia desmedida en mis asuntos personales. No obstante, ahora me sentía atado a Menni, y tendría que esforzarme en sublimar cualquier sentimiento de enemistad que pudiera inspirarme. Es decir, no había razón para hablar sobre el pasado, así que lo mejor sería si dejaba de pensar sobre esta cuestión.

A rasgos generales mi nueva situación no me desagradaba. Mis pesadillas de la noche anterior habían logrado que me despertase con fuerzas renovadas, y sería difícil que me sorprendiera con nada después de todo lo que había experimentado la noche anterior. Lo único que tenía que hacer era considerar mi plan de acción.

Era evidente que mi tarea principal consistía en aprender sobre lo que me rodeaba lo más rápido y completamente que me fuera posible. Lo mejor sería comenzar por lo más cercano, e ir alejándome hacia aquello que aún existía solo como imaginaciones y fantasías. Lo que me quedaba cerca eran el *eteronef* y sus habitantes, así como el viaje que estaba a punto de iniciarse. Marte aún quedaba lejos, al menos a dos meses de distancia, de acuerdo con lo que Menni me había confiado.

Logré tomar algunas notas sobre la forma exterior que había visto del *eteronef* durante mi llegada: era prácticamente esférico, con un segmento romo por debajo, una estructura similar a la que se usaría para exhibir un huevo de paloma. Es decir, su forma proveía de la mayor cantidad de volumen posible en la menor superficie.



Mediante la utilización de una cantidad relativamente pequeña de materiales, se erigía una estructura que necesitaría el menor tiempo posible para enfriarse durante el movimiento. Respecto a los materiales, parecían a mis ojos tratarse de cristal y aluminio. Esperaba que Menni me mostrara y explicase la estructura interna de la

nave, ahora que se vería obligado a presentarme al resto de los «monstruos», como había empezado a llamar para mí a mis nuevos camaradas.

Cuando Menni regresó fue lo primero que sugirió, y juntos fuimos a conocer a los otros habitantes de Marte. El conjunto de la tripulación se hallaba reunida en una de las salas laterales en la que había una enorme ventana de cristal que ocupaba media pared. A través de ella translucían los rayos del Sol, resultando excepcionalmente agradables tras la luz transparente de las bombillas eléctricas. Habría unos veinte marcianos, y no pude evitar sentirme incapaz de detectar diferencias entre sus rostros. Ninguno poseía barbas o bigotes, ni tan siquiera arrugas, de manera que me resultaba imposible incluso discernir a los de mayor edad. De forma involuntaria seguí con la mirada a Menni para no perderlo entre el grupo de desconocidos. No tardé sin embargo en apuntar diferencias entre mi visitante de la noche anterior, Netti, que destacaba por su juventud y vivacidad, y el gigante de hombros amplios llamado Sterni, quien me sorprendió al mirarme de una forma fría y desagradable. Solo Menni y Netti me hablaban en ruso. Sterni y otras tres o cuatro personas lo hacían en francés, y los demás en inglés o alemán. Entre ellos hablaban un idioma desconocido por completo, obviamente su lengua materna. Era agradable de escuchar y de una rotunda sonoridad, y, como percibí no sin cierta sorpresa, su pronunciación no parecía excesivamente difícil.

V. La partida

Aunque los «monstruos» fueran de lo más interesante, lo cierto es que toda mi atención estaba dirigida de manera involuntaria hacia el momento cercano de partir. Observé con interés la superficie cubierta de nieve frente a nosotros, y la pared de granito de la montaña que quedaba detrás. Me preparé para algún movimiento brusco que nos alejase con precipitación de ambos. No ocurrió nada parecido. Comenzamos a elevarnos sobre la planicie nevada con un movimiento pausado e insonoro, de manera que tardé unos cuantos segundos en darme cuenta de que flotábamos.

—Dos centímetros de aceleración —anunció Menni.

Entendí el significado de sus palabras. Durante el primer segundo habíamos recorrido un centímetro; durante el segundo tres; durante el tercero cinco, durante el cuarto siete; y nuestra velocidad habría continuado variando sin descanso, aumentando de acuerdo a las reglas de progresión aritmética. Tras un minuto habríamos alcanzado la velocidad de un hombre caminando; tras quince la de un tren de correos. Y así sucesivamente. Obedecíamos la regla de los cuerpos que caen... Pero caíamos hacia arriba, unas quinientas veces más despacio de lo que los cuerpos suelen precipitarse contra la superficie de la Tierra.

Las ventanas acristaladas dejaban ver la proximidad del suelo, cóncavo como podía esperarse, debido al exterior esférico del *eteronef*. Asomados a las ventanas nos era posible seguir la progresión de la nave. El suelo se iba alejando cada vez más rápidamente, y el horizonte parecía volverse infinito. Las manchas oscurecidas de las colinas y de las aldeas se volvían más diminutas, los lagos parecían siluetas dibujadas sobre mapas. El cielo, cada vez más oscuro, y el cinturón azul marino del mar no helado todavía comenzaban a cubrir el lado Oeste de aquel horizonte interminable, y mis ojos eran capaces de ver con más claridad aún las estrellas luminosas debajo del Sol inmenso del mediodía.

El *eteronef* giró despacio sobre su eje vertical, y la superficie de la Tierra que se extendía debajo de nosotros tomó la forma de un enorme plato con decoraciones en relieve. Sus contornos eran cada vez más romos, los relieves más y más lisos, y el paisaje fue adquiriendo el aspecto de un mapa, firmemente anclado en su centro, disolviéndose y virando sobre su eje, a cuyos lados sus líneas se difuminaban en una niebla azul y casi translúcida. El cielo de repente era un espacio negro e infinito, en el cual las estrellas incontables, de la más pequeña a la más grande, brillaban con placidez, como si no tuvieran miedo de la luz más grande de todas, que ardía con fuerza a nuestro lado.

—Dime, Menni, esta aceleración de dos centímetros por segundo, ¿se mantendrá durante todo el viaje?

—Sí —respondió—. Alcanzará una media de unos veinticinco kilómetros por segundo, pero cuando lleguemos a nuestro destino será tan lenta como al principio de nuestro viaje, y aterrizaremos sobre la superficie de Marte sin un sobresalto. Si

careciéramos de esta capacidad de aceleración no nos sería posible llegar ni a la Tierra ni a Venus, ya que incluso con su relativa proximidad (se encuentran a sesenta y a cien millones de kilómetros de distancia relativamente), nos llevaría, digamos que a la velocidad de tus trenes, siglos en lugar de meses. En lo que concierne a la capacidad de la «bala de cañón» como impulsor del viaje interplanetario, algo que leí en vuestras novelas de fantasía, debo decirte que no es cercano a la verdad en absoluto, ya que las leyes de la mecánica complican un asunto: cómo encontrarse dentro de la nave en el momento en el que es lanzada sin sufrir daños.

—¿Cómo os resulta posible alcanzar una aceleración y una deceleración tan precisas?

—El motor del *eteronef* se encuentra propulsado, por una de esas sustancias radiactivas que hemos conseguido obtener en cantidades nada desdeñables. Es más, hemos logrado alterar su composición, de manera que nuestros motores trabajan con su capacidad aumentada por un millar, pero al mismo tiempo sirviéndose de procesos mecánicos nada complejos. Sencillamente, se limitan a liberar una gran cantidad de energía. Cuando los átomos se rompen, como sabes, lo hacen con una velocidad diez mil veces mayor que la de una bala de artillería. Imagina que proporcionas a estas partículas una única forma de escapar de la nave, y en una dirección constante, mediante el uso de un canal realizado con material que las «repele». Todo esto fuerza el peso del *eteronef* a moverse en la dirección opuesta, igual que cuando una pistola retrocede dando un culatazo. De acuerdo con las leyes del movimiento, todas bien conocidas en la Tierra, debería resultarte sencillo entender que expeler un número insignificante de miligramos de estas partículas por segundo debería ser suficiente para otorgar a la nave su aceleración regular.

Mientras charlábamos todos los marcianos habían comenzado a abandonar la sala, y Menni me invitó a desayunar en su camarote. Decidí acompañarlo. Sus habitaciones resultaron encontrarse contra la pared acristalada de la nave, y por lo tanto gozaba de una amplia ventana. Continuamos con nuestra conversación. Era consciente de la cantidad de sentimientos nuevos que me inundaban, algunos de ellos incluso físicos: mi cuerpo parecía haber comenzado a pesar menos, y le pregunté a Menni si conocía la razón.

—En efecto —dijo Menni—. Aunque el Sol continúa atrayéndonos hacia su masa, dicha acción es anulada aquí, dentro de la nave. Debido a la aceleración constante del *eteronef*, conservarás durante el viaje entre un 1/400 y un 1/500 de tu peso inicial. La primera vez es complicado acostumbrarse a esto, incluso aunque la transición ocurra de forma gradual. Cuando alcances el mayor grado de ligereza realizarás un buen número de movimientos torpes y poco coordinados, y a menudo te desplazarás más allá de tu objetivo inicial. En lo que concierne a la irregularidad cardíaca, inevitable en estos casos, te provocará mareos y algunas náuseas. Netti te servirá de gran ayuda cuando esto ocurra. Tendrás dificultad con el agua y otros líquidos, ya que abandonará sus recipientes a la menor provocación, y volarán por

todas partes en orondos buches esféricos... Pero todo está dispuesto para que nos sea posible enfrentarnos con éxito a estas complicaciones. Los muebles y los cubiertos permanecerán atados, los líquidos serán tratados siempre con cuidado, y dispondremos de asideros para evitar vuelos involuntarios causados por movimientos muy sutiles... Pero llegarás a acostumbrarte a todo esto. Tenemos suficiente tiempo para que lo hagas.

Habían pasado unas dos horas desde nuestra partida, y la reducción en el peso ya era algo que podía notarse, aunque de momento resultara bastante agradable. Mi cuerpo se había vuelto más ligero, mis movimientos más libres, y eso era todo. Habíamos abandonado por completo la atmósfera terrestre, pero esto no nos preocupaba, ya que, por supuesto, nuestra nave herméticamente cerrada contenía una cantidad suficiente de oxígeno. La sección visible del globo terrestre recordaba ahora por completo a un mapa, aunque no dejara de ser uno a escala irregular, esto es, más voluminoso en el centro, menor a los lados, y aquí y allá aún manchado de blanco a causa de las nubes. Hacia el Sur, más allá del Mediterráneo, el Norte de África y Arabia resultaban bastante visibles a través de la bruma obscurecida. Hacia el Norte, más allá de Escandinavia, la mirada se perdía en la inmensidad de hielo y campos nevados, y solo las colinas de Spitzbergen destacaban como parches ennegrecidos. Hacia el Este, a lo lejos, más allá de las expansiones verdes de los tormentosos Urales, también rotos en lugares por las manchas nevadas, otro Reino poderoso comenzaba, una verbosidad sin nombre que no era sino el frágil recuerdo de aquellos infinitos bosques de Siberia. Hacia el Oeste, más allá de las líneas que marcaban la Europa Central, las costas inglesas y el Norte francés se perdían entre las nubosidades.

Me era imposible contemplar esta gigantesca imagen durante un espacio de tiempo considerable, puesto que las ideas sobre las profundidades del terrible abismo sobre el que navegábamos casi me producen un desmayo. Para evitarlo volví a hablarle a Menni:

—Eres el capitán de la nave, ¿no es cierto?

Menni asintió con cautela, y dijo:

—Sin embargo, eso no significa, como creo haberte explicado, que se me pueda considerar el jefe. Únicamente poseo más experiencia que los otros en el manejo de un *eteronef*, y por lo tanto se deben obedecer mis órdenes a ese respecto, igual que yo obedezco los cálculos astronómicos que Sterni lleva a cabo, o que todos seguimos los consejos médicos de Netti para conservar nuestra salud y no perder nuestra capacidad para el trabajo.

—¿Y qué edad tiene ese Netti? Parece muy joven.

—No lo sé. Dieciséis o diecisiete años —contestó Menni sonriendo.

Este hecho me pareció de lo más singular, y no pude evitar demostrar mi sorpresa.

—¡Ya esa edad ya es médico! —solté de forma involuntaria.

—Y yo añadiría que de una gran experiencia, y con profundos conocimientos.

Todavía no me había parado a considerar, y ahora Menni me lo recordaba con cierta deliberación, que los años marcianos son casi el doble de los nuestros. El tiempo que le lleva a Marte viajar alrededor del Sol ocupa 686 de nuestros días, y por lo tanto dieciséis años de Netti equivalían a unos treinta en la Tierra.

VI. El eteronef

Tras nuestro desayuno Menni me acompañó a ver la nave. Primero nos dirigimos a la sala de los motores, que ocupaba el piso más bajo del eteronef, pegada a su casi aplastado fondo. La sala estaba dividida por varias particiones en cinco secciones distintas: una en el centro y cuatro dependientes de ella. En la mitad justa de la habitación central se encontraba el motor, rodeado de ventanas de cristal en el suelo, una de cristal transparente y las otras tres de colores diversos. Estos cristales tenían una espesura de tres centímetros, y eran sorprendentemente translúcidos. En aquel momento se veía a través de ellos la superficie de la Tierra.

La parte central del motor consistía en un cilindro de metal vertical de tres metros de altura y medio metro de diámetro, realizado, como me explicaría Menni, de osmio, un metal precioso y extremadamente refractario de la familia del platino. Este cilindro contenía diversos materiales radiactivos. El hecho de que las paredes de veinte centímetros de anchura estuvieran rojas de calor daba una clara indicación de la energía que se liberaba en este proceso. Sin embargo, la sala en sí no se encontraba desmesuradamente caliente: el cilindro entero estaba recubierto por una placa que le doblaba el espesor, de algún material transparente desconocido para mí, y que nos protegía del excedente de calor. Sobre la misma había una unidad de la que sobresalían varios tubos, a través de los cuales se distribuía el aire caliente para proveer a todo el eteronef con un sistema uniforme de calefacción central.

Las otras partes del motor, las cuales parecían encontrarse todas ellas conectadas al cilindro, se hallaban dispuestas en una ordenación lógica e inteligente, de manera que el ingeniero a su cargo era capaz, gracias a un ingenioso sistema de espejos, de ver cuanto le rodeaba sin abandonar su silla.

Las cuatro salas colindantes se encontraban asignadas de la siguiente manera: una de ellas era la Sala Astronómica, a la izquierda y a la derecha de la misma se hallaban la Sala del Agua y la Sala del Oxígeno, y frente a ambas la Sala de Cálculos. En la Sala Astronómica, el suelo y cada sección de la pared estaban hechos de cristal, pulidos de forma geométrica. Poseía tal claridad que, mientras seguía a Menni al cruzar un pequeño puente, miré hacia abajo, y no percibí nada entre el lugar en el que me encontraba y el abismo. Tuve que cerrar los ojos para no sentir un mareo descomunal. Dirigí mi atención hacia los distintos instrumentos de navegación, distribuidos sobre una red de puentes y plataformas que se extendían desde el techo hasta el suelo de la sala. El principal telescopio tenía unos dos metros de largo, pero contaba con una lente de ancho desproporcionado, y era evidente que su poder magnificador era similar.

—Solo utilizamos lentes hechas de diamantes —explicó Menni—, puesto que alcanzan una mayor profundidad de visión.

—¿Cuál sería el aumento de este telescopio en particular? —pregunté.

—Con claridad, de unos seiscientos aumentos —respondió Menni—. Pero

cuando eso no basta tomamos una fotografía de la imagen que deseamos analizar, y la examinamos bajo el microscopio. Mediante este procedimiento se logra un aumento de unas sesenta mil veces, o incluso mayor. Pero eso lleva algo de tiempo.

Menni me sugirió que me asomara al telescopio, para observar la Tierra. Él mismo movió la lente hasta mí.

—Ahora nos encontramos a unos dos mil kilómetros de distancia —explicó—. ¿Reconoces algo de lo que ves?

De inmediato discerní los puertos de la capital del Norte de nuestro país, que había visitado con frecuencia para tratar asuntos del partido. Resultaba de lo más interesante contemplar los barcos de vapor anclados. Con un giro de la palanca del telescopio, Menni substituyó la lente por una cámara fotográfica, que extrajo a los pocos segundos del telescopio depositándola en el interior de un mecanismo inmenso a un lado del mismo, parecido a un microscopio gigante.

—Ahí revelamos la imagen sin tocar la película con las manos —explicó, y tras unos cuantos movimientos de los que no me comunicó su propósito, me condujo hasta la lente de este particular microscopio. Distinguía con una claridad impresionante el barco de la Sociedad Norteña, como si no se encontrase a más que unas decenas de pasos de distancia de mi persona. La imagen además parecía encontrarse en relieve, y sus colores aparecían del todo naturales. El capitán de cabello canoso estaba de pie sobre el puente de mando, como en las variadas ocasiones en las que, durante mis viajes, había conversado con él. Un marinero subía una caja enorme a una estructura de madera, y se había quedado congelado en aquella pose, igual que el pasajero que le señalaba algo con su dedo. Y todo aquello ocurría a dos mil kilómetros de distancia...

Un joven marciano, el ayudante de Sterni, entró en la sala en la que me encontraba. Necesitaba comprobar un cálculo preciso de la distancia que había viajado el *eteronef*. No queríamos interferir con su trabajo, así que continuamos hacia la Sala del Agua.

Allí encontramos una enorme reserva de agua, así como una gran máquina depuradora para limpiarla. Un número considerable de tubos transportaban dicha agua desde la reserva principal por todo el *eteronef*.

A su lado se encontraba la Sala de Cálculos. Contenía máquinas que para mí no tenían ningún sentido, cubiertas de un número considerable de diales y de flechas. Sterni estaba trabajando en la más descomunal de todas ellas. Una especie de lazo de papel era expulsada de ella sin parar, con los resultados de los cálculos de Sterni. Pero los signos en los que estaban escritos, al igual que los que decoraban los diales, me resultaban desconocidos. No quería interrumpir a Sterni, en realidad prefería evitar hablar con él por completo. Nos apresuramos hacia la sala contigua.

Era la Sala del Oxígeno, y reunía los materiales necesarios para producirlo, los cuales consistían en veinticinco toneladas de una clase de sal de la cual podían producirse unos diez mil metros cúbicos. Dicha cantidad tendría que bastar para

varios viajes como el que estábamos realizando. Así mismo, también había una máquina destinada a convertir la sal. Más adelante se encontraban los almacenes de baritina, necesaria para expulsar el monóxido de carbono fuera de la atmósfera, así como las reservas de anhídrita, que se utilizaban para remover el exceso de humedad del aire y también un veneno aún más peligroso de inhalar que el monóxido de carbono. A cargo de la sala se encontraba la persona con mayor experiencia médica de la nave, Netti.

A continuación regresamos a la Sala del Motor, y después nos dirigimos con rapidez al piso superior del *eteronef*. La sala central de aquel nivel se encontraba ocupada por un segundo observatorio, similar por entero al del piso inferior, pero con el techo de cristal en lugar del suelo, y que parecía contar con instrumentos más poderosos. Dicho observatorio nos mostraba la otra mitad de la esfera celeste, así como el llamado «planeta de destino». Marte resplandecía con su luz anaranjada. Menni apuntó en su dirección el telescopio, y me fue posible ver las marcas reconocidas por el mapa de Schiaparelli; pero la imagen frente a mí las revelaba como presas, océanos, y una compleja red de canales. Menni tomó una fotografía del planeta, y bajo el microscopio se reveló una imagen más detallada. No conseguía entender nada sin las explicaciones de Menni. Las manchas representaban ciudades, bosques y lagos, y solo se distinguían las unas de las otras mediante sutiles y para mí incomprensibles distinciones.

—¿A qué distancia nos encontramos?

—Ahora estamos mucho más cerca. A uno cien millones de kilómetros.

—¿Y por qué no vemos Marte en el cénit de su cúpula? ¿Significa esto que no volamos directamente hacia él, sino hacia uno de sus lados?

—Así es, y no podría ser de otra forma. Al abandonar la Tierra, nuestra inercia es suficiente para mantener la velocidad de la rotación de la Tierra alrededor del Sol, unos treinta kilómetros por segundo. Marte se mueve solo a unos veinticuatro kilómetros por segundo, y si volásemos en perpendicular entre las órbitas de ambos planetas, entonces alcanzaríamos Marte con una velocidad residual de seis kilómetros por segundo, lo cual resultaría de lo más incómodo. De manera que tenemos que tomar el camino más «curvo».

—¿Y cuánto tiempo tardaremos en completar nuestro viaje?

—Debemos recorrer unos ciento sesenta millones de kilómetros, lo cual requerirá al menos dos meses y medio.

Si no hubiera sabido nada de matemáticas, estos números no habrían significado nada para mí. Sin embargo, lograban conjurar en mi alma una sensación próxima al terror, y me apresuré a abandonar la Sala Astronómica.

El resto de salas dispuestas a cada uno de los seis lados del observatorio no poseían ni una sola ventana, y sus techos, al formar parte de la superficie exterior de la esfera, se curvaban hasta tocar el suelo. Todas ellas almacenaban vastas cantidades de antimateria, cuyo movimiento servía de equilibrio al peso de todo el *eteronef*.

Los pisos tercero y segundo los ocupaban habitaciones de uso variado, como laboratorios individuales para los miembros de la expedición, camarotes, baños, bibliotecas o gimnasios. El camarote de Netti era el contiguo al mío.

VII Mis compañeros

La pérdida de peso comenzaba a hacerse notar, y la sensación de ingravidez aumentada no era nada agradable. A ello se añadía un elemento de incertidumbre y preocupación. Apesadumbrado, entré en mi camarote y me tiré sobre mi camastro.

Tras dos horas de tranquilidad, que se tradujeron en un descanso mental más profundo, no solo evité cualquier pensamiento sombrío, sino que me condujeron a un sueño profundo sin que me diera cuenta. Al despertarme, lo primero que vi fue a Netti sentado sobre mi escritorio.

Con un movimiento involuntario, algo defensivo si cabe, me incorporé de un salto tal que acabé por golpearme la cabeza.

—Cuando se pesa menos de veinte libras uno debe ser cuidadoso —observó Netti, con un tono de voz amigable y filosófico.

Netti había venido a verme con un propósito concreto, que consistía en ofrecerme ciertos consejos para sobrellevar los mareos. Me indicó que poseía un tubo parecido a una campana en mi habitación, a través del cual podía llamarle si requería asistencia.

Aproveché la oportunidad de tener una charla con la joven persona que tenía frente a mí. Entre nosotros se estableció una simpatía casi instantánea, ya que Netti no poseía únicamente una buena formación, sino que era una persona alegre y dispuesta.

Le pregunté por qué de entre todos sus compañeros solo Menni y él mismo hablaban mi idioma nativo.

—Eso es bien sencillo —me respondió—. Cuando nos encontrábamos reclutando a los integrantes de la expedición, Menni nos seleccionó a nosotros dos para ir a tu país, y estuvimos allí durante más de un año antes de conseguir alistarte.

—¿Significa eso que otros miembros del grupo han estado buscando personas en otros países?

—Por supuesto, en todas las principales naciones de la Tierra. Pero, como Menni había previsto, siempre creímos que sería más probable tener éxito en tu país, donde la vida es mucho más enérgica y falta de artificio, y donde las personas miran hacia el futuro. Una vez que encontramos a la persona indicada, informamos a los otros, y regresaron de los otros países. Y aquí estamos.

—¿A qué te refieres cuando dices «encontrar a la persona indicada»? Por lo que Menni me ha explicado, necesitabais a alguien que fuera capaz de adaptarse a un papel claramente definido. Y, aunque me siento muy halagado de que me eligierais a mí, me gustaría tener más detalles sobre cómo creéis que me adaptaré a lo que necesitáis de mí.

—En términos generales, lo que puedo decirte es que buscábamos a alguien cuya naturaleza fuera una combinación de salud física, flexibilidad psicológica, que poseyera diferentes habilidades de varios tipos, que tuviera el menor número posible de conexiones sociales con la Tierra, así como el menor individualismo posible.

Nuestros fisiólogos y psicólogos sugirieron que la forma de vida de la sociedad que conoces te habría predispuesto a un sufrimiento menor durante el proceso de transferencia hacia nuestra cultura, que se encuentra organizada sobre lo que tú llamarías ideología socialista. Aunque dicha transferencia supondría un enorme esfuerzo para un individuo normal, ya que requeriría un grado excepcional de organización interna, Menni descubrió que tú cumplías con los criterios requeridos para llevarla a cabo en un grado superior a la mayoría de la gente.

—¿Y fue la opinión de Menni suficiente para todos vosotros?

—Así es. Confiamos por entero en su buen juicio. Es un hombre de excepcionales habilidades, una claridad mental incuestionable, y comete errores en contadas ocasiones. Posee un grado de experiencia elevado en tratar con gente de la Tierra. En eso nos supera a todos, ya que fue el primero de nosotros en tomar contacto.

—¿Y quién pensó por primera vez en la cooperación interplanetaria?

—Eso ha sido el trabajo de un grupo extenso de personas, y no solo de un único individuo. La antimateria fue descubierta hace varias décadas, pero al principio solo podía conseguirse en cantidades ínfimas, y necesitábamos reforzar nuestros métodos de manufactura para ser capaces de desarrollar la forma de producirla en cantidades considerables. Después era necesario perfeccionar las técnicas de minería y de refinación de materiales radiactivos, de manera que pudiéramos controlar el *eteronef*. Esto también supuso un esfuerzo considerable. Y aun así, una vez resueltas, como imaginarás surgieron muchas otras dificultades derivadas de las condiciones del viaje interplanetario en sí mismo, con su inmensurable frío, así como las ardientes radiaciones solares. La enumeración de las distintas rutas por las que la nave podía desplazarse también fue una tarea complicada, una que además se vio marcada por errores como nunca antes habíamos cometido. Para abreviar, es suficiente que te explique que expediciones previas a la Tierra han concluido con la muerte de todos los participantes, antes de que Menni lograra organizar la primera que tuvo éxito. Ahora, utilizando sus métodos, también nos ha sido posible llegar hasta Venus.

—Pero entonces Menni es un gran hombre.

—Si es así como te gusta describir a la gente, o bien digamos que a la gente que ha trabajado y que ha realizado bien su trabajo.

—No quise decir eso del todo... Una persona corriente, alguien que se limita a obedecer órdenes, puede hacer su trabajo y hacerlo bien. Pero es evidente que Menni es un genio, un ser con una capacidad creadora, un líder entre los hombres, así como un inventor de cosas nuevas por entero.

—Yo no lo veo así, y no creo que tengas razón. Todos los hombres son creadores, y todos los trabajadores controlan la Naturaleza en algún sentido. ¿Me estás diciendo que Menni no tenía acceso al conjunto de la experiencia de generaciones anteriores, o a toda la investigación de la última generación de científicos, o tal vez quieres implicar que nada de lo que hizo en su trabajo derivaba de estas circunstancias? ¿Y no le puso la Naturaleza a su disposición todos sus elementos y las posibles

combinaciones de los mismos? ¿Y no se habían creado estos mismos elementos a raíz de la lucha constante del hombre y la Naturaleza, una lucha que provocó todos los estímulos necesarios para que dichas combinaciones se produjeran? El hombre puede ser un individuo, pero el trabajo no posee el rostro de nadie en particular. Antes o después, él morirá, y con él sus alegrías y sufrimientos. Pero su trabajo permanecerá como una parte de su organismo que vivirá eternamente. Y por ello no existe diferencia entre los trabajadores. No son más que la suma de aquello que han vivido, y de lo que han dejado en el Mundo.

—Pero el nombre de alguien como Menni no morirá con él, sino que permanecerá en la historia de la humanidad, aunque muchos otros nombres desaparecerán sin dejar rastro.

—El nombre de dicha persona será preservado hasta que aquellos que vivieron con él y lo conocieron personalmente ya no estén vivos. Pero la humanidad en conjunto no necesita el símbolo muerto de un individuo que ya les ha dejado. Nuestra ciencia y nuestro arte conservan de forma anónima lo que ha sido producido mediante el trabajo de todos. El palacio construido con el peso de días pasados no es de utilidad para la memoria humana.

—Quizás tengas razón, pero nuestro sentido de la realidad se rebela contra tal lógica. Para nosotros, los nombres de los grandes pensadores y sus logros son símbolos que perviven sin los cuales ni nuestra ciencia ni nuestro arte pueden progresar, ni tampoco nuestra vida diaria. Suele ocurrir que en la lucha entre distintos poderes, la lucha de ideas, los nombres y las banderas hablan con más fuerza que los propios lemas que representan, y que los nombres de los genios no son como las bolsas de arena que impiden que nuestra mente se eleve.

—Eso debe ocurrir porque el propósito de la humanidad no coincide con el objetivo personal de uno. En las fantasías que se propagan en la batalla por ganar el control de las personas, cualquier acción se les presenta como el trabajo de personas individuales en lugar de la humanidad en conjunto.

—Como puedes ver, yo también encuentro complicado entender tu punto de vista. De manera que, para bien o para mal, no hay nombres inmortales en nuestro grupo. Aun así, estos «mortales» deben encontrarse entre los más preparados, ¿no es así? Entre aquellos que «trabajan mucho y lo hacen bien», como decís vosotros.

—Sí, en general es así. Menni escogió sus camaradas entre un grupo de muchos miles que expresaron su deseo de viajar con él.

—Y tras él los más preparados son... ¿Sterni, tal vez?

—Así es, si lo que quieres hacer es juzgar y comparar a las personas. Sterni es un excelente científico, aunque de una clase completamente distinta a Menni. Es un matemático, y de esos no quedan muchos. Descubrió una serie de interminables errores en los cálculos que la expedición previa a la Tierra había utilizado, y consiguió demostrar que dichos errores habían bastado para que la misión fracasara y sus integrantes perecieran. Después desarrolló nuevas maneras de llevar a cabo estos

cálculos, y hasta ahora los resultados que ha obtenido han sido excelentes.

—Yo mismo llegué a esa conclusión cuando escuché a Menni hablando con él, así como basándome en mis primeras impresiones. Pero no entiendo por qué su apariencia debe de causarme estupor, por qué me inspira algún tipo de agitación indefinida, de antipatía sin razón aparente... ¿Puede darme alguna explicación, doctor?

—Verás, Sterni posee una mente muy fría y analítica. Lo expone todo de manera que nadie puede argumentar en su contra, y sus conclusiones suelen ofrecer un único punto de vista, con frecuencia estricto y limitado, ya que el análisis de todas las partes de un problema no presenta siempre una respuesta completa, sino parcial. Como sabes, en cualquier organismo vivo, el total es con frecuencia mayor que la suma de sus partes, igual que un ser humano vivo es mayor que la suma de las funciones de sus extremidades. Por todo ello, la capacidad de Sterni para empatizar con el resto de personas tal vez sea más limitada que la de otra gente. Siempre te será de ayuda si te presentas con un problema, pero nunca te preguntará qué es lo que necesitas. Esto ocurre, por supuesto, porque su atención suele centrarse exclusivamente en su labor, y tiene la cabeza llena de algún problema u otro. En esto es distinto a Menni por completo: Menni siempre está pendiente de cuanto le rodea, y en más de una ocasión ha sido capaz de exponerme qué era lo que estaba buscando en aquel momento, o bien qué me preocupaba, o qué necesitaban mis sentimientos.

—Si todo esto es como dices, es probable que Sterni sienta cierta enemistad hacia nosotros, la gente de la Tierra, puesto que estamos llenos de contradicciones.

—¿Enemistad? No creo que conozca ese sentimiento. Pero me parece que es más escéptico de lo necesario. Vivió en Francia durante seis meses, y envió un gran número de telegramas que repetían lo mismo: «Aquí no hay nada». Tal vez en cierto modo tuviera razón, puesto que Letta, que estaba con él, tampoco encontró nada que valiera la pena. Sin embargo, la forma en la que él describía a los ciudadanos de aquel país resultaba mucho más monótona y poco imaginativa, puesto que no incluyó nada que no pudiera ser verificado en el informe.

—¿Y quién es Letta? No recuerdo haber oído hablar de él.

—Es químico, uno de los ayudantes de Menni. Aunque es de mayor edad que la mayoría de los integrantes de la expedición, creo que te llevarás bien con él, y que podrá servirte de mucha ayuda. Posee un carácter agradable y entiende muy bien las almas de los demás, aunque no sea un psicólogo como Menni. Debes ir a visitarlo a su laboratorio, le encantará tu compañía, y te enseñará muchas cosas interesantes.

En aquel momento pensé que ya estábamos a gran distancia de la Tierra, y que quería mirarla, así que nos acercamos juntos a una de aquellas salas laterales con ventanales inmensos.

—¿Y no volamos cerca de la Luna? —pregunté.

—No; la Luna se encuentra a una gran distancia, justamente en la otra dirección. Es una pena. A mí también me habría gustado mucho verla de cerca. Me parecía de lo

más peculiar cuando la miraba desde la Tierra, enorme, fría, con sus movimientos pausados, misteriosamente pacífica... No se parece en absoluto a nuestros dos satélites, más pequeños, que se desplazan con cierta rapidez sobre el cielo y cambian de aspecto como si fueran niños traviesos. Claro que tu Luna es mucho más brillante, y posee una luz hermosa. Vuestro Sol también ofrece más luz que el «nuestro», y en eso os consideramos mucho más afortunados. Vuestro Mundo se encuentra bendecido por el doble de luz. Por eso no precisáis de unos ojos tan grandes como los nuestros, con sus descomunales pupilas para acumular toda la tenue luz que nos sea posible.

Nos sentamos cerca de la ventana. La Tierra brillaba con forma de gigantesca hoz, y solo lograba distinguir la costa oeste de América, el nordeste de Asia, y una mancha oscura que debía ser uno de los grandes océanos. Identifiqué una mancha blanca como el océano de hielo del norte del planeta. El Atlántico al completo y el viejo mundo se encontraban oscurecidos, y su presencia apenas podía intuirse más allá de los bordes afilados de la hoz. Nuestra trayectoria curva, así como el movimiento de la Tierra sobre su eje, habían causado el cambio en la visibilidad de aquel «mapa» de colosales proporciones.

Al contemplarlo desde allí, me sentí extrañamente triste de no poder ver mi patria en aquel momento, tan alegre, tan luchadora, tan preparada para sufrir por aquello que era justo; la patria de la que ayer mismo había formado parte, aunque hoy fuera substituido por otro camarada. Una duda se despertó en mi alma.

—Ahí abajo fluyen ríos de sangre —dije—. Y aquí mismo hay alguien que hasta ayer fue un trabajador, y que ahora no es más que un observador más...

—La sangre corre por un Mundo mejor —respondió Netti—. Pero para que la lucha merezca la pena, uno debe saber en qué consiste ese futuro. Y es por eso que estás aquí.

Con un gesto involuntario apreté su mano pequeña, casi aniñada, entre las mías.

VIII. La aproximación

La Tierra iba alejándose de manera progresiva, cada vez más delgada por nuestra separación; como una hoz muy similar a la de la Luna, pero acompañada de la hoz más pequeña del satélite. Mientras aquella distancia iba aumentándose, los habitantes de la nave nos transformamos en fantásticos acróbatas, capaces de volar sin alas, y de adoptar cualquier posición que se terciase, ya fuera con la cabeza hacia el suelo o hacia el techo. Era una locura. No tardé en ir conociendo a mis nuevos camaradas, y comencé a sentirme también bastante más cómodo en su compañía. El segundo día después de nuestra partida —decidimos conservar esa forma de contar el tiempo, aunque por supuesto no teníamos ni días ni noches—, tomé la iniciativa de vestirme con ropas de Marte, tratando de que ello ayudase a mi progresiva integración. Debo decir que aquellas ropas no me desagradaban en absoluto. Eran simples y cómodas, sin ningún añadido innecesario como pajaritas o falsos puños, y conferían sin embargo una gran libertad de movimiento. Cada sección del atuendo se encontraba conectada con la otra mediante pequeños broches, de manera que el traje se mantenía unido como un objeto único. Pero, al mismo tiempo, cada pieza individual resultaba fácilmente desprendible, y era posible, por ejemplo, remover una manga, o ambas, o bien toda la camisa. Y el comportamiento de mis compañeros de viaje era paralelo por entero a los de esas ropas: no había nada innecesario en el mismo. Eran claros y directos en todo momento. Nunca decían hola, nunca decían adiós. Nunca se daban las gracias, ni tampoco mantenían conversaciones de cortesía, mucho menos si el objetivo principal del intercambio de palabras había sido convenientemente alcanzado. Pero a la vez eran extremadamente pacientes, y me daban todo tipo de explicaciones, adaptándose al nivel de entendimiento de sus interlocutores, y también a su modo de pensar, de manera que nunca daban la impresión de insistir sobre sus propias opiniones.

Desde los primeros días, me había impuesto la tarea de aprender su idioma, y todos ellos estaban dispuestos a ocupar el puesto de mi profesor, en especial Netti. Se trataba de un idioma extraño, y, a pesar de la gran simplicidad de sus reglas gramaticales y de la formación de palabras, poseía ciertas peculiaridades que me resultaban complicadas. Sus reglas no poseían ninguna excepción, y no poseían divisiones tales como los géneros femenino, masculino o neutro, aunque todos los objetos y cualidades mutaban con el tiempo. Nunca logré entenderlo.

—Dime, ¿cuál es el propósito de esto? —pregunté a Netti.

—¿No lo entiendes? En tus idiomas, cuando nombras un objeto o intentas descubrir o decidir si es femenino o masculino, ¿acaso no se trata de una empresa innecesaria? Sobre todo resulta extraño cuando lo aplicáis a objetos que han dejado de existir. Nosotros pensamos que es mucho más importante distinguir entre objetos que existen, o que no existen todavía. Para ti «niña» es femenino, y «conejo» masculino, mientras que en alemán ambos son neutros. Y saberlo tampoco te ofrece

ninguna información extra. Pero cuando hablamos sobre una casa que se ha incendiado, o bien una casa que uno piensa construir, usáis exactamente la misma palabra que para una casa en la que se está viviendo en el presente. ¿Acaso puede existir una diferencia mayor entre un hombre que está vivo y un hombre que está muerto? ¿Entre aquello que es y aquello que no es? Vosotros necesitáis de palabras y frases enteras para explicar esta diferencia tan crucial. ¿No sería mejor indicarla mediante la simple adición de una única letra a un término ya formado?

En cualquier caso, Netti parecía contento con mi memoria, y sus métodos de enseñanza eran excelentes, de manera que mi progreso fue rápido. Esto me ayudó a acercarme a los marcianos, y comencé a pasear con más confianza por todo el *eteronef*, visitando las habitaciones y los laboratorios de mis compañeros de viaje y preguntándoles todo aquello que me interesaba.

El joven astrónomo Enno, uno de los ayudantes de Sterni, me mostró gran variedad de cosas. Era evidente que disfrutaba de su trabajo, no solo de las fórmulas y de las mediciones y cálculos como su jefe, sino también de todo aquello que tenía posibilidad de observar. Me sentí fuertemente atraído por este astrónomo, que se me antojaba una especie de poeta. Sentía que las enseñanzas de Enno podían ayudarme a comprender mi lugar en la Naturaleza. En una ocasión Enno me mostró el pequeño planeta Eros magnificado con intensidad. Una parte de su órbita se encuentra entre la Tierra y Marte, y el resto más allá del planeta rojo, cerca del cinturón de asteroides. Aunque se encontrase a unos 150 millones de kilómetros de distancia, la fotografía de su pequeño disco, una vez magnificada con el microscopio, revelaba una geografía completa, como un mapa de la Luna. Por supuesto, al igual que nuestro satélite se trataba de un planeta sin vida.

En otra ocasión Enno tomó una fotografía de una lluvia de meteoritos que tenía lugar a varios millones de kilómetros de distancia. La imagen mostraba poco más que una nube. Enno me reveló que una de las anteriores expediciones de un *eteronef* a la Tierra había llegado a su fin al tomar contacto con esa misma lluvia de meteoritos. Los astrónomos que habían observado la nave a través de los mayores telescopios, habían visto cómo la electricidad se había cortado antes de desaparecer para siempre en el espacio.

—La nave se estrelló contra alguno de ellos, pero la enorme diferencia entre sus masas se tradujo en las ventanas de la nave destrozadas, lo que hizo que el oxígeno la abandonase, y que el frío interplanetario congelase a los exploradores. La nave continuó en dirección a una órbita de cometas alejada del Sol. Desconocemos donde puede encontrarse ahora.

Con esta historia, Enno logró de alguna manera que el frío del espacio desierto se adueñara de mi alma. No pude evitar imaginarme nuestra pequeña bola de luz, flotando durante toda la eternidad en un océano muerto y sin fin, moviéndose a una velocidad que causaba náusea, y aquel desierto negro tragándonos... Enno debió intuir mis pensamientos.

—Menni es un capitán excelente —dijo—. Y Sterni no comete fallos. En cuanto a la muerte... Debes haberla visto de cerca muchas veces... No es más que la muerte.

Pronto llegaría la hora cuando estas palabras se repetirían en mi alma, causándome un agudo dolor.

Letta, el experto en química de la expedición, me aceptó con aquella simpatía de carácter a la que Netti se había referido, además de mostrarse dispuesto a compartir sus amplios conocimientos conmigo sobre un tema de interés común: la composición de la materia. Solo Menni poseía más conocimiento que él en el tema; pero yo trataba de mantenerme apartado de él, ya que iba entendiendo que su tiempo era demasiado precioso, tanto para la investigación científica como para el éxito de aquel viaje. Letta demostró una paciencia encomiable mientras me permitía interrumpirle con preguntas, y parecía disfrutar al compartir conmigo sus conocimientos.

Su compañía se tradujo en una verdadera y utilísima educación en nuestro común tema de interés. Cada explicación era ilustrada además con una amplia variedad de experimentos con los que demostraba tanto la extracción como la síntesis de diversos elementos. Alguno de aquellos experimentos, sin embargo, no se llevaban a cabo en la nave debido al riesgo de explosiones, y tenía que contentarme con escucharle recrearlos a viva voz. Otras veces, sin embargo, Letta se ponía manos a la obra.

En una ocasión Menni entró en el laboratorio, sorprendiéndonos en mitad de un experimento increíblemente interesante y peligroso.

—Ten cuidado —dijo—. Este experimento terminó mal en una ocasión para mí. Incluso el error más ínfimo en las cantidades que utilizas, unido a la menor carga eléctrica que puedas imaginar, puede traducirse en una explosión que haría que todos saltásemos por los aires.

Aunque Letta ya había decidido que no demostraría el experimento, Menni sugirió llevarlo a cabo él mismo, y la reacción esperada se produjo sin ningún problema. Al día siguiente surgió un nuevo experimento con la misma sustancia, pero creí ver que Letta no la extraía de la misma jarra de muestra. Estaba a punto de aplicar la corriente eléctrica, pero pensé que tenía que decírselo. Parecía bastante preocupado mientras se dirigía hacia la habitación donde se almacenaba el agente reactivo. Mientras tanto, depositó la combinación en una mesa que, casualmente, estaba adherida a la pared exterior de la nave. Yo me dirigí con él hacia la habitación donde se guardaba el reactivo.

La explosión que se produjo a continuación nos impulsó a ambos con gran fuerza dentro de la habitación. Se escuchó una especie de silbido ensordecedor, así como un chirriar metálico, y sentí que una fuerza tan poderosa como un huracán me atraía hacia la pared exterior. De forma automática, me agarré a una barra que estaba atornillada a la pared, y, agarrado a la misma, me quedé suspendido horizontalmente en el aire. Letta corría mi misma suerte.

—¡Agárrate con fuerza! —me gritó, aunque apenas podía oírle. Un frío intenso me recorrió el cuerpo. Letta parecía buscar algo con los ojos a su alrededor. Tenía el

rostro pálido de repente, pero a la vez firme y resuelto. Me dijo algo más que no logré entender, pero que imaginé como una despedida. A continuación se soltó de la barra. De nuevo un ruido intenso, como una explosión más, y de pronto el rugido de aquel huracán cesó. Sentí que podía soltar la barra, y miré cuanto me rodeaba. No había rastro alguno de la mesa. Letta parecía encontrarse pegado contra la pared, con los ojos muy abiertos y el rostro como congelado. Estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos. De un salto llegué hasta la puerta y la abrí. Un intenso aire cálido me empujó de espaldas. Un segundo más tarde entraba Menni, y se dirigía hacia Letta.

Al poco la habitación estaba llena de gente. Netti los apartó, y corrió hacia Letta, mientras todos nos rodeaban en silencio.

—Está muerto —resonó la voz de Menni—. Su experimento explotó, abriendo un agujero en la pared de la nave. Letta lo cubrió con su propio cuerpo. La fuerza de extracción que se ha producido ha detenido su corazón. La muerte se ha producido de forma instantánea. Letta ha salvado a nuestro invitado. Si no fuera por él, ahora ambos estarían muertos.

Netti dejó escapar un profundo sollozo.

IX. El pasado

Durante unos cuantos días tras la catástrofe, Netti no abandonó su habitación. Por mi parte, comencé a notar cierta antipatía en la mirada de Sterni. Por mi culpa un excelente científico había muerto, y sin duda la mente matemática de Sterni no podía evitar hacer balance entre el gran valor de la vida que se había perdido y la insignificancia de la mía. Menni en cambio permaneció tan amable como de costumbre, incluso redoblando sus atenciones. Enno y todos los demás se comportaban como él.

Intensifiqué mis horas de estudio del idioma marciano, y a la primera oportunidad que se me presentó, le pedí a Menni que me prestase un libro sobre la historia de su pueblo. Menni juzgó que se trataba de una excelente idea, y me prestó un libro de texto con el que los niños de Marte aprenden la historia de su Mundo.

Comencé a leer y traducir el libro con la ayuda de Netti. No dejaba de sorprenderme la creatividad con la que el autor desconocido había relatado cuestiones que a primera vista resultaban abstractas e incluso generales. Explicaba la historia de acuerdo a un sistema de inspiración geométrica, en el que cada elemento seguía al anterior de forma enteramente lógica. Se trataba por lo tanto de un libro que superaba con creces a cualquiera de nuestros escritores infantiles.

El primer capítulo, algo filosófico, presentaba el Universo como una sola unidad, que lo contenía todo dentro de sí y lo definía todo. Me recordó mucho a la obra de aquel gran pensador, un trabajador además, que estableció por vez primera la filosofía proletaria de la Naturaleza.

El siguiente capítulo trataba sobre aquella época distante en la que el Universo no contenía ni tan siquiera una forma reconocible, cuando todo era caos. El autor narraba la mecánica mediante la cual las primeras moléculas se unieron, y cómo los elementos obtuvieron su composición química; y cómo estas unidades se unieron entre sí llegando a formar constelaciones gigantescas, entre las cuales se encuentra nuestra Vía Láctea, con sus veinte millones de soles, entre los que nuestro Sol es uno de los más pequeños.

El autor se refería a continuación a la manera en la cual los elementos se unieron entre sí formando estructuras más complejas, y cómo surgieron los gases, los agrupamientos de soles y planetas como los que pueden apreciarse a través de nuestro telescopio. La historia de cómo los soles individuales se cristalizaron a partir de ellos coincidía de pleno con la teoría sobre el origen del Mundo formulada por Kant o Laplace^[10], pero con un número mayor de detalles.

—Dime, Menni. ¿Crees que es correcto asustar a los niños con ideas tan aterradoras como estas? ¿No equivale esto a llenarle la cabeza, prácticamente vacía, con teoría pura lejos de su comprensión?

—Nuestra educación nunca comienza en los libros. El niño realiza sus propias

observaciones del Mundo que le rodea y de sus relaciones con los demás. Antes de acercarse a un libro como el que tienes, ha viajado varias veces, conoce paisajes diferentes, así como un gran número de variedades de plantas y de animales. Es capaz de usar el telescopio, el microscopio, la cámara, el fonógrafo. Ha aprendido muchas cosas de los niños mayores que él, o de quienes lo crían, o bien de amigos adultos, que le habrán contado historias que ocurrieron hace mucho tiempo o bien en lugares muy lejanos. Un libro como el que tienes solo se utiliza para lograr la ampliación de un conocimiento que él ha adquirido a partir de sus experiencias personales, y que le proporcionará nuevas pautas para la exploración. Pero esta idea de la unidad de todas las cosas que aquí se presenta... Bueno, digamos que esta idea debe llenarlo todo, desde el principio, y que el niño nunca debe malcriarse con especializaciones inútiles. Es importante formar la totalidad del individuo incluso en un niño.

Reconozco que estas ideas me resultaban sorprendentes, pero no le pedí más detalles a Menni. Estaba convencido de que muy pronto tendría la oportunidad de conocer a niños marcianos, y de experimentar su sistema educativo. Regresé a mi libro.

Los siguientes capítulos trataban sobre la historia geológica de Marte. La estructura del planeta era similar por entero a la de la Tierra o Venus, siendo la principal diferencia que Marte era dos veces tan viejo como la Tierra, y casi cuatro veces más que Venus. Las edades de los tres planetas aparecían escritas, y las recuerdo bien. Pero no voy a reproducirlas aquí, puesto que no deseo enfadar a nuestros científicos, quienes las juzgarían imposibles.

A continuación se refería la historia de la vida del planeta desde sus mismos inicios, desde las primeras entidades, unas complejas criaturas ciánicas que, aunque no fueran por entero materiales con vida, poseían muchas de las características de la vida, así como una descripción de las condiciones geológicas que causaron su creación. Se refería su formación gradual, su crecimiento y su diferenciación, hasta llegar a constituir organismos vivos de todas las clases posibles, que crearon el árbol de la Naturaleza del planeta desde los protozoos en adelante.

El desarrollo a partir de aquí era dibujado mediante el progreso de las criaturas vivas hasta las plantas superiores de un lado, del otro hasta la propia humanidad, y del otro hacia distintos organismos superiores no-humanos. Parecía que, en comparación con el árbol genealógico del desarrollo en la Tierra, el viaje de aquellas primeras células hasta la «humanidad» marciana había sido prácticamente idéntico, con cambios más significativos en las primeras etapas en lugar de las últimas, lo cual no dejaba de sorprenderme.

—Por lo que sé —me comentó Netti— esta cuestión todavía no ha sido estudiada en profundidad. Hace apenas veinte años no sabíamos cómo se habían formado los organismos superiores de la Tierra, y nos sorprendía tanto como a ti que existiera un parecido razonable entre la gente de tu placeta y las personas de Marte. Resulta evidente que el número de posibles organismos superiores no es tan extenso, y en

planetas tan similares como los nuestros, y bajo similares condiciones, la Naturaleza parece alcanzar la forma superior solo de una forma. A partir de ahí, dicho organismo superior que asume el control del planeta tal vez sea el que exprese de manera más fehaciente toda la suma de sus partes constituyentes, así como las etapas intermedias de su desarrollo. Por ello es capaz de expresar solamente de una forma sus elementos constituyentes. Es por esta coincidencia entre dos grupos distintos de organismos superiores que sus diferencias se vuelven imperceptibles.

Recordé cómo, siendo un estudiante universitario, yo mismo había intuido lo mismo sobre la posibilidad de una variedad limitada de organismos superiores, pero por razones enteramente distintas: pulpos, cefalópodos marinos, son los organismos superiores de una rama distinta de desarrollo; sin embargo sus ojos resultan similares por entero a los de los animales en nuestra propia rama de desarrollo, los vertebrados. Y sin embargo el desarrollo de sus ojos parte de unas circunstancias completamente distintas, tanto que el aparato visual se encuentra insertado en la dirección opuesta al nuestro.

Sea por la razón que fuera, el hecho era indiscutible: en otro planeta vivían seres que se parecían a nosotros, y yo me encontraba en posición de aprender sobre su cultura y su historia. En lo concerniente a las etapas prehistóricas y las primeras fases de la sociedad humana en Marte, también aquí las coincidencias con la Tierra resultaban significativas. Similares estructuras de vida familiar, de estructura social, y las mismas relaciones entre ellas basadas en el intercambio. Sin embargo, ya en estas etapas primitivas se bifurcaban nuestros destinos, si bien no en la dirección general que tomó el desarrollo, al menos en la cultura. Digamos que la historia en Marte había sido más pacífica. Por supuesto que habían ocurrido guerras entre las distintas tribus, incluso lucha de clases. Pero la guerra jugaba un papel marcadamente menor, y no tardó en ser abandonada. Aunque nada de esto se especificaba en el libro, resultaba evidente al considerar el texto. Los marcianos tampoco habían conocido la esclavitud, y el feudalismo parecía una opción aislada e inusual. Nada parecido a nuestros ejércitos había sido creado, y el capitalismo abandonó con rapidez los argumentos de los estados nacionales.

X. La llegada

Navegada con habilidad por Sterni, poco a poco la nave se fue aproximando hacia su distante objetivo. No se produjo ningún otro suceso digno de ser relatado. Por mi parte, me había habituado por completo a existir prácticamente sin peso alguno, e incluso había logrado acostumbrarme a las principales dificultades del idioma marciano cuando Menni nos comunicó que habíamos traspasado la mediana del viaje, y que el *eteronef* había alcanzado su velocidad máxima. A partir de aquel momento dicha velocidad comenzaría a disminuir.

Justo en el momento exacto previsto por Menni, la nave realizó un suave movimiento de giro. La Tierra, hasta entonces una hoz primero grande, luego pequeña, y finalmente una estrella verde, dio la impresión de moverse sobre el cielo negro, y la estrella roja de Marte, hasta entonces reluciente sobre nuestras cabezas, pasó a encontrarse debajo de nuestros pies.

Pasaron decenas y cientos de horas, y Marte se convirtió en un disco brillante. Pronto podían apreciarse sus dos Lunas, Deimos y Fobos, inocentes planetas pequeños que no se merecían sus nombres amenazadores. Los circunspectos marcianos comenzaron a animarse, y cada vez iban más al observatorio de Enno para contemplar su planeta.

Yo también lo miraba, pero sin entender cuanto veía, a pesar de las pacientes explicaciones de Enno. Se apreciaban numerosas manchas rojas, que resultaron ser bosques y praderas. Los más oscuros de todos, al parecer, eran los campos a punto de ser recolectados. Las ciudades parecían manchas azuladas. Los únicos colores que reconocía eran los de la nieve y el agua. A Enno y a Netti les divertía preguntarme qué era lo que veía a través del telescopio, y escucharme cometer error tras error.

Pero tuve ocasión de vengarme con una broma que les gasté al llamar a su planeta «un reino de palabras agudas y colores equivocados».

Los bordes del disco rojo iban aumentando de tamaño, hasta que duplicó al disco del Sol. También comenzamos a sentir los efectos de la gravedad, algo que me resultó sorprendentemente agradable.

Deimos y Fobos se transformaron de puntos de luz brillante a pequeños círculos, y al cabo de quince o veinte horas Marte giraba a nuestros pies, y podía ver con mis propios ojos todo lo que conocía de los mapas astronómicos. El disco de Deimos se desplazaba sobre dicho mapa circular, pero habíamos perdido a Fobos, que se encontraba en la otra cara del planeta.

Toda la tripulación daba muestras de alegría. Yo era el único incapaz de evitar una sensación de preocupación y casi tristeza.

Poco a poco nos aproximábamos, y no podíamos hacer otra cosa que mirar hacia abajo, a aquel otro Mundo que era la tierra natal de todos los seres que me rodeaban, aunque para mí fuera un lugar misterioso por completo.

Solo Menni no se encontraba con nosotros. Estaba ocupado en la Sala del Motor,

ya que las últimas horas eran las más peligrosas del viaje, y debía confirmar nuestra posición y regular nuestra velocidad.

¿Por qué no era capaz de sentir nada, yo, el Colón inesperado de este Mundo nuevo, ni tan siquiera ahora que veía tierra firme tras un largo viaje sobre el Océano de lo Intangible?

Era como si ciertos sucesos futuros nublasen ya el presente...

Solo quedaban dos horas. Pronto entraríamos en la atmósfera superior. Mi corazón comenzó a latir de forma desbocada. No podía continuar contemplando aquel nuevo Mundo, y corrí a encerrarme en mi habitación. Netti me siguió hasta allí. Comenzó a hablarme de forma atropellada, no solo sobre el presente, sino también sobre el pasado, sobre la Tierra distante, ahí arriba en el cielo.

—Regresarás, una vez que tu tarea sea realizada —afirmó.

Y sus palabras me parecieron un sutil recordatorio de que debía comportarme como un hombre.

Hablamos sobre dicha tarea, sobre lo necesaria que era, y también sobre sus dificultades. El tiempo transcurrió sin que nos diéramos cuenta. Netti miró su cronómetro.

—Hemos llegado —dijo—. Debemos reunimos con ellos.

El *eteronef* se detuvo, abrió sus amplias puertas metálicas y entró el aire fresco. Vi un cielo claro y verdeazulado sobre nosotros, y una alegre multitud que nos rodeaba.

Menni y Sterni avanzaron los primeros, transportando un ataúd transparente con el cuerpo helado de Letta. El resto los seguimos, Netti y yo íbamos de la mano, caminando a través de la multitud de muchos miles de personas, todas parecidas a la criatura que me acompañaba...

Segunda Parte

I. La casa de Menni

Los primeros días de mi estancia en Marte los pasé en la casa de Menni. Menni vivía en una ciudad industrial, cuyo propósito central y razón de ser era una industria química de considerable importancia. Dicha industria se encontraba oculta dentro del suelo.

La superficie de la ciudad la componían parques de decenas de kilómetros cuadrados, algunos cientos de casas para los trabajadores, una enorme sala de reuniones de uso general, el depósito cooperativo, que semejaba un enorme *passazh*, y un centro de comunicaciones, que servía para comunicar a la ciudad con el resto del planeta. Menni era el director de operaciones de toda la ciudad, y residía cerca de los edificios públicos y del laboratorio principal.

Lo primero que me llamó la atención, y a lo que tardaría bastante en acostumbrarme, fue el color rojizo de las plantas del planeta. Esto era debido a una sustancia cercana a la clorofila en las plantas terrestres, y que servía a un propósito similar en el ciclo vital de las mismas al conferirles una manera mediante la cual les era posible obtener energía a partir de los rayos del Sol. Neti tuvo la amabilidad de sugerirme que llevara unas gafas protectoras, que me protegieran de la posibilidad de acabar con la vista cansada solo a raíz de este fenómeno. Me negué a aceptar su sugerencia.

—Es el color de la bandera socialista —dije—. Es mi deber acostumbrarme a tus plantas socialistas.

—Si eso es cierto, entonces debes admitir el elemento socialista de tus propias plantas —bromeó Neti—, aunque no te resulte evidente del todo: las hojas de las plantas de la Tierra poseen un tinte rojizo, aunque lo recubra un verde mucho más poderoso. Simplemente con llevar las gafas indicadas, verías todos tus bosques y campos tan rojos como los nuestros.

No dispongo del tiempo suficiente para describir con detalle las formas nunca vistas antes de las plantas y de los animales de Marte, su atmósfera, tan clara que parecía transparente, como un oxígeno enriquecido y punzante; o bien el cielo que nos cubría, profundo, oscuro y verdoso, con un pálido Sol y dos Lunas diminutas, y las estrellas más brillantes de todas, Venus y la Tierra. Todo me resultaba de lo más sorprendente, y ahora, cuando puedo rememorar a mi antojo estas imágenes, me resultan maravillosas. Pero lo más relevante para mí eran las personas y sus mutuas relaciones; y en aquel inmenso paisaje de cuento de hadas, eran las personas las criaturas más misteriosas y fantásticas de todas.

Menni vivía en una casita de dos plantas idéntica a las demás. El elemento más original de la arquitectura marciana eran los techos transparentes, compuestos a partir de varias láminas de cristal azulado. Debajo de ellos se encontraban los dormitorios y las salas de estar. Los marcianos se pasaban las horas libres debajo de aquella luz celeste debido a su efecto tranquilizador, sin importarles el desagradable tinte que sus

pieles adquirirían bajo la misma. El conjunto de las habitaciones destinadas al trabajo, tales como el despacho, el laboratorio de casa o la sala de reuniones, se encontraban en el piso de abajo, y sus grandes ventanas permitían que una luz rojiza entrase en oleadas, reflejada por las brillantes hojas de los parques. Aunque esta luz al principio me hizo sentirme preocupado y ansioso, llenaba a los marcianos de energía, y por lo tanto resultaba útil para trabajar.

El despacho de Menni contenía gran cantidad de libros y materiales de escritura, desde los lápices hasta el fonógrafo en el que imprimía sus dictados. Este objeto contenía un complejo mecanismo que, tras escuchar una palabra pronunciarse, de inmediato activaba una palanca en una máquina de escribir, y dicha máquina producía por sí sola una transcripción perfecta de lo que había sido dicho. También poseía un disco sobre el que se conservaba grabado todo lo que se decía, de manera que tanto el disco como la transcripción pudieran ser usadas.

Sobre el escritorio de Menni había colgado un retrato. Representaba a un marciano de estatura mediana, con varios rasgos que recordaban a los de mi anfitrión. Sin embargo, su expresión casi amenazadora, que revelaba la presencia de una fría, cruel decisión, era completamente diferente a la de Menni, cuyo rostro siempre mostraba una voluntad pacífica. Menni me relató su historia.

El personaje en cuestión era uno de sus ancestros, un ingeniero muy importante. Había vivido mucho tiempo antes de la revolución socialista, en la época de excavación de los grandes canales. Aquel trabajo faraónico se llevó a cabo de acuerdo con sus planes y bajo su dirección y liderazgo. Sin embargo, su ayudante de confianza se sentía celoso de su gloria y de su poder, y puso en marcha una trama en su contra. Consistía en lo siguiente: las obras para uno de los canales principales, excavado por cientos de trabajadores, habían sido iniciadas en un lugar insalubre y cenagoso, y varios trabajadores habían muerto a causa de alguna enfermedad. El descontento se extendió entre los trabajadores que quedaban. El ingeniero jefe se desplazó a las oficinas del gobierno para debatir la posibilidad de que las familias de los fallecidos recibieran una serie de pensiones, así como aquellos que no podían trabajar a causa de la enfermedad. Mientras tanto, su ayudante aprovechó su ausencia para organizar manifestaciones contra él. Convenció a los trabajadores de que organizaran una huelga, y que exigieran que el trabajo fuera desplazado a otro lugar, algo que habría sido del todo imposible, puesto que habría arruinado la planificación general para el canal. Así mismo, logró que los trabajadores exigieran la retirada del ingeniero jefe. Cuando se enteró de todo esto, el ingeniero pidió a su ayudante que le diera una explicación. Pero en cuanto el ayudante entró, el ingeniero jefe lo mató. Durante el juicio que se celebró, el ingeniero se negó a organizar defensa alguna, limitándose a declarar que consideraba que sus acciones eran justas, y que tendría que pagar por ellas. Lo condenaron a pasar varios años en prisión.

No tardó en hacerse evidente que ninguno de sus colegas era capaz de asumir el control y la organización que aquel trabajo requería. Los retrasos se volvieron

constantes, la desorganización generalizada, se tomaron pésimas decisiones...

Todo el plan al completo se desbarató, se gastaron cientos de millones extra, y el descontento entre los trabajadores, esta vez, amenazó con convertirse en una rebelión en toda regla. Ante tal estado de cosas, el gobierno central se dirigió al ingeniero, ofreciéndole un perdón absoluto a cambio de que regresara a sus deberes. El prisionero rehusó aceptar esa oferta, pero accedió a organizar los trabajos desde su celda.

Los inspectores que eligió para ayudarlo le explicaron la situación con rapidez. Miles de ingenieros y capataces fueron despedidos, e incluso juzgados por sus acciones. Los salarios de los trabajadores se aumentaron, y se revisaron las medidas para la provisión de comida, ropa y herramientas. Los planes de trabajo también fueron revisados y corregidos. El orden no tardó en retomarse, y la enorme maquinaria humana se puso manos a la obra con rapidez y eficacia, como una herramienta en las manos de un maestro.

Pero el maestro no se limitó a controlar la totalidad del trabajo, sino que reescribió así mismo el plan que debía seguirse en los años venideros, a la vez que preparaba al hombre que debía relevarle: un ingeniero de talento y gran energía que había rescatado de entre las filas de los obreros. Cuando concluyó su condena en prisión, todo estaba preparado para que el proyecto fuera transferido, y así se hizo. En el momento en el que el primer ministro del gobierno llegaba a la prisión para liberar al prisionero, el ingeniero se quitó la vida.

La expresión de Menni cambió mientras me contaba todo esto. Me pareció más severo, más parecido al de su ancestro. Sentí cuan cercano se sentía a aquel hombre, cómo lo entendía, aunque hubiera muerto cientos de años antes de su nacimiento.

La sala de reuniones se encontraba en el piso inferior. Contenía varios teléfonos, y sus correspondientes aparatos ópticos, mediante los cuales se podía transmitir una imagen de quien hablaba a cualquier distancia.

Uno de estos conectaba de forma directa la casa de Menni con el centro de comunicaciones, a través del cual todas las casas de la ciudad e incluso las del planeta se conectaban entre sí. Otras conexiones estaban establecidas entre los varios laboratorios subterráneos que Menni dirigía. En realidad se encontraban conectados de forma permanente, y sobre varias redecillas metálicas podían apreciarse las imágenes de habitaciones brillantemente iluminadas, repletas de aparatos de cristal y de metal, frente a los que se sentaban cientos de trabajadores.

Le pedí a Menni que me permitiera acompañarlo al laboratorio:

—No es conveniente —respondió—. En ellos se trabaja con materiales poco estables. Y aunque tengamos buenas provisiones de seguridad que previenen contra el peligro de explosiones, este peligro sigue siendo una realidad. No deberías exponerte a peligro alguno mientras estés con nosotros, ya que eres el único de los tuyos y sería imposible reemplazarte.

El laboratorio de la casa de Menni contenía únicamente aquello que él

consideraba imprescindible para la investigación que llevaba a cabo en aquel momento.

En el pasillo del piso inferior, pegada al techo, colgaba una *góndola* voladora, dispuesta para ser montada en cualquier momento.

—¿Dónde vive Netti? —pregunté.

—En la gran ciudad —respondió Menni—, a unas dos horas de vuelo de aquí. Allí se encuentran las fábricas de producción con miles de obreros. Y Netti tiene acceso a cuanto necesita para su investigación médica. Aquí tenemos otro médico.

—¿También tengo prohibido ver las fábricas?

—En absoluto. En ellas no existe ningún peligro. Podemos ir juntos mañana, si así lo deseas.

Y eso fue lo que decidimos hacer.

II. La fábrica

Viajar quinientos kilómetros en un par de horas, tan deprisa como un halcón... Ni tan siquiera nuestros trenes eléctricos lo han logrado. A nuestros pies, paisajes desconocidos se desplazaban en rápida sucesión. Más rápido todavía, sorprendentes aves volaban junto a nuestra nave. La luz del Sol brillaba azulada sobre los tejados de las casas, y las cúpulas de enormes edificios desconocidos resplandecían.

A nuestro lado, como hilos de acero, se sucedían ríos y canales. Eran exactamente como los de la Tierra, y me relajaba seguirlos con la mirada. A lo lejos se divisaba un descomunal asentamiento, dispuesto alrededor de un diminuto lago, y cortada en dos por un canal. La *góndola* aminoró su velocidad, y aterrizó suavemente cerca de una casita que pertenecía a Netti.

Netti estaba en casa y nos recibió con su habitual buen humor. Se subió a nuestra nave y nos alejamos juntos en dirección a la fábrica que quedaba a varios kilómetros de distancia, en la orilla opuesta del lago.

La fábrica consistía en cinco edificios enormes organizados en forma de cruz, todos con un diseño idéntico: un arco de cristal apoyado sobre varias columnas oscuras organizadas en círculo. Similares láminas de vidrio, transparentes y también opacas, formaban las paredes entre las columnas.

Nos detuvimos en el edificio central, también el más grande, cuya puerta de unos diez metros de ancho por doce de alto ocupaba todo el espacio entre dos columnas, y estaba partida por el techo del primer piso. Varios pares de rieles ingresan por las puertas al interior del edificio. Volamos en la *góndola* hacia la parte superior de las puertas. No se escuchaba nada, el ruido de las máquinas era atronador. Nos dirigimos hacia la segunda «planta», más bien una sucesión de puentes colgantes, rodeados por las gigantescas máquinas, cuya construcción me pareció desconocida, incomprensible. A unos cuantos metros sobre ellas se divisaba una segunda red similar a la primera, y sobre ella una tercera, una cuarta y una quinta. Estaban todas hechas de cristal engarzado sobre placas de hierro, y un gran número de rampas y de escaleras las conectaban entre sí. No percibí ni humo ni ceniza, ni ningún mal olor, ni tampoco nubes de polvo. En aquel aire, limpio y transparente, las máquinas estaban iluminadas por una luz sobria pero intensa, y se limitaban a realizar su trabajo de forma regular y poderosa. Cortaban, y aserraban, y golpeaban, y soldaban enormes piezas de hierro, de aluminio, y de plomo. Tenían palancas que recordaban a poderosos brazos de acero, y que se movían de forma regular y sin movimientos bruscos, así como amplias plataformas que subían y bajaban con similar regularidad, ruedas y engranajes, que parecían en cambio casi no moverse. No se trataba de cruento poder del fuego y del humo, sino otro más sutil pero tal vez más poderoso, el de la electricidad, el alma auténtica de aquel ingenio formidable.

Aunque el ruido de la máquina, una vez que uno se acostumbraba a él, pudiera resultar casi melodioso, en los momentos en los que se desprendía el martillo

principal, que pesaba miles de toneladas, todo temblaba con su golpear gigantesco.

Observé que cientos de trabajadores se movían con confianza entre las máquinas, aunque en tal mar de ruido parecieran fantasmas, puesto que no podían intuirse ni sus pasos ni sus voces. Sus rostros no revelaban preocupación alguna ante tal poderosa construcción; únicamente parecía adornarlos una pacífica cautela, y resultaban al observador inteligentes y cuidadosos, atentos al detalle más ínfimo de cuanto ocurría. Parecía interesarles de veras la contemplación inaudita de vastas piezas de metal, moviéndose mediante una plataforma bajo la transparente cúpula, para al cabo desplomarse dentro del abrazo de hierro de aquellos oscuros monstruos. Y también cómo estos monstruos mascaban los metales con sus fuertes mandíbulas, lo estrujaban con sus pezuñas poderosas y pesadas; y cómo lo cortaban y le daban forma con aquellas garras brillantes. Y cómo al final era transportado para lo que quedaba aún de aquel juego cruel hacia otra parte del edificio en ligeros vagones impulsados por energía eléctrica, para ser transformados en ingeniosas partes de otras máquinas, con un propósito misterioso.

Parecía completamente natural que aquellos monstruos descomunales no se tragasen a aquellos diminutos observadores de ojos grandes, que circulaban con paso firme entre ellos. Poseían al menos dicha consideración con el ser evidentemente más débil, ya que sabían sin duda alguna que estas criaturas resultaban demasiado insignificantes, no podrían nunca suponer una amenaza. Era inconcebible imaginar qué era lo que unía a aquellos seres de suave cerebro con los órganos poderosos de las máquinas.

Cuando abandonamos el edificio, el técnico que actuaba como nuestro guía preguntó si deseábamos inspeccionar otros edificios y sus estructuras adyacentes, o si preferíamos descansar. Yo opté a favor del descanso.

—He visto las máquinas y los obreros —dije—, pero no logro entender la manera en la que se organiza el trabajo. Me gustaría preguntarle sobre ello.

En lugar de responderme, el técnico nos acompañó a una pequeña estructura cúbica que se encontraba entre el edificio central y uno de los edificios laterales. Observé que había otras tres estructuras similares repartidas por el lugar.

Sus negras paredes aparecían cubiertas de líneas con marcas blancas y brillantes, que mostraban diversas tablas con estadísticas de producción. Mi dominio del idioma me permitía entrever lo que significaban.

La primera, marcada con el número 1, esgrimía el siguiente anuncio:

Exceso de producción de la máquina: 968,757 horas de trabajador por día, de las cuales 11,525 corresponden a trabajadores especializados. Esta fábrica produce con un exceso de 753 horas, de las cuales 29 corresponden a trabajadores especializados. No posee escasez alguna de trabajadores industriales (mineros, químicos, excavadores...)

A continuación listaba en orden alfabético varios tipos de trabajos.

La segunda contenía la siguiente información:

La producción de artículos de vestir ostenta un déficit de 592,685 horas de trabajo por día, de las cuales 21,380 corresponden a mecánicos, y 7,852 horas corresponden a capataces. Dentro de esto, la producción de zapatos se realiza con un déficit de 79,360 horas, de las que... etc.

Las número 3 y 4 contenían un tipo similar de información. Aquellas pizarras mostraban, además de cálculos relativos a la división del trabajo, cifras sobre la educación de los niños y los adolescentes, la previsión médica para la ciudad, las áreas rurales, así como otra información.

—¿Por qué solo existe exceso de producción en asuntos mecánicos y varios déficits en todas las otras áreas? —pregunté.

—Eso es muy simple —contestó Menni—. Utilizamos las tablas para indicar cómo debe ser dividido el trabajo, y es importante que todo el Mundo sepa donde se necesitan trabajadores, y cuántos. Si al trabajador le apetece tanto una tarea como otra, será capaz de elegir aquella que requiera alguien con su especialización. También es importante que sepamos donde existe exceso de producción de forma exacta, para que cada trabajador en esa área pueda ser consciente de la decisión que debe tomar entre dos tareas distintas.

Mientras manteníamos esa charla, me di cuenta de que varias de las cifras habían desaparecido para ser substituidas por otras. Pregunté por el significado de aquello.

—Las cifras cambian todas las horas —explicó Menni—, ya que en el transcurso de una hora varios miles de personas expresan su deseo de cambiar de labor. La calculadora estadística central se mantiene al tanto de todos estos movimientos, y envía de forma electrónica los cambios cada hora.

—Pero ¿cómo es posible que la oficina central calcule de forma tan precisa el exceso y el déficit de la producción?

—El centro de estadística posee agencias por todas partes, que siguen cada movimiento de los materiales, de la producción, y de cada variación en el número de obreros implicados en la misma. Así sabemos con precisión cuántos trabajadores necesitamos para que una tarea en concreto sea completada, así como el número de horas que se necesitan para completarla. De esta forma pueden calcularse las diferencias entre lo que se está produciendo, y qué necesita producirse, y esta información se envía a todas partes. Es la única forma de establecer un equilibrio.

—¿Y no podríais implantar alguna forma de racionamiento de los productos?

—No lo creo. Cada persona se limita a tomar lo que necesita y lo que desea.

—¿Entonces no necesitáis nada parecido al dinero, nada que indique la cantidad de trabajo realizado, o la necesidad de que alguna tarea se lleve a cabo?

—No contamos con nada parecido. Todos nosotros trabajamos con libertad, y no

experimentamos carencias sin el dinero. El trabajo es el objetivo primordial del individuo socialista, y todos los subterfugios para obligar a que la gente trabaje nos son desconocidos.

—Pero, si no se controla la demanda, ¿no es posible que puedan darse variaciones considerables que echarían por tierra vuestros cálculos estadísticos?

—Por supuesto que no. Un individuo puede llegar a comer dos o tres veces la ración media de alguna clase de alimento, o tal vez decida cambiarse de ropa diez veces al día... Pero incluso estos comportamientos erráticos pierden su relevancia cuando pensamos que tres mil millones de individuos hacen lo correcto. El comportamiento de un número tan importante logra mantenerse como el comportamiento medio, y la «media» matemática de los mismos apenas cambia.

—¿Quieres decir que vuestras estadísticas se calculan solas?

—No exactamente. Existen un gran número de dificultades. La oficina central de cálculo necesita estar al tanto con todo detalle de los nuevos inventos o cambios en las condiciones naturales de producción, para ser capaces de analizarlas de forma precisa. Si se requiere una nueva máquina, no solo se necesita de mano de obra para trasladarla al distrito en el que será necesitada, sino también en la propia fábrica donde se fabrica el ingenio, así como en la producción de sus componentes, y en la extracción de los minerales necesarios para fabricar los mismos. Digamos que se descubre un depósito de mena, o de cualquier otro mineral. Entonces necesitaremos transferir la mano de obra necesaria para construir los métodos para transportarlo, y cosas por el estilo. Todo necesita calcularse desde el principio, si no de forma muy precisa, al menos de forma aproximada. Y eso no es sencillo en absoluto.

—En vista de estos problemas —comencé—, resulta obvio que lo mejor es contar siempre con algún exceso de producción.

—Exacto. Nuestro sistema se sustenta principalmente en ese principio. Hace unos doscientos años, cuando el trabajo colectivo se limitaba a cumplir con todas las necesidades de la sociedad, era absolutamente necesaria la precisión, y nadie tenía la libertad de elegir la tarea que deseaba realizar. Existía un día de trabajo obligatorio, y eso no les gustaba a todos los camaradas. Pero cada innovación realizada por los estadistas referente a dichas dificultades se dirigían hacia un único fin: lograr que el trabajo fuera una elección libre. Lo primero que se hizo fue reducir la jornada laboral. En cuanto se llegó al exceso de producción en todas las áreas, las obligaciones laborales fueron abolidas. Piensa en ello: el déficit era insignificante, de miles, tal vez cientos de miles de horas, no más.

—Sin embargo, aún existe un déficit —apunté—. ¿O acaso lo cubre el exceso de producción general?

—No solo el exceso de producción. El trabajo más importante es el que añade algo a la provisión básica. En las áreas más importantes de desarrollo, como son la producción de comida, de ropas, las casas y la maquinaria, esta necesidad alcanza el seis por ciento, y en las menos importantes se sitúa entre el uno y el dos por ciento.

De manera que las cifras que muestran un déficit en sus tablas solo se refieren a una carencia relativa y transitoria, en lugar de una absoluta. Si los cientos de miles de horas que necesitan ser cumplimentadas no lo fueran, eso no significaría en ningún caso que la sociedad tuviera que recurrir al racionamiento.

—¿Y cuántas horas al día trabajan los obreros en esta fábrica?

—La mayoría de ellos entre una hora y media y dos y media —respondió el técnico—. Pero algunos permanecen más horas, y otros menos. Por ejemplo, el camarada que controla el martillo principal debe permanecer en su puesto para completar cada tarea individual, y nadie más está autorizado a ocupar su lugar mientras la fábrica está produciendo. De manera que trabaja unas seis horas al día.

Mentalmente convertí todas esas cifras marcianas a cifras terrestres, ya que los días marcianos, aun siendo un poco más largos que los nuestros, se dividían en cambio solo en diez horas. De manera que una jornada laboral normal consistía en cuatro o seis horas, mientras que el día más largo de trabajo en quince horas, como ocurría en la Tierra en el caso de los negocios que explotan a sus trabajadores.

—¿Y no es peligroso para un camarada trabajar durante una jornada tan larga con el martillo? —pregunté.

—No es realmente peligroso —respondió Netti—. Se puede permitir el placer de operarlo durante otro medio año. Pero se le advierte de antemano del peligro que esta sensación puede acarrearle. Uno de ellos es la posibilidad de un colapso mental severo que le impulsaría a querer tirarse bajo el martillo. El año pasado ocurrió eso mismo en esta fábrica, con un mecánico que se dejaba arrastrar por el sentimentalismo. Fue gracias a una feliz coincidencia que pudimos detener el martillo, y evitar este suicidio involuntario. Los sentimientos intensos en sí mismo no constituyen una enfermedad. Sin embargo, pueden causar problemas si el sistema nervioso se encuentra exhausto, o si se sufre de alguna otra enfermedad. No suelo permitir que los camaradas que prefieren este trabajo se alejen mucho de mi vista.

—¿Y no debería este camarada del que hablamos reducir su jornada de trabajo a cambio del exceso de producción?

—Por supuesto que no —rio Menni—. ¿Por qué debería detenerse el progreso por su causa? Las estadísticas no le deben nada a nadie. Lo rigen todo, pero nadie puede controlarlas. Si quisieras encontrar trabajo en esta fábrica lo obtendrías; pero el exceso total de producción registrado en la oficina central de estadísticas no alcanzaría una o dos horas. La influencia de las cifras es relevante para la transferencia de mano de obra, pero cada individuo permanece libre por entero.

Durante esta conversación habíamos descansado lo necesario, y todos aparte de Menni decidimos continuar visitando la fábrica. Menni tuvo que regresar a casa, ya que lo habían llamado del laboratorio.

Decidí quedarme en casa de Netti a pasar la noche, ya que me había prometido llevarme a la Casa de los Niños al día siguiente. Su madre trabajaba como guardiana, una especie de enfermera y profesora.

III. La Colonia de los Niños

La Colonia de los Niños ocupaba la parte más extensa y bien cuidada de una ciudad de unas veinte mil personas. Este asentamiento consistía de forma casi exclusiva en niños y guardianes. Existía un asentamiento similar en la mayoría de las ciudades grandes del planeta, en muchas ocasiones convertido en una ciudad independiente por sí sola. Únicamente en asentamientos pequeños como en la Ciudad de los Químicos de Menni podían no encontrarse.

Las amplias casas de dos plantas con el tradicional tejado azul claro se repartían entre jardines con arroyos, lagos, parques para juegos y ejercicios gimnásticos, parterres llenos de flores o de plantas medicinales, jaulas pequeñas con animales domésticos y pájaros de colores brillantes.

Por todas partes se veían pequeños de ojos grandes y género imposible de precisarse, ya que tanto los niños como las niñas vestían la misma ropa.

Es más, incluso entre los marcianos adultos resultaba complicado distinguir a los hombres de las mujeres, y desde luego que las vestimentas no ayudaban en absoluto. Las ropas de diario estaban cortadas siguiendo patrones muy similares, aunque existiera una cierta diferencia de estilo, ya que la ropa de los hombres seguía la forma del cuerpo, y a menudo la de las mujeres la ocultaba.

No obstante, la criatura de edad mediana que nos recibió cuando saltamos de nuestra *góndola* era evidentemente una mujer, ya que al abrazarla Netti la llamo «mami». Sin embargo durante la posterior conversación se refirió a ella simplemente llamándola por su nombre, Nella. La mujer conocía el objetivo de nuestro viaje, y con ella entramos en una de las casas más grandes de todas, su Casa de los Niños, y nos acompañó por todas sus secciones.

Comenzamos por la sección destinada a los niños más pequeños, que ella misma dirigía, y progresamos hasta la sección donde vivían los mayores, que rozaban la adolescencia. Los pequeños monstruitos se acercaron a nosotros y nos siguieron durante todo el paseo, observando con interés a través de sus ojos grandes a aquella persona de otro planeta. Sabían muy bien quién era, y cuando llegamos a las últimas secciones éramos seguidos por una multitud bastante considerable.

En el edificio en el que nos encontrábamos vivían unos trescientos niños de edades variadas, y le pregunté a Nella por qué se encontraban representadas todas las edades bajo el mismo techo, en lugar de ser divididas por edades en distintos edificios, algo que habría simplificado de forma considerable el trabajo de los guardianes.

—Puede que tengas razón —respondió Nella—, pero solo lograríamos coartar el desarrollo definitivo. Para desarrollarse en sociedad, un niño debe vivir en sociedad. Cuanta más experiencia y conocimiento de la vida obtenga un niño, más completamente se desarrolla. La división por edades supondría para los niños un ambiente monótono y de miras estrechas, en el cual los futuros adultos se

desarrollarían de forma lenta. Solo en lo que concierne a las distintas actividades que pueden realizar, mezclar las edades les ofrece mayor libertad. Los niños mayores son además nuestros principales ayudantes con los pequeños. Te diré más, intentamos de forma consciente que cada Casa de Niños tenga la mayor variedad de edades, y de enseñanzas prácticas.

—Pero en este edificio los niños se encuentran divididos en secciones de acuerdo con su edad. ¿Acaso eso no contradice un poco lo que acaba de decirme?

—Los niños solo están divididos en secciones para dormir, desayunar y cenar, ya que en estos casos no hay necesidad de mezclar las edades. Pero para estudiar y jugar son ellos mismos los que se dividen en los grupos que desean. Incluso cuando se trata de dar una lección, ya sea sobre literatura o sobre ciencia, la sala en la que se lleva a cabo se llena con hordas de niños de todas las secciones. Ellos eligen su propia compañía, y les gusta pasar el tiempo en grupos de edades diversas.

—Nella —dijo un niño que salió de entre el grupo—. Etta se ha llevado el barco que hice. Me gustaría que se lo quitaras.

—¿Y dónde está? —preguntó Nella.

—En el estanque, haciéndolo flotar —explicó el niño.

—Ahora no tengo tiempo para ir hasta allí. Uno de los niños mayores deberá acompañarte, y convencerla de que enojarte no está bien. Pero lo mejor de todo sería que tú mismo fueras a buscarla, y jugarais juntos con el barco. No debe sorprenderte que le gustase, ya que estaba muy bien hecho.

El niño desapareció, y Nella dijo al resto:

—Y vosotros, niños, deberían habernos dejado solos hace tiempo. No puede ser muy agradable para un extranjero tener cientos de ojos clavados en su cara. Imagina, Elva, que los ojos de una multitud de extranjeros te observaran a ti sin perder detalle. ¿Qué crees que harías?

—Me escaparía —respondió el niño más cercano, cuyo nombre Nella acababa de pronunciar.

En aquel momento todos los niños se alejaron corriendo entre risas. Salimos a un jardín. Nella continuó hablando, con una sonrisa en sus labios:

—Ya ves lo poderoso que es el pasado. Tal vez creas que somos una sociedad comunista por completo. Pero entonces ¿de dónde sacarían los niños esa idea de propiedad privada? Un niño dice «mi» barco, el que «yo» he hecho. Y esto ocurre con cierta frecuencia, no te negaré que incluso hay peleas. Y no hay nada que pueda hacerse para evitarlo. Se trata de una de las reglas de la vida: mientras se desarrolla, un organismo debe atravesar varias etapas, de la misma forma que un individuo debe repetir todas las etapas del desarrollo de una sociedad. Un niño que ha crecido solo, suele hacerlo con una personalidad dudosa, y esa sombra se extiende más y más mientras se va acercando a la madurez. Pero solo encontramos trazos de este pasado individualista en niños muy pequeños.

—¿Y les habéis hablado sobre este pasado?

—Por supuesto que sí. A los niños les gusta mucho escuchar historias sobre aquellos días. Pero no son más que historias, algo aterradoras, sobre otro Mundo, extraño y lejano, con imágenes de la guerra y la conquista conmovedoras, al menos para un niño. Un niño solo puede aprender su conexión con la historia si es consciente de la existencia de estos fragmentos de individualismo atávico en su alma, al fin y al cabo un elemento libre en la cadena irrompible de la vida.

Anduvimos por aquellos caminos de tierra en un jardín que parecía no tener fin.

De cuando en cuando nos topábamos con grupos de niños, ocupados en sus juegos, excavando en la tierra virgen, trabajando con algún tipo de herramienta de artesanía, o bien charlando animadamente o debatiendo temas de evidente seriedad.

Todos me miraban con interés, pero ninguno se levantó a seguirnos; era obvio que habían sido avisados. La mayoría de los grupos contaban con niños de edades variadas, y algunos con uno o dos adultos.

—Tu Casa de los Niños debe poseer muchos guardianes —comenté.

—Sí, sobre todo si tienes en cuenta a los niños mayores, como sería lo justo. Solo contamos con tres profesores especializados. Los otros adultos que ves son casi siempre madres y padres que han venido para pasar un tiempo con sus hijos, o bien jóvenes que quieren estudiar para ser guardianes.

—¿Estás diciendo que cualquier padre que así lo desee puede mudarse aquí para vivir con sus hijos?

—Claro, por supuesto; y algunas de las madres viven aquí durante varios años. Pero casi todas vienen de vez en cuando: durante una semana, una quincena, un mes. Los padres, sin embargo, tienden a vivir aquí con menos frecuencia. Contamos con sesenta habitaciones reservadas para padres y para niños que deseen estar solos.

—¿Quieres decir que los niños se niegan a vivir en habitaciones compartidas?

—Sí, los más mayores a menudo prefieren vivir sin compañía. Esto en parte es un signo del individualismo del que te hablaba, y en parte, especialmente entre los niños a los que les gusta el estudio, se debe a un deseo de eliminar todo aquello que distraiga su atención. Incluso entre los adultos hay algunos que prefieren vivir enteramente separados. Suelen ser aquellos que se encuentran involucrados en algún tipo de investigación científica, o bien en creación artística.

En aquel momento nos encontramos con un niño en una pequeña placita, de unos seis o siete años. Llevaba un palo en la mano y perseguía a un animal.

Comenzamos a caminar más deprisa; el niño no nos prestó ninguna atención. Solo cuando nos acercábamos a él consiguió coger a su presa, algo parecido a una rana grande, y procedió a golpearla con violencia. El animal se arrastró a esconderse bajo la hierba.

—¿Por qué has hecho eso, Aldo? —preguntó Nella con calma.

—No podía cogerla, no hacía más que salir corriendo —explicó el pequeño.

—¿Sabes lo que has hecho? Has lastimado a una rana, y le has roto su pata. Dame tu palo. Te mostraré lo que has hecho.

El niño extendió la rama hacia Nella, y con un movimiento rápido ella le golpeó con fuerza sobre la mano. El niño gritó.

—¿Te ha dolido, Aldo? —preguntó la guardiana en el mismo tono pacífico.

—Me ha dolido mucho, ¡Nella mala! —contestó.

—Tú en cambio golpeaste a la rana incluso con más fuerza. Yo apenas te he hecho un moratón en la mano, mientras que tú has roto la pata de la rana. No solo ella siente más dolor que tú, sino que no puede ni correr, ni saltar, ni tampoco encontrar comida. Morirá de hambre, o se la comerá alguna bestia de la que no logrará escaparse. ¿Qué piensas de todo eso, Aldo?

El niño no podía moverse a causa del dolor. Sostenía su mano lastimada con su otra mano. Pero intuía que estaba meditando sobre las palabras de Nella. Al cabo dijo:

—Tenemos que curar su pata.

—Así es —dijo Netti—. Mira, te enseñaré como hacerlo.

Cogieron al animal herido, que había conseguido alejarse únicamente unos cuantos pasos. Netti sacó su pañuelo y lo hizo jirones, y Aldo, bajo su dirección, buscó varias ramas menudas. A continuación los dos juntos, con la seriedad con la que los niños se ocupan en sus relevantes empresas anudaron la patita rota del animal.

Poco después Netti y yo decidimos marcharnos a casa.

—Muy bien —dijo Nella—. Pero si te quedases podrías ver de nuevo a tu camarada Enno. Va a hablarles a los niños mayores sobre el planeta Venus.

—¿Vive en esta ciudad? —pregunté.

—No, pero el observatorio en el que trabaja está a tres horas de distancia. A Enno le gustan mucho los niños, y no se olvida de mí, su vieja guardiana. De manera que viene a menudo, y siempre tiene algo interesante que contarle a los niños.

Aquella noche volvimos a la Casa de los Niños a la hora prevista para la charla, y nos dirigimos hacia el auditorio principal, donde casi todos los niños mayores se encontraban reunidos junto con varias docenas de adultos. Enno se alegró de verme.

—He elegido mi tema especialmente para ti —bromeó—. Te entristece la pasividad de tu planeta, y el comportamiento a menudo egoísta de sus habitantes. Pues bien: yo voy a hablarte de un planeta en el cual las formas de vida superiores son todavía dinosaurios y lagartos voladores, y tienen incluso peores costumbres que tu burguesía. ¡Ja, ja, ja! Allí el carbón no se quema en los fuegos del capitalismo, pero todavía crece en la forma de bosques gigantescos. ¿Quieres acompañarnos hasta allí en alguna ocasión, para cazar Ictiosaurios? Ellos son los Rothschilds y Rockefellers de ese planeta, y, aunque huelga decir que son mucho menos avariciosos que los tuyos, también es cierto que resultan bastantes menos cultos. Allí se halla el auténtico Reino de Acumulación de la Riqueza, algo sobre lo que tu Marx se olvidó de escribir en su *Kapital*. En fin, veo que Nella frunce el ceño ante mi bromista charla. Será mejor que dé comienzo la seria.

Enno describió, de forma maravillosa, un planeta distante con sus salvajes y profundos océanos y sus montañas tan altas como torres; con su Sol ardiente y sus

nubes blancas y gruesas, con sus terribles huracanes y tormentas, con sus salvajes monstruos, y sus grandes y succulentas plantas. Todo esto lo ilustró con fotografías en movimiento sobre una pantalla que ocupaba toda la pared del oratorio. En la obscuridad solo se escuchaba su voz. Mientras describía las primeras aventuras de los viajeros al planeta, y relataba con todo lujo de detalles cómo uno de ellos había matado a un lagarto gigante con una granada de mano, tuvo lugar una extraña escena que pasó desapercibida a la mayoría del público.

El pequeño Aldo, sentado cerca de Nella, comenzó a sollozar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nella, agachándose hacia él.

—Siento pena por el monstruo. Tenía mucho dolor, y ahora está muerto del todo —contestó el niño en voz baja.

Nella lo abrazó y comenzó a hablar con él en susurros, pero le llevó algún tiempo calmarlo.

Entre tanto, Enno relataba historias sobre las innumerables maravillas naturales del hermoso planeta, desde sus cascadas gigantescas, las cuales tenían el poder de cientos de millones de caballos de motor, a los metales preciosos que podían encontrarse sobre la superficie, sobre sus montañas, sobre los ricos depósitos de hierro, que podían hallarse a centenares de metros bajo tierra, y sobre la energía que podían suministrar durante cientos de miles de años. Mi dominio del idioma no era suficiente para apreciar por entero la bella exposición de Enno, pero las imágenes por sí solas consiguieron que prestara mi atención sincera a sus palabras, como si fuera un niño. Cuando Enno terminó de hablar y el vestíbulo se iluminó, incluso me sentí un poco triste, como un niño se entristece cuando una hermosa historia llega a su fin.

Tras la conferencia los asistentes comenzaron a hacer preguntas y a aportar sus impresiones. Las preguntas eran tan variadas como el público; se referían tanto a los detalles de la Naturaleza en Venus como a las formas de luchar contra dicha Naturaleza. Alguien preguntó cuánto tiempo le llevaría a la fauna de Venus convertirse en personas, y qué aspecto tendrían. Eran preguntas inocentes, en ocasiones de gran agudeza, dirigidas especialmente contra la afirmación de Enno de que en su estado actual Venus era un planeta imposible de ser habitado, y que sería poco probable que nadie en el futuro cercano explotara su riqueza actual. Los jóvenes pronto se opusieron con enérgico optimismo a esta posición, aunque expresase la opinión general de los investigadores. Enno explicó que el Sol ardiente y el aire húmedo cuajado de bacterias, exponían a los humanos al riesgo de padecer muchas enfermedades, algo que todos los viajeros a Venus habían experimentado. Explicó el gran peligro de los huracanes y las tormentas, puesto que complicaban mucho el trabajo. Los niños aprendieron sobre las insólitas medidas que era necesario tomar para lidiar con aquel reino fantástico. Sugirieron el envío de miles de doctores a Venus lo antes posible para luchar contra la enfermedad y la bacteria, y que cientos de miles de obreros fueran enviados así mismo para construir paredes y estructuras que contuviesen las tormentas y los huracanes.

—¿Qué importaría si el noventa por ciento de ellos murieran? —dijo un niño de unos doce años, imprimiendo de pasión su sugerencia— ¡Al menos significaría que mueren por una razón, por la causa de una victoria futura! —en sus ojos ardientes podía verse que él, por supuesto, no tendría miedo de pertenecer a ese noventa por ciento.

Enno destruyó los castillos de cartas que sus oponentes estaban construyendo con una paciencia encomiable. Era obvio que en lo más profundo de su alma sentía simpatía por aquellos niños, y que su propias ardientes fantasías de juventud habían contenido planes similares, tal vez algo mejor desarrollados pero no menos sacrificados. Enno no había estado nunca en Venus, y su charla había evidenciado cuánto le atraían su hermosura y peligro.

Cuando terminó el debate Enno salió con Netti y conmigo. Yo había decidido pasar un día más en la ciudad, y Enno sugirió de inmediato que visitáramos juntos el Museo de Arte al día siguiente, mientras Netti se encargaba de unos asuntos.

IV. El Museo de Arte

—Nunca imaginé que tendríais museos especiales de producción artística —dije a Enno de camino al Museo—. Pensé que los museos de escultura y las galerías de arte eran una peculiaridad del capitalismo, con su compromiso con el lujo y su deseo maleducado de mostrar su riqueza. Imaginé que en una sociedad socialista el arte florecería en todas partes, codo con codo con la vida diaria que embellecía.

—No te equivocas al pensarlo —respondió Enno—. La mayoría del arte que producimos siempre se exhibe en los edificios comunitarios: esos lugares en los que discutimos nuestras actividades generales, donde estudiamos y hacemos nuestras investigaciones, donde nos relajamos... Sin embargo, embellecemos nuestros talleres y nuestras fábricas bastante menos: la estética de los poderosos engranajes y sus movimientos nos resultan agradables por sí mismos. Es más, solo un número muy reducido de obras de arte armonizaría con el movimiento de las máquinas. Y aún menos costumbre tenemos de embellecer nuestras casas, ya que son lugares en los que la mayoría de la gente pasa muy poco tiempo. Nuestros museos cumplen la función de instituciones científicas dedicadas al estudio de la estética. Son escuelas en las que se estudia cómo se desarrolla el arte, o para ser más preciso como la humanidad desarrolla sus habilidades artísticas.

El Museo se encontraba en una isla pequeña en mitad de un lago, conectada con la tierra principal por un estrecho puente. El edificio en sí mismo, rodeado por un jardín cuadrado con fuentes altas y un gran número de flores de un oscuro azul, o bien blancas, negras y verdes, estaba adornado en la parte exterior e inundado de luz en el interior.

Dicho interior no consistía en una sombría reunión de estatuas y de pinturas como ocurre en los grandes museos de la Tierra. Contemplé frente a mí una sucesión de varios cientos de imágenes dispuestas con el propósito de iniciar al visitante en el desarrollo de las artes plásticas, desde las primeras crudas producciones de la época prehistórica hasta la producción tecnológica del último siglo. Y, desde el principio hasta el final, era posible sentir la huella invisible de esa llamarada de vida que llamamos «genio». Obviamente, el museo solo albergaba las mejores producciones de todas las épocas.

Para a llegar a comprender por entero la hermosura de otro Mundo, uno debe conocer profundamente su vida, y para poder transmitirle a otra persona esta belleza, uno tiene que sentirse parte orgánica de esta vida... Por eso me resulta imposible describir lo que encontré entre aquellas paredes. Solo puedo limitarme a sugerencias, indicaciones fragmentadas, de las cosas que me emocionaron más.

El tema principal de la escultura marciana, como en la nuestra, es la belleza del cuerpo humano. Las diferencias físicas entre los marcianos y nosotros no es muy grande en general, al menos si no consideramos las agudas diferencias en el tamaño de los ojos y en la estructura del cráneo. Y aun así no existen muchas más diferencias

que entre las personas de distintas razas terrenales. No me es posible indicar de forma adecuada las diferencias, puesto que desconozco la anatomía. Sin embargo, puedo apuntar que mis ojos llegarían a acostumbrarse a ellas con facilidad, y que casi de inmediato las identifiqué no como fealdad, sino como originalidad.

Anotaré aquí que los hombres y las mujeres tienden a estar contruidos a una escala mayor que la mayoría que nosotros. Los hombros de las mujeres son bastante anchos, pero no tan firmes como los de los hombres, gracias al mayor poder en general de la musculatura masculina, y su pelvis es un poco más ancha. No existen diferencias mayores.

Sin embargo, esta ausencia de distinciones marcadas es algo reciente, y se debe a la capacidad por parte de los marcianos para desarrollarse con libertad. En cambio, las estatuas del periodo capitalista poseían marcadas diferencias sexuales. La esclavitud doméstica femenina y la lucha a muerte entre los varones por el poder, se tradujo en desarrollos distintos de los cuerpos.

Nunca me abandonó la impresión, más evidente en algunos momentos que en otros, de que contemplaba trabajos de otro Mundo. Me inspiraban extrañeza, pero también una hermosura difícil de explicarse. E incluso los hermosos cuerpos femeninos en las estatuas y en las pinturas me inspiraban no el miedo de contemplar a un ser extraño y erróneo, sino tal vez la turbación emocional que siente un adolescente al rozar la frontera entre la niñez y un futuro de vagas intuiciones.

Las estatuas de los tiempos primigenios eran todas del mismo color, como las estatuas grecorromanas en la Tierra, mientras que las más recientes estaban pintadas con colores naturales. Esto no me sorprendió. Siempre había pensado que alejarse de la Naturaleza no podía ser un elemento necesario del arte, que se trataba incluso de una elección antiartística, como era el caso con las esculturas de un solo color.

Las estatuas y las pinturas del periodo antiguo estaban caracterizadas por una serena armonía, libre de cualquier influencia. En la época de transición surgiría un arte de un carácter distinto, y la lucha, el dolor, los deseos salvajes, ya fueran eróticos o religiosos, imperaban, mostrando los esfuerzos extraordinarios del cuerpo y del alma. El periodo socialista poseía incluso otro carácter distinto: movimientos armoniosos, firmes y pacíficas muestras de poder, acciones, la superación de la debilidad de los otros, la libertad, y una viva animación que despertaba del conocimiento de su propia unidad y de su sabiduría.

Si la belleza ideal femenina del arte antiguo era representada mediante el amor sin límites, la belleza ideal del periodo de transición y del Renacimiento lo eran mediante la búsqueda del amor, ya fuera emocional o místico. Para los artistas contemporáneos, tanto como para los antiguos, la producción artística se caracterizaba por una simpleza y unidad en su temática. Retrataban situaciones humanas de cierta complejidad con gran riqueza y meditación, eligiendo aquellos momentos de las vidas de sus sujetos en los que un sentimiento profundo los anima, un único anhelo... El tema predilecto de los artistas de última generación era el

éxtasis, ya fuera el de la creación, del amor, o el que pueda inspirar la Naturaleza, incluso el que encontramos en la calma del lecho de muerte. Estos constituyen los temas para cualquier pueblo que entiende el significado de la vida, y que es capaz de morir sabiéndose digno.

Las pinturas y las esculturas constituían la mitad del museo. La otra estaba dedicada por entero a la arquitectura. Por arquitectura los marcianos entendían no solo la estética del edificio, o los grandes trabajos de ingeniería, sino también la estética de los muebles, las herramientas, las máquinas, la estética de todo lo que es al mismo tiempo material y útil. Podía adivinarse la gran relevancia de dicho arte en su vida por el hecho de que esta colección estuviera realizada con especial cuidado. Desde las primera cuevas que sirvieron de habitáculo, con sus utensilios decorados con crudeza, hasta las lujosas casas comunales fabricadas de cristal y aluminio, y amuebladas por los mejores artistas, hasta la gigantesca fábricas con sus máquinas, a un tiempo aterradoras y hermosas, y también aquellos inmensos canales con sus orillas de granito y sus puentes colgantes... Todo se encontraba representado aquí mediante pinturas, bosquejos, modelos, y también en los *estereogramas* exhibidos por gigantesca máquinas proyectoras, que otorgaban además la completa ilusión de una realidad. Un lugar especial era reservado para la estética de los jardines, campos, y parques. Y, aunque la Naturaleza del planeta me resultase del todo inusual, hasta yo mismo era capaz de discernir la belleza existente en los patrones de desarrollo de las flores, así como la habilidad con la cual el genio colectivo del pueblo de ojos grandes los habían doblegado.

A menudo, el arte de las épocas anteriores, como suele ser el caso en la Tierra, contenía demasiado detalle superfluo. Esto no era así en las producciones de los periodos recientes. Ni en los muebles, ni en sus armas, ni en sus edificios. Pregunté a Enno si la arquitectura moderna poseía alguna tendencia a distanciarse del elemento práctico en favor del decorativo.

—¡Nunca! —respondió Enno—. Eso sería belleza falsa, artificialidad en lugar de arte.

Durante el periodo presocialista, los marcianos habían erigido monumentos a sus grandes hombres. Pero ahora solo lo hacían para conmemorar grandes eventos, como el primer intento de alcanzar la Tierra que terminó con la muerte de todos los investigadores, o tal vez como la conquista de una epidemia mortal, o como el descubrimiento y la síntesis de todos los elementos químicos. Una línea de monumentos aparecían retratados en los estereogramas, en la misma zona que contenía una muestra de tumbas y de catedrales, puesto que los marcianos habían tenido incluso una religión.

Uno de los últimos monumentos a alguien destacado era precisamente una estatua de aquel ingeniero del que Menni me había hablado. El artista había conseguido retratar la fuerza moral del hombre que había dirigido con eficacia un ejército de obreros en su lucha contra la Naturaleza, y que había superado con orgullo aquella

cobarde acción de su enemigo.

Enno, mientras paseábamos por esta zona, se detuvo delante de uno de los monumentos y, tal vez sin darse cuenta, recitó en voz baja algunos versos que describían la esencia de la tragedia del héroe.

—¿Quién escribió eso? —pregunté.

—Yo —dijo—. Lo escribí para Menni.

No me resultaba posible juzgar de forma apropiada la belleza de aquellas líneas, escritas como lo estaban en un idioma que me resultaba extranjero. Pero me pareció más allá de la duda que su sentido estaba claro, sus ritmos eran poderosos, y sus rimas eran ricas y sonoras. Esto ofreció otra idea a mis pensamientos.

—Así que tu poesía todavía utiliza la rima y el ritmo estrictos.

—¡Por supuesto! —dijo Enno con un tono de leve sorpresa—. ¿No te gusta?

—No, no es eso —expliqué—, pero nosotros tenemos la idea de que tales formalismos se originaron para agradar a las clases dominantes, como expresión de su deseo de controlar la libertad del habla artística. Surgió la opinión de que la poesía del futuro, la poesía de la época socialista, debería rechazar y olvidarse de todas estas reglas vergonzosas.

—Eso es completamente injusto —dijo Enno con furia—. Las reglas del ritmo nos parecen hermosas con independencia de cualquier condición en la que fueron creadas, puesto que armonizan profundamente con los ritmos de los procesos de nuestra vida y de nuestra conciencia. ¿Y qué me dices de la rima, confeccionada de colecciones enteras de elementos dispares con un único sonido final? No me negarás que guarda una profunda afinidad con la propia vida de las personas, cuyas variaciones internas se encuentran enriquecidas por su unión al disfrutar el arte. Y sin ritmo no existiría ese arte. Donde no está el ritmo de los sonidos, entonces debe existir algo incluso más estricto, el ritmo de las ideas... Y aunque la rima sea como dices una producción feudal, también habla con elocuencia sobre muchas cosas hermosas y distintas.

—Pero ¿acaso la rima no previene o complica la expresión de ideas poéticas?

—¿Qué quieres decir con eso? Ese problema, si es que existe, provendría del objetivo que el artista eligiera para sí. Es una dificultad que no solo complica, sino que también completa la expresión de ideas poéticas. Y existe por esta razón. Cuanto más complicado sea el objetivo, más dura debería ser la ruta hasta alcanzarlo, y obviamente se necesitará de una astucia mayor para hacerlo. Si quieres construir un edificio hermoso, simplemente piensa en cuantas reglas de estética y de ingeniería debes obedecer, y a cuántas «dificultades» debe enfrentarse tu trabajo. Eres libre en la elección de tu objetivo: esa es la única libertad del hombre. Pero una vez que desees un objetivo, entonces también desees las formas de conseguirlo.

Salimos al jardín a relajarnos de tantas impresiones. Caía una clara y dulce tarde de primavera. Las flores habían comenzado a curvar sus hojas y sus pétalos para cerrarlos completamente durante la noche; esto era una peculiaridad de la vida de las

plantas en Marte debido al frío extremo de las noches en el planeta. Decidí retomar la conversación que habíamos empezado.

—Dime, ¿qué tipo de literatura se hace ahora?

—Teatro, especialmente tragedia, así como descripciones poéticas de la Naturaleza —respondió Enno.

—¿De qué tratan sus tragedias? ¿Dónde encuentran materiales para ellas en su existencia feliz y pacífica?

—¿Feliz? ¿Pacífica? ¿De dónde sacas esa idea? Sí, la paz existe entre los hombres aquí; pero nunca hay paz verdadera entre los elementos de la Naturaleza, y nunca puede haberla. Y la Naturaleza es un enemigo tan poderoso, que incluso en la derrota siempre presenta una nueva amenaza. Durante el último periodo de nuestra historia, hemos multiplicado por diez la explotación de los recursos de nuestro planeta, nuestros números han crecido, y nuestras necesidades han crecido con ellos de forma inmensurable. El peligro de que las reservas naturales se nos acaben ya se nos ha presentado en varios campos de trabajo. Hasta ahora hemos conseguido evitarlo, sin por ello sufrir una caída significativa en nuestra densidad demográfica, ya fuera en nuestra propia generación o en la de la posteridad; pero ahora esta lucha se está volviendo especialmente seria.

—Nunca habría imaginado que dichos peligros fueran posibles, debido al poder de vuestros adelantos científicos y tecnológicos. ¿Dices que esto ya ha ocurrido en vuestra historia?

—Fue hace 70 años, cuando nuestras reservas de carbón se agotaron, y la transición a la energía hidroeléctrica quedaba muy lejos. Para lograr la reorganización completa de nuestras máquinas, tuvimos que cortar en pedacitos una proporción significativa de los bosques de nuestro planeta, que tanto amamos, algo que nos enloqueció durante años y empeoró el clima. Una vez que superamos dicha crisis, resultó que hace veinte años nos dimos cuenta de que nos aproximamos al final de nuestros depósitos naturales de hierro. Iniciamos una investigación presurosa en las formas de endurecer el aluminio, y gran parte de la habilidad técnica que teníamos tuvo que ser dirigida hacia la extracción eléctrica de aluminio del terreno. Ahora, de acuerdo con nuestro estadista, nos encontramos amenazados por una hambruna dentro de treinta años, a no ser que para entonces encontremos una manera de sintetizar proteína.

—¿Y qué ocurre con otros planetas? —dije—. Seguro que podéis encontrar formas de cubrir vuestras carencias en otros planetas.

—¿Dónde? Venus es por supuesto imposible. ¿La Tierra? Ya tiene sus propios habitantes, y de todos modos no está claro con cuánto éxito podríamos usar sus recursos. Cada viaje hasta allí requiere una gran cantidad de energía; los materiales radioactivos que son vitales para ello son, de acuerdo con Menni, que recientemente me lo contó todo sobre su última investigación, extremadamente difíciles de encontrar. Como puedes apreciar, las dificultades para ello son significativas; y

cuanto más nos empeñemos en ganarle la partida a la Naturaleza, más se empeña la Naturaleza en ganarnos a nosotros.

—Pero ¿acaso no podéis regular la natalidad para solucionar vuestros problemas?

—¿Regular la natalidad? Pero en ese caso la Naturaleza también saldría ganando. Un decreto que nos impida reproducirnos de forma libre, no haría sino conducirnos al estancamiento de nuestra cultura. Nosotros ganaríamos, pero no tardaríamos en hundirnos. Cuando impidamos que nuestros ejércitos nazcan estaremos rodeados por los elementos por todas las partes. Entonces la creencia en nuestro poder colectivo comenzaría a entrar en declive. Y además, cada uno de nosotros perdería su fe y el sentido de su vida, ya que en cada una de nuestras pequeñas células reside el gran organismo completo de la colectividad, tal como cada uno de nosotros vive a través de dicho organismo. No, reducir el número de nacimientos sería lo último que decidiríamos hacer; y cuando eso ocurra en contra de nuestra voluntad, será el principio del fin.

—Muy bien, entiendo que la tragedia absoluta existe para vosotros, al menos como una posibilidad amenazadora. Pero mientras la humanidad todavía se encuentre victoriosa, el individuo está lo suficientemente protegido contra esta tragedia colectiva; incluso cuando una amenaza directa aparece, fuerzas gigantescas y la lucha de los individuos hacen que no pueda seriamente afectar a vuestra pacífica felicidad. Y parece que tú tienes todo lo que es necesario para esa felicidad.

—¡Pacífica felicidad! ¿Puede un individuo realmente no sentir fuertes y profundas agitaciones en la vida de los organismos entre los que nació y morirá? ¿Y no es el caso que las contradicciones profundas de la vida surgen del aislamiento del individuo del todo comunal, de su rechazo a ser completamente absorbido por la conciencia colectiva, y el rechazo a permitir que su conciencia se impregne de la misma? ¿De veras no entiendes estas contradicciones? Esto debe ser porque han sido superadas en tu Mundo por otras contradicciones distintas. La lucha de clases, la lucha entre individuos, eliminan del sujeto la idea de una entidad única y con ella la felicidad y el sufrimiento que dicha entidad puede otorgar. He visto tu Mundo; no puedo soportar ni siquiera una décima parte de la locura en la que vives, tú y tus hermanos. Pero es precisamente por esta razón por lo que no podría decidir cuál de nosotros se encuentra más cerca de una felicidad pacífica: cuanto más estructurada y armónica sea la vida, más dolorosas son sus disidencias.

—Pero dime, Enno, tú, por ejemplo, ¿no eres una persona feliz? Tienes juventud, ciencia, poesía, y por supuesto amor... ¿Qué dolor puedes haber experimentado que te haga expresarte de una forma tan apasionada sobre la tragedia de la vida?

—Eso es muy astuto —rio Enno, y su risa sonó extraña—. No sabes que esta persona, este feliz Enno decidió en una ocasión morir. Y si Menni se hubiera retrasado solamente un día en escribirle cinco palabras que cambiaron todas las ecuaciones... «¿Quieres venir a la Tierra?»... Entonces tu feliz compañero de esta tarde no existiría. Pero no puedo explicarte todo esto ahora. Pronto verás que si

somos felices no se trata de esa pacífica y calmada felicidad de la que hablas.

Decidí no hacer más preguntas. Nos levantamos y entramos de nuevo en el Museo. Pero era incapaz de continuar contemplando la exhibición de forma sistemática. Mi atención comenzaba a divagar. Me quedé de pie en la sección de escultura, contemplando con atención una de las estatuas modernas que representaba a un hermoso joven. Sus rasgos me recordaban a Netti; pero lo que realmente me conmovía era el talento con el que el artista había conseguido representar en un simple cuerpo, en extremidades poco desarrolladas, en los ojos curiosos de niño, una tenue alegría. Me quedé durante mucho tiempo sin moverme frente a la estatua, y todo lo demás abandonó mi mente, hasta el momento en el que la voz de Enno me hizo recordar donde estaba.

—Este eres tú —me dijo, señalando al niño pequeño—. Este es tu Mundo. Sería un Mundo maravilloso, pero todavía se encuentra en su infancia, y mira qué oscuras fantasías, qué premoniciones, agitan su mente. Está medio dormido, ¡pero se despertará, estoy convencido!

Sentí una pena inesperada a la par que el sentimiento de alegría que estas palabras despertaron en mí, al preguntarme por qué no lo habría dicho Netti.

V. El hospital

Estaba muy cansado cuando regresé a casa. Tras dos noches sin dormir y un día de absoluta incapacidad para realizar ningún trabajo, decidí ir a ver a Netti. No quería ponerme en las manos de un médico desconocido.

Netti trabajaba durante las mañanas en el hospital, y lo encontré allí durante las horas de visita. Cuando Netti me vio en la sala de espera de inmediato vino a mi encuentro, examinó mi cara con atención, me tomó de la mano y me condujo a una habitación pequeña cercana, donde las suaves luces azules se mezclaban con el agradable aroma de desconocidos perfumes, y nada rompía el silencio. Entonces me sentó con cuidado en un sillón mullido y dijo:

—No pienses en nada, no te preocupes por nada. Me encargaré de todo hoy. Relájate, regresaré en seguida.

Salió y no pensé en nada, y no me preocupé por nada, porque Netti se había llevado todos mis pensamientos y preocupaciones. Esto resultaba extremadamente agradable, y tras uno cuantos minutos me dormí. Cuando desperté Netti estaba delante de mí otra vez y me miraba sonriendo.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó.

—Me siento bien del todo, y tú eres un doctor excelente —contesté—. Ve a ver a tus enfermos, y no te preocupes por mí.

—Mi trabajo por hoy se ha terminado. Si quieres te enseñaré el hospital.

Me pareció una sugerencia interesante, y nos pusimos en marcha para recorrer el alto y hermoso edificio.

Los enfermos estaban divididos en casos quirúrgicos y nerviosos. La mayoría de los casos quirúrgicos eran víctimas de accidentes con maquinaria.

—¿Es posible que vuestras fábricas y talleres no sean lo suficientemente seguros? —pregunté a Netti.

—La seguridad completa, lo cual significa la imposibilidad de accidentes, es algo que puede afirmarse que no existe. Pero estos enfermos provienen de una región con más de dos millones de habitantes. Un par de docenas de accidentes en una región de ese tamaño no son muchos. Lo más frecuente es que sean trabajadores recién cualificados, que todavía no se sienten completamente seguros de cómo han sido construidas las máquinas con las que trabajan. Nosotros amamos ser transferidos de una forma de producción a otra. Los especialistas, los investigadores y los artistas, son personas particularmente predispuestas a ser víctimas de su despiste. En ocasiones su atención divaga, sueñan despiertos, o se pierden en contemplaciones.

—Y las enfermedades nerviosas, supongo que derivan del exceso de trabajo.

—Sí, hay unas cuantas de esas. Pero no menos importantes son las que provienen de crisis sexuales o de otros trastornos emocionales, tales como la muerte de alguien cercano.

—¿Y hay casos nerviosos aquí con pérdida de conciencia?

—No, esos enfermos tienen su propio hospital. Necesitas condiciones especiales si un enfermo pudiera hacerse a sí mismo o a otra persona algún daño.

—¿Utilizáis la fuerza con vuestros pacientes?

—Solo cuando es absolutamente necesario, como entenderás.

—Esta es la segunda vez que he encontrado la fuerza en vuestro Mundo. La primera vez fue en la Casa de los Niños. Dime: siendo capaces de expulsar la violencia de vuestra vida, ¿cómo es posible que la admitáis de forma consciente?

—Como admitimos la enfermedad, o la muerte, o incluso una medicina amarga. ¿Qué ser racional no usaría fuerza, por ejemplo, para protegerse a sí mismo?

—Desde mi punto de vista, haber aprendido esto significa que considero la diferencia entre nuestros dos planetas menor.

—Pero tal vez la principal diferencia no se encuentre en el hecho de que tú tengas mucha fuerza y la uses y nosotros tengamos muy poca. La principal diferencia es que la fuerza para ti se encuentra protegida por la ley, tanto la ley moral de los individuos como las leyes escritas, en los derechos y la moral que controlan a la gente e influyen sus comportamientos. Para nosotros, la fuerza existe o bien como el síntoma de una enfermedad, o bien como una opción racional de un ser racional. En ninguno de los casos reconocemos en la fuerza o desde la fuerza ninguna regla general, ni permitimos que nos influya, ya sea de forma personal o impersonal.

—Sin embargo, existen reglas que te permiten restringir la libertad de enfermos mentales o de los niños.

—Así es. Existen reglas claras de comportamiento para los enfermos y los estudiantes. Pero como comprenderás se trata de teoría, que no definen todos los casos, que trata de explicar cuándo es necesaria la fuerza, o bien todas las formas en las que debe ser usada, o hasta donde debe usarse.

—Pero si ese es el caso, entonces seguro que existe la posibilidad de un uso arbitrario entre aquellos que cuidan de los niños o de los enfermos.

—¿Qué quiere decir esa palabra, «arbitrario»? Si quiere decir fuerza innecesaria y excesiva, entonces solo puede provenir de parte de la persona enferma, la cual está sujeta a tratamiento médico. Un hombre inteligente y consciente es por supuesto incapaz de comportarse así.

Pasamos por los pabellones, los teatros anatómicos, los dispensarios, las habitaciones para las visitas, y, subiendo al piso de arriba, entramos en una gran y atractiva habitación que tenía una vista increíble a través de sus paredes transparentes de un lago, un bosque y montañas distantes. La habitación estaba decorada con estatuas de lo más artísticas y pinturas, y los muebles eran lujosos y elegantes.

—Este es la Sala de la Muerte —dijo Netti.

—¿Traéis a toda la gente a morir aquí? —pregunté.

—Sí, o bien vienen ellos mismos.

—Pero ¿puede realmente caminar alguien que se está muriendo? —dije sorprendido.

—Los que gozan de buena salud por supuesto que pueden andar.

Comprendí que hablábamos de suicidio.

—¿Me estáis diciendo que ofrecéis a los suicidas esta habitación para que puedan cumplir su tarea?

—Sí. Y les ofrecemos todo aquello que requieran para alcanzar una muerte pacífica y sin dolor.

—¿Y no existen obstáculos para esto?

—Si la mente del paciente está clara, y su decisión es firme, ¿entonces qué obstáculos puede haber? Por supuesto que el médico sugiere primero que el paciente discuta el tema con él. Algunos acceden a esto, otros no.

—¿Y es el suicidio muy común entre vosotros?

—Sí, especialmente entre los ancianos. Cuando el sentimiento de uno por la vida se debilita y comienza a disolverse, entonces muchas personas prefieren no esperar a que llegue su final natural.

—¿Y qué me dices del suicidio entre los jóvenes, que son todavía fuertes y sanos?

—Sí, eso ocurre, pero no es lo habitual. Por lo que recuerdo, ha habido dos casos como ese en este hospital; la tercera vez conseguimos detener el intento de suicidio.

—¿Quiénes eran estas personas infelices, y qué les llevó a matarse?

—El primero era mi profesor, un conocido médico que hizo numerosos descubrimientos. Estaba dotado de una capacidad desmesurada para sentir el sufrimiento de los demás. Esto es lo que llevó a dirigir su mente y sus energías en lo que concernía a la medicina, pero también le hundió. No pudo soportarlo. Fue capaz de esconder su estado emocional tan bien de los demás, que el colapso fue inesperado por completo. Ocurrió tras una epidemia severa, que comenzó entre los trabajadores en uno de los golfos, y destruyó también unos cien millones de kilos de pescado. La enfermedad fue tan mala como tu cólera, pero incluso más peligrosa, y el noventa por ciento de todos los casos terminaron en la muerte. Sin embargo, gracias a esta pequeña posibilidad de recuperación, los doctores no fueron capaces de obedecer las peticiones de sus pacientes de una muerte rápida y sencilla: es imposible considerar que el sufrimiento de una persona con fiebre aguda le permita conservar su mente clara. Mi maestro trabajó sin descanso durante toda la epidemia, y sus investigaciones permitieron que fuera erradicada con rapidez. Pero cuando terminó rehusó continuar viviendo.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Por nuestros cálculos unos cincuenta años. Es una edad muy joven para nosotros.

—¿Y el otro caso?

—Ese fue una mujer cuyo esposo e hijo habían muerto al mismo tiempo.

—¿Y el tercer caso?

—Bueno, solo el camarada que lo vivió podría hablarte de ello.

—Tienes razón —dije—. Pero dime otra cosa, ¿cómo es que vosotros los

marcianos permanecéis jóvenes durante tanto tiempo? ¿Es una peculiaridad de vuestra raza, o el resultado de mejores condiciones de vida, o algo completamente distinto?

—La raza no tiene nada que ver con ello. Hace doscientos años solo vivíamos la mitad del tiempo. ¿Mejores condiciones de vida? Sí, en cierta forma se trata de eso. Pero hay otros motivos. Sobre todo se debe a nuestras técnicas de renovación del tejido vital.

—¿Y qué es eso?

—De hecho se trata de algo muy sencillo, aunque probablemente te sorprenda. Pero tu ciencia se encuentra en la actualidad en posesión de todos los datos necesarios para llevar a cabo este método. Ya sabes que la Naturaleza siempre está reemplazando un individuo con otro. Los organismos unicelulares, una vez que su capacidad vital ha bajado hasta un nivel particular, se unen con otro organismo, y es solo de esta forma que mantienen su capacidad para reproducirse: lo que llamamos la inmortalidad del proto-plasma. De igual forma, este es el objetivo de la reproducción sexual en plantas superiores y organismos. Ahí también se combinan los elementos vivos de dos individuos distintos para crear un tercer individuo superior. Por último, ya conoces el uso de las transfusiones de sangre para pasar de un organismo a otro organismo varios elementos vitales, con el propósito, por ejemplo, de superar alguna enfermedad. Nosotros vamos más allá, y llevamos a cabo la transfusión de sangre entre dos sujetos humanos, cada uno de los cuales puede transmitirle al otro una gran cantidad de capacidad vital. Esta simple y simultánea transfusión de sangre de una persona a otra y viceversa se lleva a cabo por la conexión entre sus sistemas circulatorios. Si se observan las condiciones apropiadas, no conlleva peligro alguno. Simplemente, la sangre de una persona continúa viviendo en el cuerpo de la otra, causando una profunda renovación de todos los tejidos de su cuerpo.

—¿Y es así como lográis que un hombre anciano sea joven de nuevo, llenando sus venas de sangre joven?

—En parte sí, pero no es tan simple, ya que la sangre no es lo único en un organismo, y el organismo mismo tiene que procesarla. Por eso, por ejemplo, una persona joven no envejece cuando recibe la sangre de un anciano: las sustancias envejecidas y débiles que entran en él se rehacen con rapidez por su organismo joven, pero al mismo tiempo él produce muchas de las cosas que el organismo anciano no posee. Como ves, la energía y flexibilidad del otro organismo también crece.

—Pero si todo es tan simple, ¿entonces cómo puede ser que los médicos de la Tierra aún no han aprendido a usar esta técnica? Conocemos las transfusiones de sangre desde hace cientos de años, si no me equivoco.

—No lo sé. Tal vez exista cierta peculiaridad especial en vuestro organismo que os prive de esta posibilidad de cuidar de él. O tal vez sea simplemente el resultado del individualismo que todavía os controla a todos, y que de manera tan firme divide a un individuo de otro individuo, el que haga que la idea de combinar dos vidas sea

inimaginable para tus científicos. Aparte de eso, vosotros también tenéis un gran número de enfermedades que envenenan vuestra sangre, enfermedades que a veces ni tan siquiera los enfermos saben que tienen, o bien que ellos mismos ocultan. El tipo de transfusión sanguínea de vuestras prácticas médicas, aunque te suene extraño, no carece de alguna forma de un carácter filantrópico: alguien que tiene mucho de una cosa da a otro que está a punto de morir, como puede ocurrir, por ejemplo, cuando se realizan transfusiones como resultado de heridas graves. Nosotros también poseemos esa clase de transfusión sanguínea; pero la más normal es esta de la que te hablo, la transfusión que ayuda a dos personas, un intercambio entre camaradas no solo ideológico, sino también fisiológico...

VI. Trabajo y fantasmas

Las impresiones de aquellos primeros días se agolpaban en mi mente haciéndome entender la inmensa escala del trabajo que tenía frente a mí. Antes que ninguna otra cuestión, era necesario intentar comprender este Mundo tan rico, con una forma de vida única. Era mi deber sentirme como uno más. En lugar de contemplarlo como un objeto expuesto en un museo, debía hacerlo como un hombre entre hombres, un trabajador entre trabajadores. Solo entonces mi misión podría completarse, solo entonces me sería posible comenzar a construir puentes entre ambos Mundos, en los que yo, un socialista, me encontraría en la frontera, como un recordatorio insignificante entre el pasado y el futuro.

Al abandonar el hospital Netti me advirtió que no me esforzase demasiado. Creo que se equivocaba. Eso era justamente lo que tenía que hacer, concentrar todas mis energías en aquel viaje, puesto que la responsabilidad era enorme. ¡Qué colosal ayuda supondría para nuestra agotada humanidad, qué gigantesca aceleración podría aportar a su desarrollo!

El amanecer marciano vendría acompañado por influencia vital de una cultura superior, tan poderosa y tan armoniosa. Y cada momento en que no me esforzase en mi trabajo podía estar retrasando ese momento de influencia... No, no había un instante que perder, no había un segundo para relajarse.

Y trabajé. Sin descanso. Llegué a conocer la ciencia y la tecnología del nuevo Mundo, observé con cuidado su vida comunitaria, estudié su literatura. Si, había muchas cosas interesantes también en su arte.

Sus métodos científicos me condujeron hacia un callejón sin salida: de forma mecánica me recompuse, me dediqué a realizar experimentos que ellos consideraban simples, pero que yo no lograba entender, no entendía a dónde me conducían, qué relación tenían con el Mundo real, ni significaban. Yo era exactamente como esos viejos matemáticos del siglo diecisiete, cuyas mentes no eran capaces de entender el concepto de la física de Newton. Las reuniones generales de los marcianos me superaban. Si se dedicaban a cuestiones científicas o a cómo organizar el trabajo, o incluso a cuestiones artísticas, los parlamentos y declaraciones eran terriblemente directos y agudos, las argumentaciones concentradas y definitivas, nadie nunca se repetía, o repetía las palabras de los otros. Las decisiones de las reuniones, que solían ser unánimes, se llevaban a cabo con una rapidez de cuento de hadas. En la reunión de los científicos de una especialidad concreta se decidió que necesitaban organizar alguna forma de conferencia científica; la reunión de los estadistas decidió que necesitaban construir alguna herramienta u otra; la reunión de los habitantes de la ciudad decidió que necesitaban mejorarla con un edificio u otro. Casi de forma inmediata nuevas cifras esenciales para el trabajo eran publicadas, y cientos y miles de nuevos trabajadores aparecían de ninguna parte. Tras unos cuantos días o semanas todo estaba listo, y los nuevos trabajadores desaparecían, quién sabe adónde. Todo

aquello tenía un efecto para mí parecido al que habría experimentado si hubiera visto magia pura, extraña, pacífica y fría, sin confusiones ni adornos místicos, pero aun así misteriosa debido a sus poderes sobrehumanos.

La literatura del nuevo Mundo, incluso la ficción, no me suponían una forma de relajarme ni una forma de calmarme. Sus imágenes eran claras y poco complicadas, pero internamente de alguna forma me perturbaban. Deseaba introducirme más a fondo en ellas, para acercarme a ellas y comprenderlas, pero todos mis esfuerzos me condujeron a un resultado completamente inesperado: las imágenes se volvieron fantasmagóricas y se perdieron entre las sombras.

Cuando iba al teatro, incluso allí me encontraba asaltado por sentimientos que no comprendía. Las tramas eran sencillas, las actuaciones eran excepcionales, pero la vida de las obras se quedaba a una gran distancia de mí. Los parlamentos de los héroes eran tan controlados y suaves, las acciones tan calmadas y cuidadosas, demostraban tan poco sus sentimientos, que era casi como si no quisieran inferir sentimiento alguno en la audiencia, como si no fueran sino simples filósofos y, como me lo parecía a mí, fuertemente idealizados. Solo las obras históricas del pasado distante me causaban algún tipo de impresión reconocida, y las actuaciones eran tan enérgicas y las expresiones de sentimientos generales tan poderosa, como estaba acostumbrado a ver en nuestros teatros.

Había una circunstancia, sin embargo, que sí me condujo al teatro de nuestra pequeña ciudad con un interés especial. Era el hecho de que la obra en cuestión no contaba con actores. Las obras que vi mediante este método eran reproducidas mediante aparatos transmisores ópticos y acústicos, desde ciudades distantes, o incluso, y de hecho con cierta frecuencia, se trataba de obras que habían sido representadas hacía mucho tiempo, incluso algunas veces hacía tanto tiempo que los actores habían muerto.

Los marcianos, al conocer el método requerido para tomar fotografías instantáneas en color, habían desarrollado esta técnica para fotografiar la vida en acción, como nuestros cinematógrafos hacen. Pero no se trataba simplemente de una combinación de cinematógrafo con cámara fotográfica, como la gente de la Tierra está empezando a hacer con poco éxito, sino que, mediante la utilización de técnicas estereoscópicas, conseguían que la imagen del cinematógrafo apareciera en relieve. Sobre la pantalla, dos imágenes aparecerían al mismo tiempo, cada una una mitad del estereograma; frente a cada butaca en el auditorio estaban conectados un par de binoculares estereostópicos para lograr que las dos imágenes, contempladas mediante los mismos, parecieran unidas y causaran la impresión de las tres dimensiones. Era extraño ver con claridad a gente que se movía, actuaba y expresaba sus pensamientos y sentimientos, y saber al mismo tiempo que no había nada allí, que no era más que una lámina sin relieve con un fonógrafo detrás de ella, y una linterna eléctrica que funcionaba mediante engranajes mecánicos. Era casi extrañamente místico, y la acción en sí producía dudas filosóficas en mi mente.

Sin embargo, todo lo que he relatado me ayudó en mi tarea de comprender aquel Mundo desconocido. Era evidente que también necesitaba ayuda. No obstante, me abstenía cada vez con más frecuencia de visitar a Menni y pedirle que me explicase cosas. Me sentía incómodo añadiendo una más a todas las dificultades que él tenía entre sus manos. Toda la atención de Menni estaba concentrada en una importante investigación que tenía que ver con la creación de antimateria. Trabajaba sin descanso, a menudo sin dormir durante noches enteras, y yo no quería distraerle ni suponer una carga; pero su enorme capacidad para el trabajo, como ejemplo vivo que era, me empujaba a redoblar mis esfuerzos.

Mis otros amigos entretanto habían desaparecido de forma temporal de mi horizonte. Netti se había desplazado a varios miles de kilómetros de distancia para supervisar la construcción y organización de un nuevo gigantesco hospital en el hemisferio opuesto. Enno estaba ocupado trabajando como el ayudante de Sterni en su observatorio, tomando medidas y efectuando cálculos que eran vitales para nuevas expediciones a la Tierra y a Venus, y también a la Luna y a Mercurio para fotografiarlos con más detalle y tomar muestras de sus minerales. No me sentía cercano a ningún otro marciano, pero me aseguraba de llevar a cabo entrevistas y tener conversaciones con ellos: no era fácil acercarse a seres que me resultaban extraños y que estaban mucho más desarrollados que yo.

Mientras pasaba el tiempo, me empezó a parecer que mi trabajo no iba nada mal. Necesitaba menos y menos descanso, o incluso sueño. Las cosas que aprendía se introducían en mi cerebro de forma mecánica, para luego desarrollarse allí por cuenta propia; no obstante, me asustaba el presentimiento de que mi cabeza estuviera completamente vacía, y que de hecho era posible llenarla sin descanso. Era cierto: cuando puse a prueba mi antigua costumbre de formularme a mí mismo todo lo que sabía, tuve cierto éxito. No solo me limitaba a retener impresiones fragmentarias de mi experiencia, sino que tenía un entendimiento general de las cosas, y eso era lo más importante.

Mis estudios todavía no me habían conferido ninguna satisfacción; nada había despertado en mí el interés entusiasta de anteriores etapas de mi existencia. Pensé que aquello era del todo comprensible, puesto que, tras todo lo que había experimentado, debía resultar más complicado sorprenderme. Pero no se trataba de cómo hacer las cosas agradables para mí, sino de cómo hacer el mejor uso de cuanto tenía a mi alcance.

Solo una cosa era incomprensible: perdí la capacidad de concentración en un único tema. Continuamente mis pensamientos saltaban de un tema a otro. Memorias distantes e inesperadas, pero no por ello menos claras, se introducían en mi conciencia y me hacían olvidar lo que me rodeaba, haciéndome perder preciosos minutos. Sin embargo, siempre percibía cuando este estado de cosas se producía y me obligaba a despertarme de inmediato de mis ensoñaciones, y me ponía a trabajar con renovadas energías. Sin embargo, solo un tiempo muy corto después y nuevas

imágenes volantes del pasado o diversas fantasías entrarían en mi cerebro, y me llevaría otro gran esfuerzo liberarme de ellas.

En otras muchas ocasiones temblaba con otro sentimiento desagradable, como si hubiera algo importante y demasiado urgente que no estuviera haciendo y que había olvidado y que trataba de recordar. Esto traía consigo toda una multitud de rostros familiares, y una marea insoportable de memorias me llevaba más y más atrás, desde mi niñez y mi juventud hasta mis primeros años, que después se perdían en alguna clase de vago y poco claro sentimiento. Después de esto mis ensoñaciones se volvían más poderosas. Cuando me di cuenta de la existencia de dichos conflictos internos, que no me permitían concentrarme en ninguna cosa en exclusiva, comencé a saltar más y más a menudo de un tema a otro, y cargaba con pila tras pila de libros hasta mi habitación, donde se quedaban abiertos por la página correcta, tablas, mapas, estereogramas y fonogramas.

Así era como intentaba recuperar el tiempo perdido, pero no podía evitar que mis distracciones me afectasen cada vez más, y en cualquier momento podría darme cuenta de que acababa de pasar un buen rato contemplando un punto en concreto sin comprender nada ni hacer nada.

También cuando me echaba en la cama y miraba a través del tejado de vidrio al cielo negro, mis pensamientos comenzaban a trabajar por sí solos, con una sorprendente energía. Páginas repletas de cifras y de fórmulas pasaban frente al ojo de mi mente con tal precisión que podía leerlos línea a línea. Pero estas imágenes desaparecían con rapidez para ser reemplazadas por otras. Mi conciencia se perdía entre las panorámicas de mapas precisos, paisajes terrenales, escenarios teatrales, dibujos de cuentos infantiles, y todos ellos se reflejaban en mi alma como si estuvieran sobre un pacífico espejo, y luego desaparecían y se transformaban sin despertar emoción alguna, más que un interés vago, una cierta curiosidad. Estos «reflejos» ocurrían al principio dentro de mi mente, absteniéndose de mezclarse con lo que les rodeaba, y yo me dormía, y tenía sueños animados y complejos, y se me otorgaba aquello que me resultaba de una extremada importancia y de lo que no había disfrutado desde mi llegada: una cierta relajación.

Había estado preocupado durante algún tiempo por ciertos ruidos internos, que se volvieron más constantes y pesados, hasta llegar al caso de que a menudo interferían conmigo escuchando un fonograma, o interrumpían mi sueño por la noche. De tiempo en tiempo podía distinguir una voz humana a partir de esos sonidos, voces que eran tanto familiares como no familiares; a menudo me parecía que me llamaban por mi nombre, o bien que estaba escuchando una conversación cuyas palabras no podía distinguir con facilidad entre los ruidos que me rodeaban. Comencé a comprender que mi salud no estaba recuperada por entero, especialmente cuando entendí que aquel sentimiento de distracción o desatención había terminado por tomar control por completo de mí, y no me era posible leer más que unas cuantas líneas de una vez.

Pensé que no debía tratarse más que de un exceso de trabajo, y que necesitaba

encontrar formas de relajación más efectivas. Lo más importante, razoné, era que Menni no llegara a saberlo. Me avergonzaba hacerle pensar que tan pronto hubiera llegado al límite de mis fuerzas, cuando me quedaban tantos escalones por subir. Cada vez que venía a verme a mi habitación, lo cual no era algo muy habitual, pretendía estar trabajando con ahínco, de manera que él mismo fue quien me dijo que estaba trabajando demasiado, y arriesgaba cansarme.

—Hoy no tienes buen aspecto —apuntó—. Mírate al espejo, mira qué pálido estás, cómo brillan tus ojos. Necesitas descansar, puedes volver a tu trabajo dentro de unos días.

Yo deseaba descansar, pero no conseguía relajarme de ninguna manera. No hacía mucho, casi nada en realidad, pero incluso el menor esfuerzo me dejaba exhausto; y la ola violenta de imágenes, memorias y fantasías, no me dejaban ni de día ni de noche. Todo lo que me rodeaba me parecía como desprovisto de color, y adoptaba un carácter fantasmagórico. Al final tuve que aceptar que la apatía y la inercia iban tomando control paulatino de mi voluntad. Una mañana, por ejemplo, todo se volvió negro cuando me levanté de la cama. No tardó en pasarse, y me acerqué a la ventana para mirar los árboles en el parque. De repente sentí que alguien me observaba. Me giré, y Anna Nikoláievna me estaba mirando. Tenía el rostro pálido y triste, y su expresión estaba llena de reproches. Esto me enfadó y, sin considerar siquiera lo extraño de su aparición, me aproximé hacia ella y traté de decirle algo, pero desapareció, como si se hubiera disuelto en el aire.

A partir de entonces dio comienzo una auténtica orgía de fantasmas. La presencia de muchos de ellos me resultaba incomprensible, como si mi conciencia estuviera ofreciéndome oportunidades de realizar acciones que aún no llegaba a entender, como ocurre algunas veces en los sueños. Las personas más extrañas venían y se iban, o bien simplemente aparecían y desaparecían, todo tipo de gente que había conocido durante mi vida, e incluso algunos que me eran desconocidos del todo. Pero no había marcianos entre ellos, todos eran gente de la Tierra. Solía tratarse de personas que no había visto en mucho tiempo, viejos amigos de la escuela, o mi hermano pequeño, que murió siendo un niño. Una vez vi a través de la ventana un espía que conocí en el pasado, sentado en un banco. Con una sonrisa maliciosa me miró con sus ojillos astutos de movimiento rápido. Las apariciones no me hablaban, pero por la noche, cuando todo estaba tranquilo, las alucinaciones auditivas continuaban y se volvían más intensas, conectadas entre sí a modo de conversaciones, pero sin sentido aparente, y siempre entre personas desconocidas: un pasajero llegaba a un acuerdo con el capitán de un barco, un vendedor convencía a un comerciante de que aceptase sus mercancías, un auditorio universitario al completo charlaría estruendosamente cuando de repente un portero entraba para decirles que el profesor estaba a punto de llegar. Las alucinaciones visuales eran al menos interesantes, pero me afectaban mucho menos y con menos frecuencia.

Después de la aparición de Anna Nikoláievna por supuesto que se lo conté todo a

Menni. Inmediatamente me metió en la cama, llamó al médico más cercano, y también a Netti que se encontraba a seis mil kilómetros. El doctor dijo que no sabía qué podía prescribirme, ya que no poseía suficientes conocimientos sobre la manera en la que funciona el organismo terrestre, pero que lo más importante de todo para mí era encontrarme tranquilo y descansar, y esperar con calma hasta que Netti viniera.

Netti apareció a los tres días, tras transferir todas sus tareas a otro marciano. Cuando vio el estado en el que me encontraba miró a Menni con triste reproche.

VII. Netti

Incluso con la ayuda de un doctor tan bueno como Netti, mi enfermedad duró varias semanas. Me quedé en la cama con apatía, pero también me encontraba tranquilo, y con esa misma calma contemplaba las alucinaciones. Incluso la querida presencia de Netti solo me causaba un regocijo casi imperceptible y débil.

Me resulta extraño pensar en mi relación con las alucinaciones: aunque me convencí docenas de veces de su irrealdad, cada vez que aparecían era como si me hubiera olvidado de ello; incluso si mi mente consciente no se lo creía del todo, me era imposible negarlas. La conciencia de su «fantasmagórica» realidad solo ocurría después de que desaparecieran.

El principal esfuerzo de Netti en su tratamiento consistía en hacerme dormir y relajarme. A pesar de todo, no me dio ninguna medicina para ello, y decidió no prescribir ninguna, ya que temía que fueran venenosas para un organismo de la Tierra. Le llevó algunos días ser capaz de ayudarme con sus métodos, puesto que las alucinaciones se interponían en sus intentos de calmarme, dando al traste con sus acciones. Pero finalmente consiguió llegar hasta mí, y cuando me desperté tras dos o tres horas de sueño me dijo:

—Ahora tu recuperación no tiene duda, aunque la enfermedad todavía tiene que durarte un poco más.

Y así fue. Las alucinaciones comenzaron a aparecer de forma más irregular, pero eran a pesar de todo claras y vividas, e incluso se volvieron más complejas. En ocasiones los visitantes fantasmagóricos hablaban conmigo.

Pero de entre todas estas conversaciones solo una tuvo especial relevancia para mí.

Ocurrió al final de la enfermedad. Me desperté una mañana y me encontré con Netti, como de costumbre, sentado frente a mí; pero detrás de su silla estaba de pie uno de mis antiguos camaradas revolucionarios, un hombre de mediana edad con un sentido del humor algo malintencionado. Se trataba del agitador Ibrahim. Me pareció que estaba aguardando la oportunidad de hablar. Cuando Netti se levantó y se dirigió a la habitación contigua a preparar mi baño, Ibrahim me habló de forma maleducada y directa:

—Idiota, ¿por qué estás ahí tirado y bostezando? ¿Cómo puedes no darte cuenta de lo que es tu médico?

No me sorprendió en exceso el insulto en estas palabras ni su tono cínico. Se trataba de algo que solía ser habitual en Ibrahim. Pero recordé los cuidados de la pequeña manita de Netti, y no podía tomar en serio un insulto de ninguna clase.

—¡Peor para ti! —dijo, con una sonrisa maliciosa, y a continuación desapareció.

En aquel momento Netti volvió a entrar en la habitación. Me sentí extrañamente azorado delante de la estimada criatura, que me miró con atención.

—Muy bien —dijo—. Tu recuperación está progresando.

Mi camarada se pasó el resto del día en silencio y pensando. Al día siguiente, cuando vio que me sentía bien y que las alucinaciones no habían reaparecido, se pasó todo el día haciendo otros trabajos, dejando a otro médico en su lugar. Durante varios días solo apareció por las tardes para acostarme. Fue durante aquellas jornadas cuando se evidenció para mí lo importante y vital que me resultaba su compañía. Comencé a pensar sobre las palabras de Ibrahim, pero me convencí a mí mismo de que no podía hacerle caso a una visión proveniente de una enfermedad. ¿Por qué iban a engañarme Netti y mis otros amigos? Sin embargo, no podía evitar que una duda me acuchillara el alma, una duda que me regocijaba.

Algunas veces preguntaba a Netti qué trabajo estaba realizando. Me explicaba entonces que habían tenido lugar una serie de reuniones sobre el asunto de realizar nuevas expediciones a otros planetas, y que lo necesitaban allí como experto. Menni lideraba estas reuniones; pero ni él ni Netti tenían intención de irse pronto en ningún viaje interplanetario, algo que me hacía muy feliz.

—¿Y tú no estás pensando irte a casa? —me preguntó Netti, y su voz sonó preocupada.

—¡Pero si todavía no me ha sido posible hacer nada! —respondí; el rostro de Netti se iluminó.

—Te equivocas, has hecho mucho... Incluso solamente al decir eso demuestras lo mucho que has hecho ya.

Sentí que esta respuesta contenía una pista sobre algo que no sabía, pero que estaba relacionado conmigo.

—¿Y no puedo ir contigo a una de estas reuniones? —pregunté.

—No, bajo ninguna circunstancia —respondió Netti con decisión—. Aparte del descanso que necesitas, debes alejarte durante un tiempo de todo aquello que se relacione con tu enfermedad.

No discutí. Era tan agradable sentirme relajado, que mis deberes con la humanidad desaparecían en el horizonte. Lo único que me preocupaba, y de forma aguda, eran aquellos extraños pensamientos que estaba teniendo sobre Netti.

En una ocasión, estaba cerca de la ventana durante la noche, y me asomé para contemplar las plantas del parque. Más oscuras y enrojecidas que durante el día, me parecieron muy hermosas. Y en ellas no había nada que me resultara extraño. Hubo un suave golpe en la puerta... De inmediato sentí que era Netti. Entró con su paso rápido y ligero, sonriendo, y me extendió la mano: un viejo saludo de la Tierra que le gustaba. Con alegría le di la mano con tanta energía que incluso lastimé sus dedos fuertes.

—Bueno, veo que mi trabajo como médico ha llegado a su fin —dijo riéndose—. Pero tengo que hacerte unas cuantas preguntas, para que al fin podamos concluir con todo esto.

Fue entonces cuando, de forma directa y honesta, me hizo una pregunta que yo le respondí sin palabras, con un sentimiento incomprensible e inaudito en mi corazón. Y

pude leer una sonrisa oculta en lo más profundo de sus grandes ojos. Finalmente no pude aguantarme más:

—Dime, ¿por qué me siento tan atraído por ti? ¿Por qué me siento tan extrañamente feliz de verte?

—Debe ser, o eso creo, porque te he curado, y de forma inconsciente me transfieres tu alegría al estar saludable. Y tal vez exista otra razón... Yo soy... Una mujer...

Fue como si una luz me despertara a la realidad, aunque todo pareció volverse oscuro a mi alrededor, y mi corazón se saltó un latido. Un segundo más tarde, como un loco tomé a Netti entre mis brazos y besé sus manos, su rostro, sus grandes y profundos ojos, que eran azules y verdes, como el cielo de su planeta.

Netti respondió a mi estallido con dulzura y sin turbación, y cuando desperté de mi alegre locura y besé sus manos con lágrimas de agradecimiento en mis ojos, Netti me dijo, con su dulce sonrisa:

—Me parece que siento todo tu joven planeta en tus abrazos. Es despotismo, es egoísmo, es un deseo desesperado por la felicidad. Siento todo eso cuando me rozas. Tu amor es tan dulce como la muerte, pero te amo a pesar de todo, Lenni.

Me sentí feliz al fin.

Tercera Parte

I. La felicidad

Cuando recuerdo aquellos meses todavía siento un escalofrío, y una dulce niebla cubre mis ojos, y todo lo que me rodea me resulta insignificante. No hay palabra para describir aquella felicidad destinada a acabarse.

Por primera vez me sentía cercano a este nuevo Mundo, y finalmente comencé a comprenderlo. Mis esfuerzos anteriores no me desanimaban, ya que la juventud y la esperanza volvieron a mí y, como había esperado, ya nunca me abandonaron. Tenía una compañera fuerte y en la que podía confiar, no había espacio para las debilidades de antaño, y el futuro me pertenecía. Mis pensamientos rara vez regresaban al pasado, cada vez se concentraban más en Netti y nuestro amor.

—¿Por qué me ocultaste que eras una mujer? —le pregunté durante aquellos primeros días.

—Para empezar, es algo que simplemente ocurrió, por accidente. Pero luego decidí de forma enteramente consciente no corregir tu error, e incluso de forma deliberada eliminar cualquier adorno de mi ropas que te hubiera podido conducir a la verdad. Me asustaba la dificultad y complejidad de tu tarea, y me asustaba complicarla incluso más todavía, especialmente cuando noté tu atracción inconsciente hacia mí. Yo misma no lo entendía del todo... Hasta que enfermaste.

—Eso quiere decir que mi enfermedad solucionó este problema... ¡Qué agradecido me siento hacia mis alucinaciones!

—Así es. Cuando supe que estabas enfermo, me sentí como si un rayo me alcanzase. Si no hubiera sido capaz de curarte completamente, tal vez yo misma habría muerto —tras varios segundos de silencio continuó—: ¿Sabes? Entre tus amigos hay otra mujer, cuya naturaleza no adivinaste, y ella también está muy enamorada de ti... Por supuesto, ella no te ama como yo lo hago...

—¡Enno! —adiviné de inmediato.

—Lo has adivinado. Y ella te engañó también, justo como yo le aconsejé.

—Oh... ¡Cuánta mentira y traición hay en tu Mundo! —grité con exagerada gesticulación, y ambos reímos.

Un día seguía a otro día, y con alegría llegué a sentirme parte de este hermoso nuevo Mundo.

II. Separación

Y a pesar de todo, aquel día fatídico llegaría, un día que no puedo recordar sin maldecir, cuando una sombra negra de odiosa e inevitable separación se cernió entre nosotros... Sin un gesto apesadumbrado, luciendo la misma pacífica y ecuánime expresión de siempre, Netti me explicó un día que en pocas jornadas tendría que partir junto con una expedición gigantesca que Menni lideraba a Venus. Cuando vio que la noticia me afectaba, añadió:

—No será durante mucho tiempo; si tenemos éxito, algo de lo que estoy segura, parte de la expedición regresará con rapidez, y yo lo haré con ellos.

Fue entonces cuando decidió explicarme la relevancia de aquel viaje. Al parecer, los suministros de materiales radioactivos en Marte, que eran vitales para los viajes interplanetarios y como herramientas de extracción y síntesis de todos los elementos, se estaban agotando. Lo único que hacían era gastarlos, y no conocían la forma de renovarlos. Venus era un planeta joven, y sobre su superficie se habían encontrado signos definitivos de colosales depósitos de estos materiales, esperando allí para ser recolectados. Justo en la mitad del principal océano venusiano se había descubierto una isla que los marcianos llamaban la Isla de las Tormentas. Se creía que dicha isla contenía unos ricos depósitos de materiales radiactivos, de manera que se había decidido comenzar a explotarlos tan pronto como fuera posible.

Antes de que esto fuera una realidad, era absolutamente necesario construir unos muros altos y firmes que protegieran a los trabajadores de la acción mortífera del viento húmedo y ardiente, cuya crueldad superaba a las tormentas de nuestros desiertos de arena. Por esta razón, iban a enviar una expedición que contaría con diez *eteronefs* y aproximadamente dos mil hombres, de los cuales solo veinte serían químicos, y el resto trabajadores de la construcción.

Necesitaban a los mejores científicos del planeta, y también a los médicos más experimentados, puesto que la salud de los marcianos se vería amenazada tanto por el clima como por los rayos mortíferos y las emanaciones provenientes de los materiales radiactivos. Netti consideraba que su presencia era vital, pero me aseguró que, si el trabajo iba bien, a los tres meses de su llegada a Venus un *eteronef* sería enviado con noticias y con una muestra de los materiales extraídos. Netti definitivamente regresaría en esta nave, y su regreso, contando con el tiempo necesitado para el viaje de ida y el de vuelta, se produciría unos diez u once meses después de su partida.

No podía entender por qué Netti tenía que ir. Me explicó que el asunto era demasiado serio para que ella se negase a tomar parte; que era muy significativo para mi trabajo también, ya que su éxito proveería de posibilidades con las cuales establecer un contacto regular con la Tierra; que cualquier error en la previsión médica desde el principio del viaje podría conducir al fracaso de la misión. Todos ellos argumentos convincentes. Yo era consciente de que Netti era considerada la mejor especialista en medicina para cualquier asunto que requiriera alguien de

dilatada experiencia. Sin embargo, tenía la intuición de que eso no era todo. Sentía que algo no se había dicho.

Había algo que no ponía en duda: el amor de Netti por mí. Si ella decía que debía ir, entonces sería cierto que su participación en aquella empresa era inevitable. Y si prefería no explicarme todas las razones, entonces significaba que yo no debía presionarla más. Creí ver miedo y dolor en sus hermosos ojos cuando pensaba que no la observaba.

—Enno será un buen amigo para ti —me dijo con una triste sonrisa—. Y no te olvides de Nella, ella te ama por mi causa, y tiene mucha experiencia y sabiduría. Su apoyo en momentos difíciles puede resultarte clave. Y recuerda que regresaré tan pronto como sea posible.

—Creo en ti, Netti —dije—. De manera que también creo en mí mismo, en el hombre en el que tú te enamoraste.

—Tienes razón, Lenni. Y estoy convencida de que, a pesar de toda la presión a la que estás sometido, a pesar del peso del destino sobre tus hombros, emergerás fiel a ti mismo, más fuerte y más puro que antes.

El futuro echó su sombra sobre nuestras caricias de despedida, y estaban mezcladas con las lágrimas de Netti.

III. La fábrica de ropa

Durante aquellos breves meses me había sido posible completar en parte mi plan principal con la ayuda de Netti: convertirme en un trabajador útil para la sociedad marciana. Decía que sí a todas las peticiones para dar charlas sobre la Tierra y sus habitantes; pero no habría sido razonable convertir las conferencias en mi especialidad, ya que habría significado forzar de forma artificial a que mis conocimientos se basasen en momentos de mi pasado, un pasado que en cualquier caso nunca me abandonaría del todo, en lugar de centrarlos en el futuro, como tenía que hacer.

Al cabo tomé la decisión de entrar en una fábrica y, tras una cuidadosa comparación y varias discusiones al respecto, elegí una fábrica de producción textil. Al principio seleccioné el trabajo más sencillo entre todos los disponibles. E incluso en dicha situación se requería por mi parte un trabajo de relativa importancia para el funcionamiento de la cadena de producción, ya que tenía que estudiar los principios científicos sobre los que se sostenía la fábrica, en particular la construcción del edificio en la que era mi intención trabajar, su arquitectura, y como ello influía en la organización laboral. En concreto, era mi deber entender todas las máquinas que contenía, y aquellas de las que me iba a encargar en mis horas de trabajo tenía que conocerlas de arriba a abajo. Era vital de igual forma un conocimiento de varias áreas de la mecánica, tanto teórica como aplicada, así como de tecnología y análisis matemático.

La mayor dificultad que tenía no estaba relacionada con el contenido de lo que tenía que aprender, sino con su forma. Los libros de texto y los manuales no se encontraban diseñados para gente sin cultura. Recuerdo cuánto me había atormentado siendo un niño verme obligado a utilizar un libro de texto de matemáticas en francés. Las matemáticas eran un tema que me entusiasmaba en especial, y es obvio que poseía cierta aptitud. No era consciente de las dificultades que la mayoría de las personas sufren cuando entran en contacto por vez primera con las nociones de los límites o las derivadas. Pero no tenía la disciplina ni la mente científica que el profesor de francés requería de sus estudiantes. El libro era muy claro y preciso en sus expresiones, pero muy parco en explicaciones. De forma continua se saltaba pasos lógicos, puesto que un individuo con un entendimiento científico mayor que yo sin duda podría haberse procurado él mismo dichas explicaciones; pero un joven asiático no era capaz de hacerlo. En más de una ocasión me pasé horas enteras pensando en las transformaciones mágicas que seguían tras las palabras: *«Por lo tanto, tomando en consideración las etapas previas, podemos concluir que...»* Así era como me sentía, pero multiplicado por cien, cada vez que leía los libros científicos de los marcianos. Todas las esperanzas que me había creado al final de mi enfermedad, cuando todo me parecía sencillo y comprensible, desaparecieron sin dejar rastro. Pero la paciente ayuda de Netti siempre me acompañaba, e hizo más

sencillo un camino complicado.

Poco después de la partida de Netti decidí entrar en la fábrica. La fábrica era una gigantesca y extremadamente compleja organización completamente diferente de nuestra idea de lo que pueda ser una fábrica textil. Allí llevaban a cabo el hilado, tejían las telas, realizaban el corte, la confección y el tinte. Los materiales con los que trabajaban no eran algodón, ni lino, y definitivamente no era una fibra vegetal, ni lana, ni seda, sino algo enteramente distinto.

En el pasado los marcianos habían confeccionado las telas para sus prendas mediante unos métodos similares a los nuestros. Habían cultivado plantas de fibra, utilizado la lana de varios animales, y habían aprovechado las pieles de otros. Habían criado diversas clases de araña que les proveían de algo parecido a la seda, etc...

No obstante, todos sus progresos tecnológicos no tardaron en dirigirse a la necesidad de incrementar la producción de cereales. Las telas derivadas de las plantas fueron substituidas por las telas derivadas de un mineral similar al asbesto. Después, los químicos se dirigieron al estudio de los tejidos cuya principal material era la tela de araña, y hacia la síntesis de nuevas sustancias similares. Una vez que hubieron logrado hacer esto, fue solo cuestión de tiempo revolucionar por entero todas las partes de la producción textil, y en la actualidad todas las distintas telas solo podían encontrarse en los museos de historia.

Nuestra fábrica se encontraba a la vanguardia de esta revolución. Varias veces al mes, las fábricas químicas de la zona enviaban trenes cargados de «materiales», para ser tratados, en la forma de grandes cilindros llenos de una sustancia que parecía grasa transparente. Con la ayuda de maquinaria que mezclaba el aire con los materiales del sistema, lo transferíamos a una enorme reserva metálica, cuyas bases estaban cubiertas con cientos de miles de pequeños orificios microscópicos. Toda la sustancia grasienta era transferida mediante la ejecución de una gran presión a través de estos orificios, y después mediante el contacto final con el aire se agrandaban varios centímetros, transformándose en una sustancia parecida a la tela de araña transparente. Decenas de miles de husos mecánicos recogían estos hilos, agrupándolos en largos ovillos de diferente grosor, que a continuación eran trasladados al siguiente taller de tejido. Enormes telares los tejían en telas distintas, desde las más suaves, que eran usadas para muselinas y batistas, a las más gruesas como paños y fieltro, las cuales a continuación se enrollaban hasta pasar a la siguiente sección, la sala en la que se cortaban. Aquí las telas se sometían al control de una nueva máquina, que con cuidado las doblaban en varias capas y cortaban de ellas cientos de diferentes tallas de piezas que componían las distintas partes de la ropa marciana.

En el taller de costura estas piezas distintas eran transformadas en prendas, pero sin utilizar ni agujas ni hilos ni máquinas de costura. Las piezas se conectaban mediante cierto preparado químico que provenía así mismo de aquella sustancia parecida a la grasa. Una vez aplicada, unía las piezas entre sí mejor que si hubieran

estado cosidas con hilo. De forma simultánea se soldaban donde fuera necesario, y se alteraban de manera que las mismas piezas, unidas mediante diversos métodos, resultaban en distintas tallas y modelos. De la misma forma, se contabilizaban cientos de modelos distintos en cada talla. Esta forma de trabajar significaba que, si por ejemplo alguien no encontraba algo que le sentara bien, era posible confeccionar una prenda de una talla especial introduciendo nuevas cifras en la máquina de corte.

En lo que concernía a los colores de las ropas, la mayoría de los marcianos preferían los colores normales, suaves y pasteles, o el propio color del material sin teñirse. Si requerían un color distinto podían enviar sus prendas a los talleres de teñido, donde tras unos minutos, con la ayuda de varios procesos electroquímicos, se les confería el color requerido, aplicado de forma regular y duradera.

Los zapatos y la ropa cálida del invierno se confeccionaban de tejidos similares, aunque más gruesos y firmes, y mediante un proceso idéntico. Nuestra fábrica no se encargaba de este menester, pero otras incluso más grandes que la nuestra eran capaces de hacer todo lo que era necesario para vestir a un individuo desde su cabeza hasta los dedos de los pies.

Yo trabajé en todas las secciones de la fábrica en sucesión, y al principio me gustaba mucho mi trabajo. Me interesaba especialmente la sección de corte, puesto que tenía que utilizar mi habilidad matemática. La principal tarea consistía en confeccionar todas las partes de un traje de una sola pieza de material con la menor pérdida posible. Puede parecer una tarea muy simple, pero requería cierta precisión, ya que incluso el menor error significaba pérdidas complejas. Solo conseguí limitarme a no ser peor que el resto de mis compañeros en alcanzar un resultado satisfactorio.

«No ser peor» que el resto, no aspiraba a más, y tenía cierto éxito en ello. Pero no podía evitar pensar que incluso eso me suponía un esfuerzo mayor que a los otros trabajadores. Tras las cuatro o seis horas de trabajo habitual, contabilizadas en tiempo de la Tierra, me encontraba inusualmente cansado, y necesitaba relajación inmediata, mientras que el resto de mis compañeros asistían a exposiciones, visitaban museos, bibliotecas, laboratorios, o incluso otras fábricas, de forma que pudieran aprender de los métodos de producción, incluso trabajando unas horas en ellas...

Yo esperaba acostumbrarme a esta nueva forma de trabajar, y pensaba que pronto me sería posible compararme a todos los demás trabajadores. Pero esto no iba a ocurrir. Me volví más y más convencido de que no gozaba del hábito necesario para prestar la atención que era esperada. Los movimientos físicos requeridos eran escasos, y no me defendía mal en lo referente a la velocidad requerida y la eficacia esperada; es más, pienso que en esto era superior a muchas personas. Pero el trabajo requería una atención tan constante en la observación de la maquinaria y de los materiales, que la tarea se volvía cansina en exceso para mi cerebro. Solo en el curso de varias generaciones me sería posible desarrollar esta capacidad al nivel medio y normal para los habitantes de Marte.

Hacia el final de mi jornada laboral comenzaba a aparecer el cansancio, y mi atención a divagar; entonces cometía algún error, o bien por mi causa alguna fase del trabajo se retrasaba un segundo. Entonces, la mano eficaz y amable de alguno de mis vecinos corregía lo que había hecho.

No estaba solo sorprendido, sino también alarmado, por la insólita capacidad de los marcianos para no alterar su tarea ni una pizca, y no perder de vista ni un ápice lo que ocurría a su alrededor. Pero estos cuidados constantes no me molestaban tanto como me hacían sentirme decepcionado y triste, puesto que intuía que de continuo seguían con atención cada uno de mis movimientos. Esta impresión empeoró mi pérdida de atención, echando a perder mi trabajo.

Es solo ahora, cuando ha transcurrido algo de tiempo, cuando soy capaz de recordar la situación con la impresión constante de mi error de aquellos días.

Puesto que con la misma eficacia, aunque tal vez de forma menos frecuente, mis camaradas en la fábrica se ayudaban los uno a los otros. No me sometían a ningún control especial, como me había parecido. Lo que ocurrió fue que, al provenir de un Mundo tan individualista como el nuestro, fui yo quien de forma inconsciente me separé de los demás, y malinterpreté su amable ayuda de camaradas. Mi tendencia natural al intercambio económico me hacía sentirme en deuda con ellos, por la simple razón de que era consciente de que nunca sería capaz de pagarles.

IV. Enno

El largo otoño llegó a su fin, y el invierno, escaso en nevadas pero muy frío, comenzó a imponerse en la zona que habitaba del Hemisferio Norte. El minúsculo Sol no era capaz de calentarnos, y su brillo se había reducido considerablemente. La Naturaleza perdió sus colores vibrantes, volviéndose pálida y severa. El frío inundaba el corazón, las dudas aparecían en el alma, y el aislamiento emocional del visitante de otro planeta se volvió incluso más doloroso.

Busqué a Enno, a quien llevaba mucho tiempo sin ver. Aceptó mi presencia como lo haría un buen amigo o un familiar, y su presencia en mi vida brilló como una luz de mi pasado reciente, imponiéndose a través del frío del invierno y de la obscuridad de mi trabajo. No tardé sin embargo en notar que mi amiga también estaba pálida y exhausta, o bien preocupada por alguna cosa; encontraba cierta clase de tristeza oculta en su comportamiento y su conversación. Teníamos muchas cosas de las que hablar, y varias horas pasaron volando sin que me diera cuenta de que pasaran, algo que no me había ocurrido desde la partida de Netti.

Cuando me levanté para marcharme a casa ambos nos entristecimos.

—Si tu trabajo no te obliga a estar aquí, ¿por qué no vienes conmigo?

Enno de inmediato se mostró de acuerdo, reunió sus documentos de trabajo y, ya que no se encontraba efectuando observaciones en el observatorio, sino que limitaba su labor a la comprobación de una ingente cantidad de cálculos, me acompañó a la ciudad química, donde yo me había quedado viviendo en la casa de Menni. Por las mañanas tenía que ir a mi fábrica, que se encontraba a cien kilómetros de distancia, lo cual me suponía un viaje de hora y media. Pero Enno y yo comenzamos a pasar juntos las largas noches de invierno ocupados en investigaciones científicas o debatiendo algún tema, y en ocasiones paseando por la zona.

Enno me contó su historia. Ella amaba a Menni, y en el pasado habían estado casados. Su deseo había sido tener un hijo de él, pero transcurrían los años y el bebé no llegaba. Enno decidió pedirle consejo a Netti, quien tomó nota de toda la situación, y llegó a la conclusión categórica de que nunca habría ningún niño.

El cambio de Menni de niño a adulto se había producido demasiado tarde, y con rapidez había iniciado una complicada vida como científico y pensador. La actividad de su cerebro se había desarrollado de forma súbita y extrema, tomando control de su cuerpo, y dañando la vitalidad de sus órganos reproductivos. Para Netti no había forma de solucionar esto.

Dicha conclusión supuso un golpe terrible para Enno. Su amor por un genio entró en grave conflicto con su profundo deseo de convertirse en madre. No tardó en perder la esperanza.

Y ahí no terminaba todo. Las investigaciones de Netti le llevaron a otra conclusión. Parecía ser necesario que, para lograr que Menni llevase a cabo su gigantesco trabajo mental y desarrollase por completo su genio, alcanzase tanto

control del cuerpo físico como fuera posible, lo que se traducía en el menor número de intercambios amorosos. A Enno no le había sido posible ignorar dicho consejo y ponerlo en práctica. En efecto, Menni se volvió más animado, trabajaba más que antes, se le ocurrían nuevos planes con rapidez desacostumbrada, y eran llevados a cabo con gran éxito. Ya que Enno amaba a Menni más que a su propia vida, e incluso más aún la mente de su compañero, tomó la decisión de romper con Menni. Su marido se entristeció al principio, pero no tardó en acostumbrarse a la situación. Puede que ignorase las verdaderas razones, ya que Enno y Netti decidieron ocultárselas; pero era imposible estar convencido de que las ignorase por entero, ya que su mente privilegiada debía haber intuido la realidad. Mientras tanto, la vida para Enno se volvió un pozo vacío y lleno de sufrimiento, tanto era así que la joven decidió morir.

Netti utilizó varios métodos para retrasar el suicidio de Enno, y ella misma avisó a Menni de lo que estaba a punto de ocurrir. Menni se encontraba por entonces organizando una expedición a la Tierra, y de inmediato envió una nota a Enno solicitándole que se uniera a tal peligrosa empresa. Era imposible negarse, y Enno aceptó la invitación. Aquella algarabía de impresiones nuevas le ayudó a superar su dolor emocional. Una vez que hubieron regresado a Marte, Enno había logrado superar todo, y le fue posible tomar la apariencia de despreocupado poeta bajo la cual yo la había conocido en el *eteronef*.

Enno no había partido en la nueva expedición porque temía acostumbrarse demasiado a la presencia de Menni. Pero su temor por el destino de su amado era algo de lo que no podía librarse, ya que Enno era muy consciente de lo peligroso que era el viaje. En el transcurso de las largas noches invernales, nuestros pensamientos y conversaciones regresaban de forma constante a un único tema, el de aquel planeta en el cual, bajo la luz de un Sol enorme y atacados por ardientes vendavales, los dos seres que nos eran más queridos llevaban a cabo su tarea titánica con energía febril. Este pensamiento nos unía mucho, y Enno pronto pasó a ocupar el lugar de algo más que una hermana para mí.

De alguna forma y sin que hiciéramos nada porque así ocurriera, nuestra unión se transformó en amor. Enno no alentó este estado de cosas, aunque con su delicadeza habitual tampoco lo impidió. Decidió, sin embargo, que no tendría hijos míos. Sus caricias parecían encontrarse manchadas por una dulce sombra de tristeza.

Pronto el invierno nos acorraló con sus vientos fríos y pálidos, aquel largo invierno de Marte sin heladas ni tormentas ni lluvias... Calmo y pacífico como la muerte. Pero ninguno de nosotros deseaba volar hasta el Sur, donde el Sol ardía y toda la Naturaleza se vestía de colores vivos. Enno no quería esa Naturaleza, que era tan poco armoniosa con su humor; yo evitaba a la nueva gente y situaciones nuevas, ya que llegar a conocerlos y acostumbrarme a ellos requeriría un nuevo esfuerzo personal, y algún sufrimiento. Nuestra amistad era extraña: el amor en el reino del invierno nos mantenía ocupados, esperando.

V. Nella

Enno había sido la mejor amiga de Netti desde la infancia de ambas, y pudo compartir conmigo muchos recuerdos. En una de nuestras conversaciones me sorprendió escuchar el nombre de Netti unido al de Sterni. Cuando pregunté sobre esto, Enno meditó durante un rato y al cabo me dijo muy seria:

—Netti estuvo casada con Sterni. Si ella no te lo contó, significa que yo tampoco debería. Obviamente he cometido un error, y no deberías preguntarme nada más sobre este tema.

Lo que acababa de escuchar me afectó de forma extraña... Era casi como si lo hubiera esperado... Nunca había imaginado que yo era el primer compañero de Netti, habría sido tonto pensar que una mujer, tan llena de vida y de salud, con un alma tan hermosa y un cuerpo tan hermoso... Aquella criatura maravillosa de una raza libre y tan avanzada no podía haber existido sin amor hasta nuestro encuentro. De manera que ¿de dónde provenía mi estado de confusión? No podía precisarlo, lo que sentía era que necesitaba saberlo todo. Preguntarle más a Enno sería imposible, pero recordé a Nella.

Antes de marcharse, Netti me había pedido que no me olvidara de Nella, que podría contar con su ayuda en momentos difíciles. Varias veces había pensado ir a verla, pero mi trabajo siempre se había interpuesto, tanto como algún temor vago de presentarme de nuevo delante de los cientos de curiosos ojos anñados que la rodeaban. Pero ahora toda aquella indecisión había desaparecido, y ese mismo día me dirigí a la Colonia de los Niños sita en la gran ciudad de las máquinas.

En cuanto me vio llegar, Nella dejó su trabajo y le rogó a otro guardián que la substituyera. Me pidió que la acompañara a su habitación, donde los niños no podrían molestarnos.

Había decidido no hablarle de inmediato sobre el propósito de mi visita, puesto que no me parecía ni tan siquiera noble a mí mismo. Me limité a conducir la conversación hacia la persona que era más querida para nosotros dos, y esperar el momento apropiado para mi pregunta. Nella estaba encantada de hablarme sobre la infancia y la juventud de Netti.

Netti había pasado los primeros años de su vida con su madre, como ocurre con la mayoría de los marcianos. Cuando llegó el momento de que Netti fuera a la Colonia de los Niños Nella fue incapaz de dejarla, y comenzó a visitarla de forma regular en la casa hasta que acabó permaneciendo como guardiana, una labor adecuada con su especialidad académica ya que había sido educada como psicóloga.

Netti era una niña enérgica y vivaracha pero algo impulsiva, con una sed de conocimiento que no conocía límites. El Mundo de la astronomía, aquel conocimiento secreto de lo que quedaba más allá de las fronteras de su planeta, le atraían de una forma especial. Sus pensamientos se centraban sobre todo en la misteriosa Tierra, puesto que nadie había logrado viajar hasta allí con éxito.

Cuando Menni publicó el informe de la primera expedición realizada con éxito al planeta, la muchacha enloqueció de alegría. Podía recitar el informe casi palabra por palabra, y tanto Nella como los otros guardianes tuvieron que pedirle que dejase de preguntarles cuanta terminología en el mismo le era desconocida. La joven se enamoró de Menni sin haberlo visto nunca, y le escribió una carta apasionada. Entre otras muchas cosas, en la misiva le suplicaba que trajera un niño de la Tierra que no tuviera nadie que lo cuidase, puesto que ella prometía criarlo de la mejor forma posible. Cubrió todas las paredes su habitación con fotografías de la Tierra, y fotografías de sus habitantes, y comenzó a estudiar los diccionarios de los idiomas de la Tierra tan pronto como empezaron a ser publicados. Se sintió indignada del comportamiento brusco que tanto Menni como sus compañeros utilizaron en sus primeros contactos con una de las personas de la Tierra, a quien habían convertido en un prisionero para que les enseñara los idiomas del planeta. También la entristeció, sin embargo, que lo liberasen antes de su regreso en lugar de traerlo a Marte. Había tomado la firme resolución de viajar algún día a la Tierra, y cuando su madre bromeó que acabaría casada con un habitante del planeta contestó que aquello era muy posible.

Netti nunca me había contado nada de esto. En sus conversaciones había evitado hablar del pasado. Y por supuesto nadie, ni siquiera ella misma, podía haber contado esta historia mejor que Nella. ¡Qué claro brillaba el amor maternal de Nella en sus descripciones! Durante varios minutos me olvidé por completo de mí mismo, y contemplé frente a mí, como si estuviera viva, a esa maravillosa niña pequeña con ojos brillantes y un misterioso anhelo por aquel Mundo distante... Pero pronto volví a recordar el motivo de mi visita, y mi alma volvió a enfriarse.

Cuando la conversación se dirigió hacia la vida más reciente de Netti, decidí preguntar lo que quería saber con calma y simulando que no me importaba como comenzó la relación entre Netti y Sterni. Nella guardó silencio durante un minuto.

—¡Ah! Así que es eso —dijo—. Por eso es por lo que has venido a verme... ¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

Hubo un timbre de severidad inusual en su voz. No contesté.

—Escucha, puedo contártelo todo —continuó—. Es una historia muy simple. Sterni era uno de los profesores de Netti, él le enseñaba matemáticas y astronomía. Cuando regresó de su primera visita a la Tierra, hablo de la segunda expedición de Menni, ofreció una serie de conferencias sobre el planeta y sus habitantes. Netti fue a todas y cada una de ellas. Comenzaron a sentirse unidos por la paciencia y atención de Netti con todo lo que se hablaba. Esta unión condujo al matrimonio. Se trataba de algún tipo de atracción entre dos naturalezas extremadamente distintas, casi opuestas. Como resultado de aquella incompatibilidad, que fue evidenciándose con el paso del tiempo, su unión se volvió frialdad y les llevó a romper. Eso es todo.

—Dime, ¿cuándo rompieron exactamente?

—Todo terminó para siempre tras la muerte de Letta. La causa inicial de la

ruptura había sido una relación entre Netti y Letta, y a Netti le afectó en extremo la fría y analítica mente de Sterni. Se mostró demasiado sistemático, e incapaz de perdonar, y destruyó uno a uno todos sus castillos en el aire, todas sus fantasías, y todos los sentimientos que eran tan poderosos y numerosos en ella. Casi sin pretenderlo, Netti empezó a buscar un hombre diferente por entero. Y Letta poseía un corazón muy abierto, y se entusiasmaba como un niño por las cosas. En él Netti halló al camarada que necesitaba. No era solo paciente con sus súbitos estallidos de entusiasmo, sino que a menudo los disfrutaba tanto como ella. Su alma podía descansar al fin de las estrictas críticas de Sterni. Él, tanto como ella, amaba la Tierra con sus pensamientos y su imaginación, y creía en la unión futura de ambos Mundos, algo que conduciría a un gran nuevo amanecer. Y cuando ella descubrió que un hombre con tales poderosos sentimientos en su alma nunca había conocido las caricias de una mujer, fue incapaz de aceptarlo. Y así fue como comenzó su segunda relación.

¿Por qué Netti nunca me ha hablado de esto? ¿Y cuántos más secretos y mentiras me rodeaban? ¿Y cuántos más podía esperar en el futuro? ¡De nuevo me equivocaba! Aunque todo aquello se había guardado como un secreto, no había habido ningún engaño, a no ser que en determinadas circunstancias guardar un secreto equivaliera a engañar.

Estos pensamientos recorrieron mi mente con rapidez, y obviamente Nella leyó en mi cara lo difícil que me resultaba todo aquello, porque su tono cuando volvió a hablar había perdido parte de severidad.

—Por supuesto —dijo—, no es fácil acostumbrarse a relaciones personales completamente distintas, así como a las costumbres de otro planeta, un planeta al que no te unen lazos de sangre. Ya has aprendido mucho. Netti cree en ti, y yo creo que tiene razón al hacerlo. ¿Por qué debería tambalearse tu fe en ella?

—¿Y por qué debería ella ocultarme todo esto? ¿Dónde está la fe ahí? No puedo entenderlo.

—No sé por qué se comporta de esa forma. Pero sí sé que habrá sido por motivos de peso. Tal vez esta carta los explique. Me la dejó en caso de que mantuviéramos la conversación que acabamos de tener.

La carta estaba escrita en mi idioma nativo, que Netti sabía tan bien. Esto fue lo que leí:

¡Mi Lenni!

Nunca te hablo de mis previas relaciones personales, pero no es porque quisiera esconder de ti ningún aspecto de mi vida. Creo firmemente en tu mente preclara y en tu noble corazón; y no dudo que a pesar de lo extrañas y poco habituales que ciertas de nuestras costumbres te puedan parecer, al final siempre serás capaz de entenderlas verdaderamente y juzgarlas con imparcialidad.

Hay una única cosa que me asusta... Tras tu enfermedad recuperaste con rapidez

tu fortaleza para el trabajo, pero todavía no has recuperado de forma completa ese equilibrio emocional sobre el que depende el autocontrol en lo que se dice y en lo que se hace. Nunca te lo perdonarás a ti mismo si permites que la influencia de esos elementos del pasado que todavía se esconden en lo más profundo de tu alma humana te permitan comportarte conmigo, una mujer, con la misma actitud controladora que todavía reina con supremacía en tu Viejo Mundo. Sí, mi amor, sé que eres estricto, a veces incluso cruel contigo mismo: esto es algo que has aprendido durante las duras lecciones que has aprendido con la dura lucha de la Tierra, y un comportamiento cruel que durase un solo segundo siempre dejará una negra mancha sobre nuestro amor.

Mi querido Lenni, quiero calmarte, y puedo calmarte. Deja que tus pensamientos más oscuros se duerman en tu alma y nunca se despierten. Nunca tendré ninguna otra relación con nadie. Puedo prometértelo con firmeza, porque mi amor por ti y mi deseo de ayudarte en tu tarea hace que todo lo demás parezca insignificante. Te amo no solo como una esposa, sino también como una madre, que tiene que conducir a su hijo a un Mundo que es nuevo y extraño para él, lleno de peligros. Este es el amor más fuerte y profundo que puede existir entre dos seres.

Adiós, mi querido amado hijo.

Tu Netti

Cuando hube leído la carta, Nella me miró con una pregunta en los ojos.

—Tenías razón —dije, y besé su mano.

VI. La búsqueda

Este episodio me dejó con un sentimiento de profunda humildad en el alma. Comencé a sentir de forma más aguda la superioridad de los marcianos sobre mí, tanto en la fábrica como en otras partes de mi vida. Obviamente mi debilidad incrementaba en apariencia dicha superioridad. En su amabilidad y su preocupación por mí, comencé a discernir elementos de condescendencia. En su preocupado apoyo imaginaba una oculta repulsión hacia un ser inferior. Este humor empeoraba mis sentimientos.

Pero en todas las otras áreas mis pensamientos continuaban claros, y comencé a trabajar con ahínco en las lagunas de mi conocimiento. Estaba convencido más que nunca de que existían motivos desconocidos por mí para la participación de Netti en la expedición, y que estos eran más poderosos e importantes que la explicación que me había dado. La nueva prueba del amor de Netti y la gran significación que daba a mi misión de unir a nuestros dos Mundos, evidenciaba todavía más que ella no me habría dejado por un largo periodo de tiempo en lo más profundo de un océano que me era desconocido si no mediaba una razón poderosa, puesto que ella misma conocía mucho mejor que yo los peligros a los que me enfrentaría.

Decidí realizar una investigación sistemática, esperando que me condujera a la verdad. Recordé ciertos comentarios accidentales por parte de Netti, y varias expresiones de preocupación que había visto en su rostro cuando la conversación se volvía hacia expediciones colonizadoras, y llegué a la conclusión de que Netti había decidido nuestra separación no cuando me lo hizo saber sino hacía mucho más tiempo, no más tarde que durante los primeros días de nuestra relación. Eso significaba que necesitaba encontrar la verdad pensando sobre aquel periodo de tiempo. ¿Pero dónde buscar?

La verdad podría encontrarse conectada o bien con los asuntos personales de Netti, o bien con la preparación y los objetivos de la expedición en sí misma. Después de leer la carta de Netti, esta primera explicación me parecía menos posible, por lo tanto, lo que debía hacer antes que nada era dirigir mis investigaciones hacia un completo entendimiento de los orígenes de esta segunda expedición.

Sabía que esta expedición había sido organizada por el Equipo Colonizador, formado por el grupo de trabajadores científicos que organizaba los viajes interplanetarios, representantes de la Oficina Central de Estadística, y de las fábricas donde se construían los *eteronefs*, y todo lo que era necesario para los viajes. Sabía que la última reunión de dicho equipo había coincidido con el tiempo de mi enfermedad, y que Menni y Netti habían tomado parte. Cuando me encontré mejor y comencé a echar de menos a Netti quise asistir a una de aquellas reuniones, pero Netti había dicho que sería peligroso para mi salud. ¿Estaba relacionado este peligro con algo que no debía saber? Obviamente, tendría que encontrar las actas de la reunión, y leer todo lo que pudiera estar relacionado con este tema.

Pero aquí me encontraba con un problema. En la biblioteca donde se guardaban las actas de las reuniones del equipo solo me dieron una lista de las decisiones alcanzadas al final de dichos encuentros. Dichas decisiones explicaban la manera en la que la gran actividad en Venus iba a ser organizada, pero no había nada que en particular despertase mi interés. Nada de esto me ayudaba a responder mi pregunta. Las decisiones estaban apuntadas sin más, sin referencia a la motivación detrás de ellas, y sin indicación alguna del curso de los debates que habían conducido hasta ellas. Cuando le pedí al bibliotecario que me diera las actas, me comunicó que nunca se publicaban, y que ni tan siquiera se tomaba nota de ellas, al contrario que en las reuniones técnicas.

A primera vista esto parecía creíble. A menudo ocurría que los marcianos se limitaban a publicar las decisiones de sus reuniones, ya que consideraban que las mejores opiniones eran expresadas en las resoluciones de las reuniones; o bien que, en lugar de ser resumidas en un par de líneas, sería mucho mejor revelarlas al público en ensayos, panfletos, o libros, si fuera necesario. A los marcianos no les gustaba demasiado publicar, y no poseían ninguna cosa similar a nuestras ediciones de varios volúmenes de las actas de varios comités. Preferían expresarlo todo en el menor espacio posible. Pero en esta ocasión en particular no creí al bibliotecario. Esta reunión había decidido cosas que eran demasiado serias e importantes para que su discusión se tratara de aquella manera, como si se tratase de una charla sobre cualquier cuestión técnica del día a día.

De cualquier modo, decidí ocultar lo que pensaba y evitar cualquier sospecha por parte del bibliotecario, de manera que me limité a parecer enfrascado en el estudio de lo que se me había dado mientras planificaba qué hacer a continuación.

Evidentemente, no conseguiría lo que quería en la biblioteca: o bien las actas no existían, o bien el bibliotecario, al ponerse sobre aviso con mis preguntas, las había escondido. Mi siguiente opción consistía en dirigirme al departamento fonográfico de la biblioteca.

Las actas podrían encontrarse allí, incluso aunque no hubieran sido impresas. El fonógrafo era un instrumento habitual en las reuniones de los marcianos, y los archivos de las bibliotecas contenían gran cantidad de grabaciones no publicadas de diferentes tipos de reuniones.

Elegí un momento cuando el bibliotecario a cargo de los materiales impresos se encontraba muy ocupado, y sin que se diera cuenta entré en el departamento fonográfico. Allí pedí al ayudante que me diera el catálogo, a lo que no opuso resistencia.

En el catálogo no tardé en dar con los números de los *fonogramas* correspondientes a la reunión que me interesaba y, pretendiendo que no quería incomodarlo, fui yo mismo a por ellos. Esto también resultó sencillo. Había quince, correspondientes a las quince reuniones. Cada uno de ellos, como suele ocurrir entre los marcianos, tenía una lista de contenidos asignada. Los miré con rapidez. Los

primeras cinco parecían dedicarse por entero a informes sobre las expediciones que habían sido llevadas a cabo tras la anterior reunión, así como a presentar información sobre nuevas mejoras realizadas al *eteronef*.

En la lista de contenidos del sexto *fonograma* leí lo siguiente:

Propuesta realizada por la oficina central de estadística sobre el comienzo de los planes masivos de colonización. Planetas bajo consideración, la Tierra y Venus. Discursos de Sterni, Netti, Menni y otros. Decisión final, a favor de Venus.

De inmediato intuí que había dado con lo que estaba buscando.

Lo que escuché desgarró mi alma. Se trataba de lo siguiente:

Menni, como presidente del equipo, inauguró el sexto encuentro. La primera persona en hablar fue el representante de la Oficina Central de Estadística. Mediante numerosos cálculos demostró que, dado la densidad de población actual y su nivel de crecimiento, así como el incremento en sus necesidades, si los marcianos continuaban con su explotación del planeta, en treinta años no tendrían suficiente comida. Esto podía prevenirse mediante el desarrollo de la tecnología de síntesis de proteínas a partir de materiales inorgánicos, pero no había garantía alguna de que esto hubiera ocurrido incluso en el espacio de treinta años. Por lo tanto, era completamente necesario para el grupo colonizador que se llevaran a cabo simples expediciones científicas a otros países, y que comenzaran a implementar la masiva transferencia de marcianos desde Marte. Había dos planetas con grandes recursos naturales que se encontraban obviamente cerca. Era importante decidir con rapidez cuál de ellos debía ser la sede de la colonización, y después comenzar a preparar un plan.

Menni preguntó si había alguien que deseara expresar una objeción a la sugerencia de la Oficina Central de Estadística, o cuestionar sus motivos. Nadie lo hizo.

A continuación Menni inició el debate de la cuestión sobre qué planeta elegir para una colonización masiva.

El primero en hablar fue Sterni.

VII. Sterni

—La primera cuestión propuesta por el representante de la Oficina Central de Estadística —comenzó Sterni, con su tono de voz directo y matemático—, sobre qué planeta debe ser elegido para colonización, en mi opinión no necesita respuesta, ya que fue respondida hace mucho tiempo, y decidida de antemano por nuestras acciones. No existe elección posible. Entre los dos planetas disponibles, solo uno de ellos es por completo apropiado para una colonización masiva. Se trata de la Tierra. Existe una gran literatura sobre Venus, con la que todos estáis familiarizados. Cada debate sobre los datos que poseemos sobre este planeta nos conduce a una única conclusión: no somos capaces todavía de explotar Venus. El Sol ardiente del planeta, cansará sin medida a nuestros colonizadores, sus terribles tormentas y vientos destruirán cualquier cosa que construyamos, tirarán nuestras naves voladoras al suelo, o contra las laderas de las montañas. Podemos lidiar con los monstruos del planeta, aunque podamos esperar muertes significativas; pero la vida bacteriológica en Venus es extremadamente rica, y no sabemos mucho sobre ella: ¿cuántas nuevas enfermedades nos esperarán allí? Venus todavía es un planeta inestable y volcánico; ¿cuántos inesperados terremotos o erupciones de volcanes o tsunamis tendremos que padecer? Un ser racional debería saber que es mejor no intentar acometer algo que es imposible. Un intento de colonización de Venus necesariamente conduciría a un incalculable y peligroso número de víctimas; y no serían muertes alcanzadas en pos de la ciencia o para la felicidad general, sino víctimas de la locura y de los sueños. Es por ello que la pregunta para mí ya la hemos respondido, y un informe sobre la última expedición a Venus tiene pocas probabilidades de hacernos cambiar de opinión.

«Por lo tanto, si estamos considerando una emigración masiva, es evidente que solo estamos considerando emigrar a la Tierra. Los peligros allí por parte de la Naturaleza son casi inexistentes, mientras que las riquezas del planeta son incalculables. Se trata de un planeta ocho veces más rico que el nuestro. Los que hemos estado en la Tierra ya hemos preparado el camino para la colonización. Obviamente esto es algo que la Oficina Central de Estadística ya sabe. Si se nos pide que elijamos, y si de veras necesitamos discutirlo, entonces debe ser por una única razón, y es que la Tierra nos ofrece un serio obstáculo. Se trata de sus habitantes. Los habitantes de la Tierra utilizan su planeta, pero no lo hacen de forma racional, sobre todo cuando consideramos la cantidad tan significativa de recursos que posee la superficie del planeta. Esto es algo que deriva del mismo carácter de la cultura de la Tierra. Su misma base consiste en la individualidad, en personas trabajando únicamente para su propio beneficio. Incluso las tribus más civilizadas de la Tierra explotan solo una parte insignificante de lo que la Naturaleza puede ofrecerles, aunque nunca dejen de anhelar poseer mayor número de territorios. La adquisición sistemática de terreno y de las propiedades pertenecientes a las tribus de menor cultura es algo que ellos llaman “política colonial”, y que consideran uno de los más

importantes logros y tareas de sus estados individuales. Es posible imaginar cómo reaccionarían a la natural e inteligente sugerencia que podríamos hacerles de tomar una parte de sus materiales, por cuyo intercambio podríamos ayudarles a utilizar lo que les quedase de una forma inimaginablemente más eficaz... Para ellos, el colonialismo es una cuestión que se limita a la fuerza bruta y al poder; lo queramos o no, ellos nos obligan a verlos de esta forma.

»Si todo lo que se requiriera fuera que nosotros les enseñásemos solo una vez en qué consiste nuestro verdadero poder, de una forma muy simple conseguiríamos infligirles un número similar de las víctimas de una de sus guerras sin sentido. La existencia de grandes grupos preparados para matar, lo que ellos llaman “ejércitos”, sería la razón más obvia para una muestra de poder como de la que hablo. Cualquiera de nuestros *eteronefs* podría en unos cuantos minutos destruir uno o dos de estos grupos de gente mediante el uso rayos radiactivos, lo cual resultaría más saludable que dañino. Pero por desgracia las cosas no resultan tan sencillas, y tras esta demostración de fuerza sería cuando comenzarían nuestras mayores dificultades. Las eternas guerras entre las distintas tribus de la Tierra les han llevado a desarrollar una extraña peculiaridad psicológica que ellos llaman «patriotismo». Este sentimiento, vago y sin embargo fuerte y muy asentado, contiene dentro del mismo tanto un desconfianza malintencionada a todos los extranjeros y a otras razas, como un deseo elemental de poseer un lugar propio, en especial mantener el territorio en el que se hubiera originado su tribu, un deseo similar al que tiene una tortuga por su caracola. También les confiere una suerte de arrogancia colectiva y, con frecuencia, un simple anhelo de destrucción, violencia y saqueo. Este sentimiento de patriotismo se vuelve más fuerte tras una guerra, especialmente cuando los victoriosos toman parte del territorio de los vencidos; entonces el patriotismo se convierte en un odio profundo hacia los vencedores, y la venganza se vuelve una regla de hierro para toda la tribu, no solo entre la clase dirigente, que sin duda es la peor, sino también sobre sus mejores sujetos, las masas de trabajadores.

«De manera que, si tomamos una parte del territorio de la Tierra mediante la fuerza, esto sin duda conduciría a que los habitantes de la Tierra se sintieran inspirados por un sentimiento único de patriotismo hacia su planeta, y de eterno odio racial y malos sentimientos hacia los colonizadores; la destrucción de los visitantes por cualquier método posible, incluso el más traidor, aparecería en los ojos de los habitantes de la Tierra como una sagrada y santa victoria, que traería la gloria eterna. La vida se volvería del todo insoportable para nuestros colonos. Comprended que la destrucción de la vida es algo que resulta muy sencillo, incluso para nuestra cultura; somos increíblemente más poderosos que los habitantes de la Tierra. Si se iniciara alguna guerra entre nosotros, podrían matarnos con tanto éxito como se matan los unos a los otros si nos atacaran por sorpresa. Hay que tener en cuenta que el arte de la guerra es incomparablemente superior entre ellos que cualquier otro aspecto de su cultura. Vivir con ellos y entre ellos sería del todo imposible; y esto significaría

eternos debates y terror por su parte, y una conciencia permanente del peligro y de las víctimas incontables por nuestra parte. Lo que deberíamos hacer es desplazarlos de todos los territorios que controlásemos, lo que significaría desplazar decenas y tal vez cientos de miles de personas. Y todo esto porque la manera en la que la sociedad está organizada, su negativa a ofrecer a los otros seres humanos ayuda mutua, su insistencia sobre recibir pago por servicios prestados, sus torpes e inflexibles métodos de producción, llevarían a millones de las personas que se desplazasen a encontrarse en terrible peligro de morir de hambre. Y la población que quede en la Tierra estaría en peligro de caer bajo el control de los fanáticos determinados a actuar en nuestra contra.

»De manera que la lucha no conocería final. Todo nuestro territorio en la Tierra tendría que ser un campamento militar constantemente alerta. El miedo a sufrir más pérdidas por nuestra parte, y el gran odio racial que las tribus de la Tierra sentirían por nosotros les conducirían a la guerra. Si incluso ahora sus armas son mucho más desarrolladas que los conflictos en los que luchan, entonces su tecnología de destrucción en estas circunstancias se desarrollaría incluso con mayor rapidez. Buscarían la forma de provocarnos a mantener una guerra abierta, y si consiguieran hacerlo entonces por supuesto nos causarían inmensas pérdidas de vida, incluso si la victoria final fuera nuestra. Y no hay garantía de que, por una forma u otra, no descubrieran cómo están construidas nuestras armas. Ya conocen la existencia de los materiales radiactivos, y sería perfectamente posible para ellos o bien robar nuestras técnicas, o bien que sus científicos las desarrollasen ellos mismos. Y ya sabéis que el uso de nuestras armas destruiría a la gente a la que se dirige en unos minutos; y la destrucción de formas superiores de vida es tan sencilla como la destrucción de las más elementales. ¿Qué tipo de existencia tendrían nuestros camaradas enfrentados a estos peligros, y en este eterno estado de alerta? No solo toda su alegría de vivir se vería arruinada, sino que sus propias personalidades pronto serían envenenadas y alteradas. Poco a poco se convertirían en seres sospechosos, crueles, vengativos, inspirados por un deseo egoísta de supervivencia. Esta colonia dejaría de ser nuestra colonia, y se convertiría en una república de guerreros, emplazada entre tribus eternamente agresivas. Los ataques continuos y las víctimas que irían con ellos no solo los harían malvados y agresivos, y destruirían la imagen del individuo que es tan querida por nosotros, sino que también conduciría de forma inevitable a la agresión inicial. Y de esta forma tras largos periodos de indecisión y una pérdida atormentada de fuerza, la cuestión se resolvería en exactamente la misma forma en la cual nosotros, gente inteligente y perceptiva, deberíamos haberla resuelto desde el principio: la colonización de la Tierra requeriría la completa destrucción de los seres humanos.»

Entre los cientos de personas en el auditorio resonó un grito de horror, y la voz de Netti podía escucharse sobre todas ellas. Cuando el silencio fue finalmente restablecido, Sterni continuó con calma.

—Necesitáis aceptar cuando algo es inevitable por completo, y mirarlo directamente a los ojos, no importa lo cruel que resulte. Se nos ofrecen dos opciones: o bien el desarrollo de nuestra vida llega a su fin, o destruimos una forma de vida alienígena en la Tierra. No hay tercera opción.

Aquí escuché la voz de Netti, gritando con claridad que esto no era cierto. Sterni continuó:

—Entiendo lo que Netti quiere decir cuando protesta contra mis palabras. Y ahora hablaré sobre la tercera posibilidad, la que ella sugiere que existe. Se trata de intentar reeducar a la gente de la Tierra tan rápido como nos sea posible en las formas del socialismo, un plan que recientemente intentamos y del cual ahora debemos, en mi opinión, definitivamente apartarnos. Sabemos lo suficiente sobre la gente de la Tierra para comprender lo poco adecuada que resulta esta idea.

«El nivel de cultura entre las naciones principales de la Tierra es más o menos el mismo que aquel que existía entre nuestros ancestros durante el tiempo en que los grandes canales fueron construidos. Entonces fue cuando el capitalismo lo dominaba todo, y un proletariado existía y luchaba por el socialismo. Tomando eso en consideración, tal vez podríais pensar que no se encontraba lejano el momento en el que el punto de inflexión será alcanzado, cuando un sistema de organización del trabajo nacería, y daría inicio la época de desarrollo humano en libertad. Pero el capitalismo de la Tierra posee importantes diferencias con el de Marte, diferencias que lo cambian todo. Por una parte, la Tierra se encuentra muy influenciada por agrupaciones políticas y nacionales, de manera que la lucha por socialismo no es un proceso único en una sociedad amplia, sino la de grupos independientes por completo que existen en sociedades separadas, las cuales se dividen en organizaciones estatales, además de por idiomas y en ocasiones incluso por raza. Por otra parte, los métodos de lucha social son mucho más crudos y más mecanicistas de lo que eran aquí, y juega en ellos un papel mucho mayor la simple ventaja material, representada por supuesto en ejércitos y en armas.

»Por todo esto, está claro que la cuestión de la revolución social se encuentra en un estado de indefinición: no está prevista una revolución social única y compartida por todos, sino que más bien serían varias revoluciones en varios momentos distintos y en varios países diferentes, y no todas tomarían el mismo carácter; aunque lo más importante de todo debería ser que todas tuvieran el mismo objetivo. Las clases dominantes controlan el ejército y la tecnología militar más avanzada, y en ocasiones sería posible que causaran tal herida en el proletariado que la causa de la lucha por el socialismo sufriera un retraso de décadas. Pueden encontrarse ejemplos parecidos en todas las crónicas de la Tierra. De manera que, con independencia de los países desarrollados, en los que el socialismo ha ganado la batalla, serían como islas en un Mundo hostil y capitalista. En la lucha por su propio control, las clases dominantes de los países no socialistas usarían todo su poder para destruir estas islas, organizando de forma regular ataques militares sobre ellos, y encontrarían en las naciones

socialistas suficientes personas dispuestas a traicionar a su patria. Es imposible predecir el resultado de tales conflictos, pero incluso en aquellos en los que triunfe el socialismo su carácter se encontraría marcado durante mucho tiempo por las experiencias de una generación que ha estado habituada durante mucho tiempo al terror y a la lucha armada. Esto les conduciría a la conclusión del patriotismo más bárbaro, que nunca podría parecerse en nada a nuestro socialismo.

«Por lo tanto, el único resultado que podríamos contemplar para seguir la sugerencia de Netti sería asegurar una rápida victoria del socialismo. ¿Pero cómo lograrlo? Para comenzar, tendríamos que dar a la gente de la Tierra nuestra tecnología, nuestra ciencia, nuestro control sobre los poderes de la Naturaleza, y al mismo tiempo tendríamos que elevar su nivel de cultura tanto que las formas desfasadas de la vida económica y política estarían en contradicción con la nueva vida que les hemos dado y acabaría por hundirse. Segundo, podríamos apoyar el proletariado socialista en su lucha revolucionaria, y ayudarles a que alcancen la victoria. No existen otros métodos.

»¿Pero conseguirían su objetivo estas dos técnicas? Ahora sabemos lo suficiente para poder responder con decisión: ¡No!

«Si proveemos a la gente de la Tierra con nuestro conocimiento y métodos tecnológicos, ¿qué ocurriría?

»Lo primero de todo, su uso incrementaría el poder de las clases dominantes de cada país. Esto es inevitable, porque ellos controlan todos los materiales necesarios, y tienen al noventa y nueve por ciento de los científicos e ingenieros trabajando para ellos: en otras palabras, ellos serían los únicos beneficiados por la nueva tecnología. Y la usarían únicamente mientras les resultase útil para doblegar a las masas. Es más, los nuevos y poderosos métodos de destrucción que sería puestos en sus manos serían utilizados contra el proletariado socialista. Incrementarían sus ataques y organizarían serias provocaciones para poder conducir al proletariado a una guerra abierta, y en esta guerra usarían su poder superior antes de que el proletariado tuviera acceso a estas nuevas técnicas de guerra. De esta forma, nuestra interferencia resultaría en un incremento del poder de las mismas fuerzas a las que nos oponemos. Y esto obligaría al socialismo a dar un paso atrás. ¿Y qué obtendríamos por intentar dar ayuda directa al proletariado socialista en la lucha contra sus enemigos?

«Imaginemos, aunque esto todavía no es seguro, que se unen a nosotros. Nuestras primeras victorias serían obtenidas con facilidad. ¿Pero qué ocurriría después? Entre todas las otras clases en la sociedad, el patriotismo más descarnado y cruel será un resultado inevitable, y sería dirigido contra nosotros y contra los socialistas de la Tierra... El proletariado es todavía una minoría en todos los países del planeta, incluso en los más avanzados; la mayoría de países está compuesto según lo habitual por la clase burguesa y otros grupos similares. Dichas masas, conservativas y a menudo reaccionarias, se encuentran especialmente opuestas a cualquier forma de progreso. El proletariado está rodeado por todas partes de enemigos poderosos,

incluidos miembros del propio proletariado que han sido dejados atrás por el progreso, de manera que la posición de los líderes del proletariado será tan insoportable que se asemejará a la de nuestros propios colonizadores. Tendrán que soportar ataques, persecuciones, masacres y, más importante, la posición del proletariado en la sociedad se verá tan dañada que sería difícil para ellos llegar a controlar la sociedad un día. Una vez más, nuestra interferencia habría retrasado la llegada del socialismo en lugar de hacerla más rápida.

»No está claro cuándo esta transformación tendrá lugar, y no depende de nosotros que se produzca antes de lo que debería. En cualquier caso, tendremos que esperar bastante más de lo que nos es posible. En treinta años, nuestro excedente de población se situará entre los quince y los veinte millones de individuos, y después cada año que pase este número crecerá entre unos veinte y veinticinco millones.

«Tenemos que llevar a cabo una acción significativa de colonización lo más pronto posible; de otra forma no tendremos la fuerza o los materiales suficientes para poder llevarla a cabo de la forma adecuada cuando se vuelva necesaria.

»Se plantea así mismo una seria duda sobre si nos será posible interactuar de forma pacífica incluso con los elementos socialistas de la Tierra, si de forma inesperada se acelera su desarrollo. Como ya he dicho, este socialismo estará muy lejos de parecerse al nuestro. Los siglos de luchas entre naciones, incomprensión mutua y sangrienta, no pueden haber transcurrido sin dejar profundos rasgos sombríos en el carácter de los habitantes de la Tierra; por lo tanto, no podemos estar seguros del nivel de barbarismo y crueldad que los socialistas de la Tierra traerán a su nueva sociedad.

«Tenemos frente a nuestros ojos un experimento que puede ayudarnos a juzgar cómo la personalidad de los habitantes de la Tierra, incluso en sus mejores representantes, es diferente de la nuestra. Nuestra última expedición trajo consigo a un socialista de la Tierra, un hombre que se encuentra bendecido con gran fuerza emocional, y poseedor de una buena salud física. ¿Y qué ocurrió? Cada aspecto de su vida le parece tan extraño, contradice de forma tan poderosa todo aquello que él ha experimentado, que incluso aunque lleva algún tiempo entre nosotros aún sufre una profunda ansiedad psíquica. Y se trata de uno de los hombres mejores, elegido por el mismo Menni de entre muchos. ¿Qué podemos esperar del resto?

»De manera que nos encontramos con el mismo problema: o bien nos detenemos en nuestra propia expansión y con esto debilitamos el desarrollo de nuestra gente, o colonizamos la Tierra, algo que debe basarse en la destrucción de sus habitantes. Hablo de la destrucción de todos sus habitantes humanos, porque no podemos hacer una excepción ni tan siquiera con los pioneros socialistas. En primer lugar, puesto que no poseemos ninguna capacidad técnica que nos permita separar a estos pioneros de la destrucción general, al tratarse de una parte insignificante de la población al completo. Y segundo, si consiguiéramos salvar a los socialistas, ellos mismos llevarían a cabo una cruel guerra contra nosotros, que les causaría su propia

destrucción, puesto que nunca serán capaces de superar la muerte de cientos de millones de personas similares a ellos, y con los que estaban conectados de muchas formas emocionales y personales. Cuando choquen nuestros dos Mundos no puede haber compromiso de ningún tipo. Tenemos que elegir. Y como os digo solo tenemos una opción.

«Una forma de vida superior nunca debe sufrir por una inferior. Las personas de la Tierra que de forma consciente tratan de alcanzar una forma de vida verdaderamente humana, no llegan a unos pocos millones. No podemos consentir que decenas, tal vez cientos de millones de personas de nuestro planeta, con una mayor comprensión de la palabra humanidad, dejen de desarrollarse y detengan su progreso por ayudar a este muy reducido número de gente progresista. Y no habrá crueldad alguna en nuestra acción, porque somos capaces de llevar a cabo este exterminio causándoles mucho menos sufrimiento del que ellos se causan a sí mismos.»

Tras el discurso de Sterni se hizo un silencio profundo que fue roto por Menni, con la pregunta de quién quería presentar el argumento opuesto. Fue Netti quien habló.

VIII. Netti

—Solo existe una única forma de vida pacífica. Esto es lo que ha dicho Sterni. ¿Y qué nos sugiere? Destruir, exterminar una forma de vida única, que nunca seremos capaces de reemplazar. Durante cientos de millones de años un hermoso planeta ha existido, ha vivido a su propia manera, distinta de todas las demás... Y de entre sus poderosos elementos ha surgido la conciencia; la cruel y difícil batalla para moverse de un nivel bajo a uno superior ha sido librada; esta fuerza vital finalmente ha tomado una forma cercana a la nuestra. Pero estas formas de vida no son como las nuestras: contienen y concentran la historia de otro tipo de naturaleza, de otra lucha; contienen distintos elementos, han superado diferentes contradicciones, tienen posibilidades distintas para su desarrollo. Por fin ha llegado el momento en el que la unión entre dos grandes formas de vida es posible. ¡Cuánta armonía podría significar esta unión! Y luego se nos dice que solo hay una única forma pacífica de vida, así que no necesitamos pensar sobre ninguna unión, lo que tenemos que hacer es destruir a los otros.

«Cuando Sterni nos ha hablado sobre de la Tierra, sobre su historia, sus opiniones, su psicología, tan distinta a la nuestra, expresó sus ideas mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Si la gente de la Tierra fuera en todo como nosotros excepto en su nivel de desarrollo, entonces serían exactamente como nuestros ancestros en la época del capitalismo, y sería posible estar de acuerdo por completo con Sterni: una forma de vida inferior debe sacrificarse por una superior, el débil tiene que dejar paso al fuerte. Pero la gente de la Tierra no es así, no se trata solamente de seres inferiores y más débiles que nosotros sino diferentes de nosotros, y por lo tanto si los destruimos no desarrollaremos nada para reemplazarlos, sino que de forma mecánica llenaremos el vacío que nosotros mismos hemos creado en el Reino de la Vida.

»No es en su barbarismo, ni en su crueldad, en lo que difiere la cultura de la Tierra de la nuestra. Barbarismo y crueldad son solo expresiones transitorias de varios conflictos sobre el proceso del desarrollo; pero en la Tierra la lucha por la existencia es más enérgica y más violenta, puesto que la Naturaleza de forma continua se manifiesta en toda su dureza, obligando a perecer al más débil. Esto no podría ser de otro modo, ya que la Tierra recibe ocho veces más la energía de la fuente de la vida, el Sol, que nuestro planeta. Por ello se crean y diseminan tantas formas de vida diferentes, cuya variedad causa tantas contradicciones y hace tan complejo y crudo el camino hacia la paz. En el reino vegetal y en el reino animal muchos millones de formas de vida luchan las unas contra las otras, y mediante su vida y su muerte dan lugar a un Mundo nuevo más armonioso. Y así es como ocurre en el Mundo humano también.

«Nuestra historia, si se compara con la historia de la vida, parece demasiado simple, libre de errores y sobresaltos hasta el punto de resultar esquemática. Los varios elementos del socialismo se desarrollaron de forma pacífica y sin detenerse:

los burgueses desaparecieron, el proletariado se movió hacia arriba peldaño a peldaño; todo esto ocurrió sin agitación por todo el planeta, que fue unificado en un único frente político. Hubo una lucha, pero de alguna forma la gente se entendía; el proletariado no miró al futuro distante, pero la burguesía no se encontraba demasiado encerrada en sus opiniones anticuadas; esas diferentes etapas de formación no estaban mezcladas de la forma en la que lo están en la Tierra, donde un país capitalista desarrollado puede en ocasiones ser culpable de una sociedad casi feudal, cuya descomunal clase campesina posee históricamente la costumbre de servir a las clases superiores como un arma para atacar al proletariado. Para nosotros se trató de un camino sin obstáculos hace algunas generaciones, cuando alcanzamos nuestro nivel actual de desarrollo social.

»Pero este no es el camino que nuestros hermanos de la Tierra están recorriendo: el suyo es complicado, con muchas pausas y obstáculos. Algunos somos conscientes del nivel de desarrollo en el arte de la tortura entre las personas más cultivadas de la Tierra, las pertenecientes a las organizaciones ideológicas y políticas de las clases dominantes: la Iglesia y el Estado. ¿Y cuál fue el resultado de esto? ¿Fue el desarrollo retrasado o detenido? No. No tenemos ningún derecho a decir eso, ya que las primeras etapas del capitalismo, hasta el mismo nacimiento de la conciencia socialista del proletariado, no tuvieron lugar más despacio, sino más deprisa en Marte, donde la situación era mucho más pacífica. Pero fue la propia crueldad de la lucha lo que dio a la gente que luchaba tal energía y pasión, tal heroísmo y valor, inimaginable en la lucha sensata de nuestros ancestros. En esto, la vida en la Tierra no es inferior, sino superior a la nuestra, aunque nosotros que somos una forma de vida anterior hemos en efecto retenido un nivel de vida superior.

«La gente de la Tierra es muy variada, diferentes razas y naciones están conectadas de forma profunda con sus particulares territorios, hablan distintos idiomas, y la fundamental incomprensión entre individuos afecta a todas sus relaciones... Todo esto es cierto, y lo es así mismo que una unión entre todas las personas, que tendrá que forzar su camino más allá de todas estas barreras, es algo que nuestros hermanos de la Tierra conseguirán bastante más tarde que nosotros. Esta complicación es algo que surge de la propia variedad de la vida en la Tierra, de la riqueza y la multiplicidad de su Naturaleza. Esto nos lleva al desarrollo de muchos puntos de vista diferentes, y formas de entender el Universo. ¿Hace esto a la Tierra y a su gente inferior en lugar de superior a nuestro Mundo en un análogo punto de su historia?

»Incluso las diferencias entre los idiomas que hablan han ayudado a sus pensamientos a desarrollarse, liberando su entendimiento del cruel control de las palabras en las que estos pensamientos están expresados. Comparen la filosofía de la gente de la Tierra con la filosofía de nuestros predecesores capitalistas. La filosofía de la Tierra no es solo más variada, sino también más focalizada; no solo se desarrolla desde un conjunto de materiales más complejo, sino que puede

personificar, en las mejores escuelas, un más profundo y verdadero análisis de hechos y de comprensión de dichos hechos. Por supuesto, toda filosofía es la expresión de la debilidad y de la falta de formación por parte del entendimiento humano, de lo inadecuado de su desarrollo intelectual. La filosofía será substituida en la Tierra tal y como fue substituida aquí en Marte por la unidad de la ciencia. Pero solo considerad el número de proposiciones de la filosofía de la Tierra que prefiguran los descubrimientos de su ciencia: ya han descubierto prácticamente todos los aspectos de la filosofía socialista. Está claro que una tribu tan superior a nuestros ancestros en sus creaciones filosóficas podría en el futuro superarnos incluso a nosotros en sus creaciones científicas.

«Sterni quiere juzgar a estas personas por nuestras propias medidas, las de socialistas conscientes, quiere juzgarlos por sus contradicciones, y no por el poder que contienen y que en el futuro resolverá sus contradicciones. ¡Quiere juzgar de forma eterna estos turbulentos pero maravillosos océanos de vida!

»Necesitamos decir, con firmeza y decisión: ¡Nunca!

«Necesitamos prepararnos para nuestra futura unión con la gente de la Tierra. No podemos acelerar de forma significativa su transición a un estado de libertad: pero lo poco que podamos hacer, debemos hacerlo. Y si se da el caso de que el primer embajador de la Tierra a nuestro planeta no ha sido capaz de evitar un sufrimiento innecesario, esto no demuestra nuestra superioridad. Por suerte se ha recuperado con rapidez, e incluso si al final muere debido a esta interacción demasiado rápida con una forma de vida distinta a la suya, entonces todavía será capaz de hacer mucho a favor de la unión futura de ambos Mundos.

»Debemos resolver nuestros propios problemas, y resolver nuestras propias amenazas de forma distinta. Tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos científicos en la química de las proteínas, tenemos que prepararnos tanto como podamos para la colonización de Venus. Si no podemos llevar a cabo estas tareas en el poco espacio de tiempo que nos queda, entonces sí, necesitaremos cortar nuestra expansión de forma temporal. ¿Qué matrona responsable no sacrificaría la vida de un niño para poder salvar la vida de la madre? También, si es absolutamente necesario, debemos sacrificar esa parte de nuestra vida que aún no existe, puesto que la vida, aunque sea extranjera para nosotros, sí que existe de forma definitiva, y se encuentra en continuo desarrollo. Este sacrificio ayudará a la unión de los Mundos. ¡Unir nuestra diversidad es el principal objetivo, y el amor es la mayor sabiduría!»

Tras un profundo silencio, Menni comenzó a hablar.

IX. Menni

—He observado con atención las reacciones de los camaradas, y puedo ver que una mayoría significativa estáis de acuerdo con Netti. Esto me alegra, ya que mi opinión también es aproximadamente similar. Me gustaría añadir solamente una sugerencia práctica que me parece muy importante. Hay un riesgo serio de que no tengamos provisiones técnicas para intentar la colonización masiva de otros planetas.

«Podemos construir decenas de miles de grandes *eteronefs*, y puede darse el caso de que nunca tengamos nada con los que hacerlos volar. El material radiactivo que es vital para el motor tendrá que ser usado cien veces más rápido que hasta ahora, y mientras tanto todas las formas de producir nuevo material que conocemos llegarán a su fin.

»No debemos olvidar que necesitamos estos materiales radiactivos no solo para que las naves viajen con la necesaria rapidez. Sabéis que toda nuestra química depende ahora de estas sustancias. Las gastamos cuando producimos antimateria, sin la cual tanto las naves como nuestros otros métodos de transporte simplemente serían pesadas cajas inamovibles. No podemos sacrificar todo este material.

«Pero incluso peor es el hecho de que la única alternativa a la colonización, la síntesis de proteína, podría causar exactamente la misma carencia de material radiactivo. Una forma sencilla y directa de sintetizar proteína es impensable utilizando los viejos métodos de síntesis, mediante los cuales hemos conseguido producir proteína artificial, pero solo en cantidades insignificantes, y con un gran gasto de energía y de tiempo. De manera que nuestros logros por ahora son solo teóricos. La producción masiva de proteína a partir de material inorgánico es solo posible si podemos poner en práctica una rápida transformación de los elementos que deseamos transformar en materiales comestibles. Para poder tener éxito en este propósito, decenas de miles de trabajadores tendrán que trabajar únicamente en investigar la síntesis de proteína, y tendrán que llevar a cabo millones de experimentos muy variados. Incluso asumiendo que tengamos éxito, la producción a gran escala de proteína también requerirá el uso de una gran cantidad de material activo, lo cual es algo que no tenemos.

»Así que, no importa desde donde se mire, podemos resolver las cuestiones que nos esperan solo si encontramos nuevas fuentes de materiales radiactivos. ¿Pero dónde podemos buscarlos? Obviamente solo en otro planeta, lo que significa o la Tierra o Venus; y yo estoy seguro de que el primer intento debería hacerse en Venus.

«En lo que concierne a la Tierra, es posible decir que sea cierto que existan gran cantidad de elementos activos allí. En lo que concierne a Venus, este es también el caso. No sabemos lo grandes que son las reservas de la Tierra, ya que los depósitos que sus científicos han encontrado son tristemente decepcionantes. Encontramos depósitos en Venus, y ya hemos empezado a explotarlos desde nuestra primera expedición allí. La Tierra tiene cantidades significativas de materiales, eso es

evidente. Pero son similares a los que tenemos en Marte, también se encuentran profundamente bajo la superficie. Algunos de los depósitos en Venus se encuentran tan cerca de la superficie que su radiación puede ser afirmada mediante simples métodos fotográficos. Si uno busca radio en la Tierra, entonces tendrá que minarlo como hacemos en nuestro planeta; esto puede llevar varias décadas, y existe aun así la posibilidad de fracasar. Sobre Venus, lo único que tenemos que hacer es explotar lo que ya hemos encontrado, y eso puede hacerse sin retraso.

»Por lo tanto, incluso aunque no hayamos decidido finalmente la cuestión de una colonización a gran escala, lo que tenemos que hacer ahora en mi opinión es llevar a cabo cuanto antes una pequeña, y tal vez temporal, colonización de Venus, con el único objetivo de obtener material radioactivo. Los problemas por supuesto son enormes, pero no tenemos que resolverlos todos por entero. Todo lo que tenemos que hacer es ocupar una pequeña parte de este planeta, y poner en marcha una gran expedición que no debería pasar meses allí, como las anteriores, sino años enteros, y pasarlos desenterrando radio. Por supuesto tendremos que luchar una batalla vigorosa contra las fuerzas de la Naturaleza, y tendremos que protegernos del clima terrible, enfermedades desconocidas y otros peligros. Habrá víctimas; es posible que solo una pequeña parte de la expedición regrese. Pero el intento debe realizarse.

«El punto más indicado para iniciar nuestro trabajo me parece que debería ser la Isla de las Tormentas. He estudiado su naturaleza con cuidado, y he bosquejado un plan sobre como el viaje debería organizarse. Si vosotros, mis camaradas, aceptáis que os lo exponga ahora, lo explicaré con rapidez.»

Nadie se opuso a esta idea, y Menni prosiguió explicando su plan, exponiendo despacio cada uno de sus detalles técnicos. Cuando terminó de hablar, nuevas personas comenzaron a intervenir, pero se limitaron a discutir sobre los aspectos de su plan. Unos cuantos expresaron sus dudas sobre el éxito de la expedición, pero todo el Mundo estaba de acuerdo en que era necesario intentarlo. Finalmente, todos votaron a favor de la sugerencia de Menni.

X. ¡Asesinato!

Me hallaba en un profundo estado de conmoción que me impedía incluso organizar mis pensamientos. Solo sentía un dolor frío, como un anillo de hierro rodeando mi alma, y con la claridad de una alucinación me encontré con la incorpórea pero enorme figura de Sterni, su rostro pacífico, pero sin piedad ni emoción alguna. Todo a mi alrededor se volvió vago y perdido en un caos denso y obscuro.

Como un autómata, dejé la biblioteca y me monté en mi *góndola*. El viento frío que acompañaba mi rápido vuelo me relajaba, como si alguien me hubiera tirado una jarra de agua sobre la cara. No puede evitar el pensamiento que de inmediato tomó posesión de mi conciencia: tenía que permanecer solo. En cuanto llegué a casa puse de inmediato este nuevo pensamiento en acción, de la misma forma mecánica como si no fuera yo actuando, sino alguien más.

Escribí al director camarada de la fábrica para decirle que tendría que ausentarme algún tiempo del trabajo. Le dije a Enno que tendríamos que romper por ahora. Ella me miró implorante y se puso muy pálida, pero no dijo nada. Solo cuando me marchaba me preguntó si quería ver a Nella. Le contesté «no», y besé a Enno por última vez.

Después caí en un profundo estupor. Sentí un dolor frío. Lo único que permanecía en mi mente de los discursos de Menni y de Netti eran memorias pálidas e indiferentes, como si nada tuviera importancia o fuera poco interesante. Solo una vez vino el pensamiento a mi mente de que esto debía ser por lo que Netti se había marchado, porque todo el futuro de mi planeta dependía de la expedición. Mi mente repetía expresiones y frases completas del discurso de Sterni: *«tenéis que entender lo inevitable... Unos cuantos millones de humanos... El exterminio completo de la gente de la Tierra... El sufrimiento emocional severo»*. Pero no estaban conectados entre sí, y no llegaban a ninguna conclusión. De forma ocasional me parecía que el exterminio de la humanidad era algo que ya había ocurrido. Con dolor en mi alma, el siguiente pensamiento me hacía responsable de aquel exterminio. Durante un corto espacio de tiempo me di cuenta de que no había ocurrido nada, y que tal vez nada ocurriría. Pero el dolor no me abandonó, y mis pensamientos de nuevo comenzaron su letanía: *«Todo el Mundo va a morir... Anna Nikoláievna...*

Vania el obrero... Netti, no, Netti sobrevivirá, ella es una marciana... Todo el Mundo va a morir... No será cruel, nadie sufrirá... Sí, eso es lo que dijo Sterni... Todo el Mundo va a morir porque yo enfermé... Sí, es culpa mía...» Estos fragmentos de pensamientos se unieron y se congelaron, y permanecieron en mi mente, fríos e inamovibles. Y fue como si el tiempo se congelara con ellos.

Sufrí un delirio doloroso e interminable. No veía ningún fantasma. Solo había un fantasma oscuro en mi alma, pero ocupaba todo el espacio. Y no podía haber un final, porque el tiempo se había detenido.

Comencé a pensar en el suicidio, y el pensamiento se alargaba pero no llenaba mi conciencia. El suicidio parecía inútil: ¿Podría un acto como aquel detener ese dolor obscuro que todo lo llenaba? No podía creer en el suicidio, porque yo casi no creía en mi propia existencia. Lo que existía era el dolor y el frío, y todo lo que era odioso, pero mi «Yo» se había perdido, como algo minúsculo, que no podía ser notado, e insignificante. «Yo» no existía.

Durante varios minutos mi conciencia se volvió tan insoportable que sentí un deseo de echarme sobre cuanto me rodeaba, cualquier cosa muerta o viva, golpearlas, demolerlas, estrujarlas, destruirlas. Pero también sabía que esto sería algo infantil y sin sentido.

La imagen de Sterni no se me iba de la mente. Sterni era el centro de toda mi tristeza y mi dolor. Poco a poco, y muy despacio, una decisión comenzó a formarse alrededor de este centro: tenía que ver a Sterni. ¿Qué motivos tenía para verlo? No podía decirlo. Era simplemente vital que lo viera. Pero al mismo tiempo era dolorosamente difícil escapar de mi estupor para llevar a cabo mi decisión.

Finalmente llegó el día cuando tuve suficiente energía para llevar a cabo este plan interno. Me monté en mi *góndola* y fui al observatorio de Sterni. De camino intenté pensar en lo que iba a decirle, pero la frialdad en mi corazón y la frialdad del Mundo paralizaban mis pensamientos. Me llevó tres horas llegar hasta allí.

Entré en el vestíbulo principal del observatorio y le dije a uno de los camaradas que trabajaban allí: «Necesito ver a Sterni». El camarada fue a buscarle y volvió un minuto después para decirme que Sterni estaba ocupado calibrando varios instrumentos, que estaría libre en un cuarto de hora, y que me resultaría más cómodo esperarlo en su oficina.

Fui conducido a su oficina, me senté en un sillón frente a la mesa y esperé. La oficina estaba llena de distintas máquinas y piezas de equipamiento, algunas de las cuales reconocí, y otras me eran extrañas.

A mi derecha había un pequeño instrumento sobre una base de metal pesada con tres piernas, y abierto sobre la mesa un libro sobre la Tierra y sus habitantes. Comencé a leerlo de forma mecánica, pero tras las primeras líneas no pude continuar, y caí en un estado muy cercano a mi estupor previo. La única diferencia era que en mi pecho junto a la misma tristeza, sentí alguna clase de salvaje emoción. No sé cuánto tiempo estuve así.

Escuché pasos en el pasillo, y Sterni entró en la habitación con su expresión habitual, se sentó en la silla al otro lado de la mesa y me miró cuestionándome. No dije nada. Esperó durante un minuto, y al cabo me hizo una pregunta directa:

—¿Cómo puedo ayudarte?

Permanecí en silencio, y le miré como uno miraría a un objeto inanimado. Meneó sus hombros y se acomodó expectante en su silla.

—El marido de Netti —dije al fin, con esfuerzo, y medio consciente, sin dirigir mi afirmación a nadie en concreto.

—Yo fui el marido de Netti —dijo con calma—. Nos separamos hace mucho tiempo.

—Exterminación... No puedes... Sería cruel... —continué tan despacio y casi de forma inconsciente, repitiendo los pensamientos que se habían congelado en mi cerebro.

—¡Oh, eso es por lo que has venido! —dijo—. Pero nadie está discutiendo eso ya. La decisión que tomamos es, como sabes, completamente distinta.

—La decisión que se tomó... —repetí de forma mecánica.

—En lo que concierne a mi plan —continuó Sterni—, aunque no puedo renunciar a él por entero, tengo que decir que ya no lo apoyo del todo.

—¿No del todo?

—Tu recuperación y tu participación en nuestra vida comunal y nuestro trabajo ha destruido un elemento de mi argumento...

—Exterminación... ¿Un elemento? —le interrumpí, y por supuesto mi tristeza y mi dolor deben haber sido extremadamente aparentes en la ironía inconsciente de mi tono de voz.

Sterni se volvió muy pálido, y me miró con atención. Caímos en un silencio mutuo.

El anillo frío de dolor atrapó mi corazón con renovada fortaleza. Me apreté contra la silla para poder detener mis gritos alocados. Mi mano agarró algo, frío y pesado. Sentí un arma fría en mi mano, y el dolor en mi corazón se volvió insoportable. Salté de mi silla y dirigí hacia Sterni un golpe terrible. Una de las piernas del trípode le golpeó en la sien y sin ningún sonido, sin ningún aullido de dolor, se cayó hacia un lado como un cuerpo inerte. Tiré el arma a un lado y resonó contra las máquinas metálicas. Todo se había terminado. Salí al pasillo y le dije al primer camarada que vi: «He matado a Sterni».

Empalideció y entró con rapidez en la oficina, pero obviamente vio de inmediato que no había nada que pudiera hacerse, y volvió a salir. Me llevó a otra oficina y le pidió a su ocupante que llamase al médico y se ocupara de Sterni, y él quedó solo conmigo. No parecía saber si debía hablarme o no. Le pregunté:

—¿Está Enno aquí?

—No —respondió—. Ha ido a ver a Nella durante unos días.

Ambos guardamos silencio hasta que llegó el doctor, quien trató de preguntarme qué había ocurrido. Dije que no quería hablar. A continuación me llevó a un hospital mental cercano.

En el hospital me pusieron dentro de una habitación amplia y cómoda, y me dejaron en paz durante algún tiempo. Eso era lo único que quería.

La situación parecía aclararse. Había matado a Sterni, y al hacerlo lo había arruinado todo. Los marcianos poseían un claro ejemplo de lo que se podía esperar de relacionarse con los habitantes de la Tierra. Entenderían que, incluso el individuo que habían elegido como el más capacitado para entrar en su forma de vida, no podía

aportarles nada más que violencia y muerte. Sterni estaba muerto, pero su idea crecería. La última esperanza se había desvanecido, la gente de la Tierra estaba condenada. Y era todo mi culpa.

Esta idea había entrado en mi cabeza directamente tras el asesinato, y permaneció allí junto con la memoria del acto en sí mismo. Su fría certeza incluso me calmaba un poco.

Pero mi tristeza y mi dolor crecieron de nuevo y se fortalecieron. Me repugnaba. Sentí que había traicionado a la humanidad entera. Tenía la obscura esperanza de que los marcianos me matarían a mí, pero a continuación entendí que lo que había hecho era demasiado grave incluso para que hicieran eso, y que su repugnancia hacia mi persona se lo impediría.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Al cabo vino el doctor y me dijo que necesitaba un cambio de aires, que iba a ser enviado de nuevo a la Tierra. Pensé que se limitaba a ocultar mi sentencia de muerte. Pero no me importaba. Lo único que quería era que mi cuerpo fuera enviado tan lejos como fuera posible de todos los planetas, ya que podría resultar repugnante para todos.

Mis impresiones del viaje de regreso son vagas en extremo. No había rostros familiares a mi alrededor; no hablé con nadie. Aunque lo intentaba, no era capaz de relacionarme con lo que me rodeaba.

Todo había dejado de importarme.

Cuarta Parte

I. En compañía de Werner

No recuerdo cómo acabé en el hospital que dirigía el doctor Werner, mi viejo camarada. Se trataba de un hospital de distrito en una de las zonas del Norte, que conocía por las cartas de Werner. Se encontraba a unas cuantas verstras^[11] de distancia de la capital de la región, estaba muy mal equipado y saturado de continuo, con demasiado poco personal, lo cual requería astutas economías. El doctor Werner luchaba una guerra continuada con el gobierno liberal del distrito sobre las asignaciones económicas, sobre los pabellones que no querían construir, sobre las iglesias en las que el gobierno local quería gastar el dinero, sobre el pago a las enfermeras etc... Los pacientes tendían a desarrollar más debilidades en lugar de curarse, o bien morían de tuberculosis como resultado de poca comida e insuficiente aire puro. El propio Werner habría dejado su puesto hacía mucho tiempo, si no se hubiera visto obligado a tal aislamiento como resultado de su pasado revolucionario, y por su trabajo revolucionario actual.

Pero dichas condiciones no me afectaron en absoluto. Werner era un buen camarada, y no se lo pensaba dos veces para abandonar su comodidad por mi causa. En su amplio apartamento, que se le había concedido como doctor al cargo, me cedió dos habitaciones para mi uso. En la tercera se alojaba un joven enfermero, y un camarada revolucionario vivía en la cuarta pretendiendo ser el portero del hospital. Por supuesto no contaba con ninguna de mis previas comodidades, pero esto no me parecía mal en absoluto.

Al igual que en Marte, el doctor Werner no me sometió a ninguna cura, limitándose de forma ocasional a darme sedantes, y preocupándose sobre todo por mi comodidad. Cada mañana y cada tarde venía a verme después de mi baño durante un minuto, solo para preguntarme si necesitaba algo. Durante los largos meses de mi enfermedad me había vuelto poco habituado a la conversación, y respondía o bien no, o nada en absoluto. Pero sus atenciones me conmovían, incluso aunque consideraba que no sirvieran propósito alguno, y que así debía comunicárselo. Finalmente reuní la fortaleza necesaria para decirle que yo era un asesino y un traidor, y que toda la humanidad moriría por mi causa. Él no dijo nada, limitándose a sonreír, y tras aquello vino a verme de forma más regular.

Poco a poco el cambio de ambiente hizo lo que se esperaba de ello. Mi corazón se sentía menos atormentado por el dolor, mi tristeza comenzó a volverse menos negra, mis pensamientos algo más libres. Comencé a dejar mi habitación, y trabajaba en el jardín y el pequeño bosque. Uno de los camaradas siempre estaba cerca de mí; esto no me gustaba, pero entendía que no tenía sentido permitir que un asesino anduviera por ahí con libertad. Algunas veces incluso le hablaba, pero por supuesto sobre asuntos triviales.

Era el principio de la primavera, y la renovación de la vida a mi alrededor

ayudaba a mis memorias atormentadas; Cuando escuchaba el piar de los pajarillos encontraba algún triste consuelo en el pensamiento de que ellos permanecerían y sobrevivirían, y que solo era la gente la que estaba destinada a morir. Un par de veces me encontraba con un paciente imbécil cerca del bosque, mientras él se iba a trabajar en el campo. Se apresuró a recomendarse a mí, con un orgullo inmenso. Tenía megalomanía, y me decía que era el policía del pueblo, ya que este era obviamente el poder más alto que nunca había conocido. Por vez primera en todo el tiempo que había estado enfermo era capaz de reírme.

II. ¿Un sueño...?

Cuando empecé a meditar con mayor claridad sobre mis circunstancias quise descubrir si Werner y los otros camaradas sabían qué me había ocurrido. Le pregunté a Werner quién me había traído al hospital. Me dijo que había venido con dos hombres jóvenes desconocidos para él y que no pudieron decirle nada relevante sobre mi estado. Dijeron que me habían encontrado por accidente en la capital, que habían visto que estaba muy enfermo, que me habían conocido antes de la revolución, y que en aquella época yo les había hablado sobre el doctor Werner, de manera que habían decidido llevarme hasta él. Ellos habían vuelto a marcharse al día siguiente. Werner los había descrito como gente de buen corazón de quienes no tenía razón para desconfiar. Él mismo había perdido contacto conmigo unos cuantos años antes y no podía darme ninguna información sobre mí...

Quería hablarle a Werner sobre el asesinato que había cometido, pero esto me parecía una cosa muy complicada, ya que involucraría un gran número de explicaciones que le parecerían increíbles. Le expliqué estas dificultades a Werner y recibí una respuesta inesperada de él:

—Sería mejor si no me contases nada de momento. No es saludable para tu recuperación. No voy a discutir contigo, por supuesto, pero no creería tu historia de todos modos. Estás sufriendo de melancolía, algo que a menudo causa que las personas crean que han experimentado hechos que no han ocurrido en realidad, y que sus memorias se llenen de falsedades. Pero tú no me creerás hasta que recuperes la salud; y por lo tanto es mejor si dejas a un lado tu historia de momento.

Si esta conversación hubiera tenido lugar unos cuantos meses antes, sin duda yo habría leído una desconfianza más profunda en las palabras de Werner. Pero ahora mi alma buscaba la paz. Me consolaba pensar que mi crimen era desconocido a mis camaradas y que ellos podrían incluso dudar de su existencia verdadera. Poco a poco dejé de pensar en ello, y mi recuperación continuó. Solo de vez en cuando tenía ataques de tristeza, y eran siempre breves. Werner parecía contento con mi progreso. En una ocasión recordé sus pensamientos sobre mis «delirios». Decidí pedirle que me permitiera leer el caso de alguien que sufriera de la misma enfermedad que yo, una de las personas que había tenido bajo observación en el hospital. Aunque era evidente que la idea no le gustaba, eligió un caso de una gran pila y me lo tendió.

Se trataba de la historia de un campesino de una aldea distante y aislada que fue enviado a realizar un taller de aprendizaje a una de las fábricas más grandes de la capital. La vida de la gran ciudad obviamente le afectó y, como su mujer explicó, comenzó a comportarse de una forma completamente inusual en él. Al cabo volvió a comenzar a trabajar y a vivir como cualquier persona. La fábrica se puso en huelga, y él apoyó a sus camaradas. La huelga fue larga y difícil; y él y su mujer y su hijo pasaron mucha hambre. De repente se volvió muy triste, y comenzó a echarse la culpa por el hecho de que se había casado y había tenido un hijo, y vivía de una

manera que no era digna para ninguno de ellos.

Luego comenzó a hablar consigo mismo y le enviaron a un hospital, y del hospital a un sanatorio en el distrito en el que había nacido. Estaba convencido de que la huelga se había terminado y que él había traicionado a sus camaradas, tanto como al «ingeniero bueno» que de forma secreta había apoyado a la huelga, y que había acabado siendo castigado por el gobierno. Era una coincidencia que yo conociera toda la historia de esta huelga, puesto que por aquel entonces también había trabajado en la capital. Sabía que no había habido traición de ningún tipo, y que «el ingeniero bueno» no solo no había sido castigado, ni tan siquiera había sido arrestado. El trabajador acabó curándose.

Esta historia dio una nueva perspectiva a mis ideas. Comencé a dudar si había cometido un asesinato, si tal vez el delirio de la melancolía había puesto esta idea en mi mente, como había dicho Werner. Todos los recuerdos de mi vida junto a los marcianos me parecían nebulosos y sin color, en algunos casos fragmentados. Y, aunque recordaba el crimen con todos sus detalles, me daba la impresión de que se alejaba de mí y se volvía débil una vez confrontado por estas impresiones de mi situación actual. De tiempo en tiempo desechaba dichos pensamientos tranquilizadores, y era completamente consciente del hecho de que todo había ocurrido. Pero luego las dudas regresaban... Pensaba que todos creemos lo que queremos creer. Aunque sabía que esto era una mentira, me entregué a ella por entero como uno se entrega a los pensamientos alegres.

Ahora creo que sin esta mentira mi recuperación habría sido mucho menos rápida y completa.

III. Mi patria

Werner se tomó mucho interés en ocultarme toda la información que pudiera afectar mi recuperación. No me permitió salir del apartamento y entrar en el hospital, y de todos los enfermos mentales solo podía ver a los locos incurables que iban por ahí con libertad y llevaban a cabo varias tareas en los campos, en los bosques, en los jardines. Para ser sincero esto no me resultaba interesante. Quería ver a la gente que estaba enferma, especialmente aquellos que todavía podían recuperarse, los melancólicos y maniáticos. Werner me prometió que me los mostraría una vez que estuviera recuperado del todo, pero siempre lo retrasaba. Al final no llegamos a hacerlo.

Más que mantenerme oculto de los demás, Werner intentó mantenerme aislado de la vida política de mi país. Evidentemente consideraba que mi enfermedad había sido causada por los efectos nocivos de la revolución; no sospechaba que durante todo este tiempo había estado separado de mi nación y no podía saber lo que ocurría en ella. Consideraba esta ignorancia como un simple olvido causado por mi enfermedad, y pensó que era muy saludable para mí. No solo no me contaba nada sobre este tema, sino que prohibió que mi guardián me dijera nada al respecto. Su apartamento no contenía ni un solo periódico, ni una revista, ni un libro de los últimos años. Los guardaba todos en la oficina del hospital. Me forzaba a vivir en una isla vacía de política.

Al principio, cuando todo lo que quería era paz y tranquilidad, me gustaba esta situación. Pero al cabo, mientras comenzaba a recuperar mi fortaleza, mi curiosidad se despertó. Comencé a hacer preguntas a todos mis compañeros, pero ellos rehusaban contestarme. Todo esto era decepcionante y aburrido. Empecé a tratar de buscar formas de escapar de mi cuarentena política, y traté de convencer a Werner de que me encontraba lo suficientemente bien para comenzar a leer periódicos. Pero no había forma: Werner me explicó que todo estaba bajo control, y que él mismo decidiría cuando se me permitiría cambiar mi dieta intelectual.

Comencé a volverme más astuto. Tendría que encontrar un cómplice entre las personas que me rodeaban. Sería muy difícil convencer al enfermero de que me ayudara, puesto que tenía un gran celo por su deber profesional. Decidí concentrar mis esfuerzos en el otro guardián, camarada Vladimir. No encontraría muchos problemas ahí.

Vladimir había sido un obrero. No tenía educación superior, y no era más que un muchacho. Era un soldado de la revolución y ya tenía una gran experiencia. Durante un ataque célebre, con muchos camaradas muertos por las balas o quemados vivos, él había conseguido escapar a través de la línea enemiga, disparándole a varios de ellos, y sin hacerse un rasguño. Luego se escondió en varias ciudades y aldeas, trabajando en la peligrosa ocupación de contrabandista de armas y de panfletos revolucionarios. Finalmente el suelo ardía debajo de sus pies, y no tuvo más remedio que esconderse

durante un tiempo en el hospital de Werner. Por supuesto descubrí todo esto más tarde, pero desde el principio noté que el joven se sentía muy avergonzado por su falta de educación, y en la dificultad que tenía en estudiar por sí mismo debido a su carencia de disciplina. Comencé a estudiar con él; el trabajo iba muy bien, y no tardé en ganarme un amigo para toda la vida. Pero la siguiente etapa todavía quedaba muy lejos. Vladimir entendía muy poco sobre temas médicos, y mi siguiente paso fue burlarme en su compañía de las estrictas reglas de Werner. Las historias de Vladimir, y los periódicos, revistas y panfletos que me trajo en secreto, con rapidez me pusieron al día de cuanto había ocurrido en mi nación mientras había estado fuera.

La revolución era inestable y su herida continuaba abierta. La clase obrera, tras asestar el primer golpe, había ganado grandes victorias, pero al cabo, sin el apoyo de los campesinos en el momento crucial, habían sufrido un cruel contra-ataque de las fuerzas opuestas. Mientras se reunían para una nueva guerra, y esperaban a que los campesinos se pusieran de su parte, la burguesía y las clases dominantes habían comenzado ciertas charlas destinadas a que la revolución terminase. Estas tomaron la forma de una comedia parlamentaria; y una serie de parlamentos de juguete fueron reunidos aprisa y con la misma rapidez se desbarataron, uno detrás del otro. La burguesía, atacada por la tormenta revolucionaria y asustada por la independencia y energía del proletariado, se desplazó aún más hacia la derecha. Los campesinos, cuya opinión general estaba a favor de la revolución, gradualmente fueron ganando experiencia política y tomando importantes pasos hacia la unión en la lucha definitiva. Los dirigentes intentaron, mediante asaltos, sangrientos sobre el campesinado, forzarles a permanecer en la tierra, inmovilizados; pero sus intentos eran tan poco efectivos e insignificantes que no llegaron a nada. Cada día más y más gente se unía a los partisanos. Pero el país se encontraba sometido por un doble terror desconocido hasta entonces, que venía de todas las direcciones, tanto de arriba como de abajo.

Evidentemente el país estaba dirigiéndose hacia un nuevo punto de inflexión. Pero el camino hasta allí parecía tan largo y tan lleno de giros y de curvas que mucha gente se cansó e incluso cayeron en la desesperación. Para los intelectuales más radicales, quienes habían participado en su mayoría en la lucha, la revolución había sido traicionada. Incluso entre algunos de mis anteriores colegas, sentimientos de desesperación comenzaron a emerger.

Todo esto me puso al tanto de las dificultades y las complicaciones con las que la vida revolucionaria se había encontrado en tiempos recientes. Incluso yo, un individuo que recordaba los tiempos anteriores a la revolución y el inicio de la lucha, pero que no había experimentado él mismo los recientes levantamientos, veía con claridad que la revolución debía continuar, pero también entendí cuanto había cambiado a lo largo de esos años, cuantos nuevos elementos habían entrado a formar parte de la lucha, y lo complicado que sería obtener un equilibrio entre todos ellos.

Lo único que podía hacer era esperar. Entendía lo difícil que era el trabajo de mis

camaradas, y lo complicado de su situación. Pero no quería apresurarme a ponerme de su lado, incluso aunque Werner se opusiera a ese curso de acción. Creí que lo que más me convenía era volver a recuperar mi fuerza, de manera que estuviera preparado cuando un gran esfuerzo fuera requerido.

Durante el curso de grandes paseos por el bosque Vladimir y yo discutimos el futuro de la revolución. Me conmovían sus inocentes planes y pensamientos; parecía un muchacho noble y de buen corazón, del tipo que está destinado a la bella muerte del guerrero, y como guerrero había pasado su vida entera. ¡La revolución tomaba víctimas gloriosas con ella, y manchaba la bandera del proletariado con su sangre!

Pero no era solo Vladimir quien parecía ser un niño. Me di cuenta de que había mucho que era inocente incluso en Werner, y en los otros trabajadores revolucionarios que recordaba, algo que en el pasado no había considerado nunca. Todo el Mundo que conocía en la Tierra me parecía infantil, a medio formar, como si solo entendieran de forma muy limitada su propia vida y la vida a su alrededor. Este sentimiento no contenía ni una sola gota de odio, sino más bien piedad profunda y un interés de hermano mayor por los habitantes de mi planeta, los niños de una joven humanidad.

IV. El sobre

El Sol del verano había fundido el hielo en el que la vida del país había estado sepultada. Todo comenzaba a despertarse, y nuevas amenazas empezaban a surgir en el horizonte. Comenzaron a circular rumores de conflictos venideros. Pero el Sol también hizo su aparición para calentar mi alma e incrementar mi fuerza, y sentía que pronto estaría tan sano como nunca en mi vida.

En este estado de satisfacción no quería pensar en el pasado, y era agradable imaginarme olvidado por todos. Decidí que reaparecería ante mis camaradas en algún momento en el que a nadie se le ocurriría preguntarme sobre mis años de ausencia, cuando todo fuera extremadamente urgente, y mi pasado sería sepultado bajo las tormentosas ondas de la nueva bandera.

Una mañana de verano Werner volvía del hospital tras sus horas de visita. Al acercarse a la casa no entró en el jardín para relajarse como solía hacer, sino que en lugar de ello vino a verme y comenzó a hacerme preguntas muy detalladas sobre cómo me sentía. Me parecía que tomaba notas de mis respuestas. Esto no era habitual, y temí que hubiera descubierto mi pequeña treta con Vladimir. Pero pronto resultó claro que no esperaba nada. Luego se marchó y no se quedó en el jardín, sino en su oficina, y fue solo media hora más tarde, cuando lo vi a través de una ventana andando arriba y abajo por su callejón favorito, cuando llegué a la conclusión de que Werner había recibido una petición para informar a alguien concreto sobre mi estado de salud. Siempre le traían el correo cada mañana a su oficina en el hospital, y aquel día debía haber contenido una carta preguntado sobre mí.

De quién era la carta y por qué había sido enviada era algo que necesitaba descubrir con urgencia. No sería inteligente preguntarle al propio Werner: si pensaba que podía contármelo lo habría hecho directamente, sin hacerme tantas preguntas. ¿Sabría algo Vladimir? No, no sabía nada. Comencé a meditar sobre cómo podría descubrir la verdad.

Vladimir estaba dispuesto a ayudarme de cualquier forma posible. Pensó que mi curiosidad estaba completamente justificada, y que el secretismo no tenía fundamento alguno. Sin pensarlo llevó a cabo una concienzuda búsqueda en la habitación de Werner y de su gabinete de medicina, pero no pudo encontrar nada interesante.

—Tenemos que suponer —dijo Vladimir— que o bien tiene la carta con él, o bien la ha destruido.

—¿Y dónde suele tirar sus papeles? —pregunté.

—En la cesta al lado de su puerta.

—En ese caso, tráeme todos los papeles rotos y arrugados que veas.

Vladimir se marchó y regresó muy pronto.

—No había ningún trozo de papel —me informó—, pero encontré esto, el sobre de una carta que de acuerdo con el sello debe haber recibido hoy.

Cogí el sobre y miré la dirección. El suelo parecía temblar debajo de mis pies, y

las paredes comenzaron a moverse...
¡La letra de Netti!

V. Conclusiones

Para empezar, lo único que se aclaraba entre mis dudas y el caos de mi memoria, era que Netti estaba en la Tierra y no quería verme. Pero no podía evitar llegar a la conclusión de que Netti podría no haberme entendido, y podría haber considerado como una explosión simple de sentimientos lo que en realidad había sido una necesidad lógica para mí.

Así que antes que nada debía contar mi historia en el orden exacto en el que había ocurrido; y debía hacerlo por mí mismo, o por Netti... Y por eso he escrito este manuscrito. Werner, que lo leerá antes, el día después de que Vladimir y yo desaparezcamos, tendrá que preocuparse por el tema su publicación, por supuesto con todos los cambios necesarios para no comprometer la identidad de ninguno de los revolucionarios. Esta es la única cosa que exijo. Me entristece que no me será posible despedirme de él.

Mientras he estado escribiendo estas memorias, el pasado se ha mostrado con claridad frente a mí, el caos ha sido reemplazado por el orden, mi posición en el Mundo ha sido definida. Llego a mi conclusión final con la mente en orden y una firme memoria.

Es incontestable que la tarea que se me impuso iba más allá de mi fortaleza. ¿Por qué fallé? ¿Y cómo explicar el fallo de alguien tan inteligente como Menni al elegirme? Recuerdo una conversación que sostuve con Menni sobre la cuestión de mi elección, una conversación que tuvo lugar en aquel tiempo feliz cuando el amor de Netti me había inspirado a creer en mi propia fuerza como si no tuviera límites.

—Menni —pregunté—. ¿Cómo fue posible que de entre toda la masa de gente extremadamente variada de nuestro país, a los que descubriste en tu búsqueda, llegaras a considerar que para tu misión me necesitabas como representante de la Tierra?

—No había tanta gente entre la que elegir —dijo—. Por supuesto que el número estaba limitado desde el principio a aquellos que apoyaban la revolución socialista; cualquier otra opinión habría resultado demasiado distante de la ideología de nuestro Mundo.

—Eso puede ser cierto. Pero ¿no habría sido más sencillo encontrar a la persona que necesitabas entre el proletariado, las personas que constituyen la mayor fuerza de nuestro movimiento?

—Sí, eso tal vez habría sido más fácil. Pero normalmente ellos no tienen una ventaja que yo considero esencial: una amplia educación general. Esto llevó mi búsqueda en una dirección distinta.

Esto es lo que Menni había dicho. Pero sus cálculos habían sido erróneos. ¿Significaba eso que no debería haberse llevado a nadie, que las diferencias entre las dos culturas estuvieron siempre destinadas a ser demasiado grandes para que los individuos se entendiesen entre sí? Por supuesto, pensarlo resultaba humillante, en

especial para mí, pero continuaba siendo una duda seria. Por lo tanto sugiero que la próxima elección de Menni debería ser un individuo de las clases obreras.

¿Por qué tuve un colapso mental?

Antes que nada, diría que ocurrió porque había experimentado un gran número de nuevas impresiones de un modo de vida nuevo, y su gran riqueza me superó. Con la ayuda de Netti fui capaz de superar también la crisis, y me reconcilé con mis experiencias; ¿pero no ocurrió que la crisis en sí misma se intensificó precisamente debido a la elevada sensibilidad de alguien acostumbrado al análisis socialista y al pensamiento intelectual? Tal vez una naturaleza que sea un poco más primitiva, un poco menos compleja, más saludable desde el punto de vista orgánico, se habría adaptado de forma más sencilla y habría encontrado la transición menos difícil. Tal vez para un proletario que careciera de educación viajar a un nuevo y más desarrollado ambiente no sería tan complicado, porque tendría que aprenderlo todo desde los primeros principios, en lugar de olvidar lo que ya había aprendido, lo cual es una tarea mucho más compleja. Creo que este es el caso, y que Menni cometió un error en sus cálculos cuando dio tanta importancia al nivel de educación del sujeto en lugar de a su capacidad para ser educado.

La segunda vez que sufrí un colapso nervioso fue como resultado del carácter de la cultura en la cual estaba intentando introducirme: me quedé estupefacto por su grandeza, por las conexiones profundas entre los distintos miembros de la sociedad, por la honestidad de las relaciones personales. El discurso de Sterni, el cual marcaba y clarificaba la distinción entre nuestros dos estilos de vida, fue lo último que me impulsó a caer al abismo, revelándome la contradicción entre mi vida interior y la sociedad en la cual estaba viviendo. ¿Y no era el caso que esta contradicción era algo que yo, un miembro de la intelectualidad, sufrí de forma mucho más aguda? Me pasé nueve horas de cada diez o bien trabajando solo, o bien teniendo relaciones del todo desiguales con mis colegas de trabajo ¿No sería más sencillo para una persona que pasara nueve décimas partes de su vida laboral entre sus camaradas incluso si esta vida fuera primitiva y poco desarrollada, para adaptarse a las maneras marcianas? Creo que este es el caso, y creo que Menni debería decidir de forma distinta si decide hacer otro intento...

De manera que lo que me queda a mí es eso que me dio la energía y el valor para luchar durante mis dos colapsos nerviosos, y que ahora me permitirá llegar a una conclusión sin sentir vergüenza. Estoy hablando del amor de Netti.

Por supuesto, el amor de Netti fue el gran error de una personalidad noble. Pero tales errores deben ser considerados, nada puede cambiarlos. Esto es lo que me da esperanza de que los dos Mundos eventualmente se unan, y de que se conviertan en una unión hermosa y fuerte.

Y sobre mí mismo... Pero aquí no puedo aportar ninguna conclusión. No puedo comenzar una nueva vida, y no deseo la antigua. Ya no pertenezco a ella, ni con mis pensamientos ni con mis sentimientos. El camino de salida está claro.

Debo concluir. Mi amigo me espera en el jardín; esa es su señal. Mañana ambos estaremos de camino hacia un lugar muy lejano, donde la encrucijada de la vida está a punto de estallar, donde será tan sencillo borrar la frontera entre el pasado y el futuro. Adiós Werner, mi querido y viejo camarada.

Saludo a una nueva y mejor vida y te espero, Netti, mi luminoso fantasma.

Epílogo

De una carta del doctor Werner al escritor Mirski (la carta no posee fecha, evidentemente como resultado del nerviosismo de Werner).

El bombardeo ocurrió hace mucho tiempo, pero todavía nos traen heridos. La vasta mayoría de ellos no son soldados sino civiles; había muchas mujeres, incluso niños: la metralla nos hace a todos iguales. A mi hospital traen sobre todo a los soldados, pues está muy cerca del campo de batalla. Los números de heridos por metralla y fragmentos de granada me conmueven incluso a mí, un viejo doctor y un cirujano experimentado. Pero sobre todo este horror hay una sensación gloriosa, una palabra alegre puede ser escuchada: «¡Victoria!».

Esta es la primera victoria en el nuevo asalto. Pero está claro para todo el Mundo que es decisiva. El equilibrio de poder ahora está de nuestra parte. Batallones enteros de artillería se pasan a nuestro bando. Es el día del juicio. El destino no será misericordioso, pero será justo. No falta mucho tiempo...

Las calles están llenas de sangre y de ruinas. El humo de los fuegos y de los cañones hace que el Sol parezca rojo. Pero esto no nos parece algo malo, sino que nos alegramos por ello. Escuchamos la canción de la victoria en nuestros oídos.

Han traído a Leonid a mi hospital más o menos al medio día. Lucía una peligrosa herida en el pecho, además de unas cuantas heridas sin importancia. Se marchó anoche con cinco camaradas a la parte de la ciudad ocupada por el enemigo: estaba intentando desmoralizarlo mediante un ataque desesperado. Había trazado un plan, y él mismo lo puso en operación. Como hombre que había trabajado aquí durante mucho tiempo previamente y que conocía cada recoveco de la ciudad, era mucho más capaz de llevar a cabo dicho asalto que otros y, tras una cierta incertidumbre por parte de la comandancia, al final se le concedió permiso.

Consiguió llegar hasta uno de los almacenes de munición del enemigo, y explotó varias cajas de granadas tirando una desde el techo. Aprovechándose del pánico que causaron estas explosiones, continuó explotando lo que quedaba de munición. Mientras hacía esto, Leonid recibió varias heridas sin importancia por los trozos de metralla. Luego, mientras comenzaron a retirarse, se encontraron con un grupo de enemigos. Leonid entregó el comando a Vladimir, que era su ayudante, y a continuación fue con sus últimas dos granadas a las puertas y esperó mientras los otros se retiraban. Permitió a la mayoría del grupo de enemigos a que pasaran por las puertas y tiró la primera granada al oficial y la segunda dentro del principal grupo de las tropas enemigas. El enemigo salió huyendo en medio de una gran confusión, pero nuestras tropas regresaron a rescatar a Leonid, que había sido herido por un fragmento de su propia granada. Consiguieron traerlo al hospital detrás de nuestras líneas antes del amanecer.

Conseguí retirar el fragmento de granada, pero se había roto un poco, y la

situación de Leonid era grave. Puse a mi paciente tan cómodo como fue posible, pero había una cosa que no podía darle: la calma que necesitaba. Al amanecer la batalla volvió a comenzar, y el ruido de la misma podía escucharse claramente en el hospital. La desesperación de Leonid por saber lo que ocurría le produjo una fiebre. Cuando comenzaron a traer a los heridos empezó a ponerse incluso más excitado y necesitamos aislarlo lo más posible, montando un biombo de sábanas a su alrededor, de forma que al menos no viera a los otros heridos.

A más o menos las cuatro de la tarde el asalto había terminado y su resultado era claro. Yo estaba muy ocupado con mis pacientes heridos.

Al poco llegó el coche de la persona que me había enviado una carta unas semanas antes sobre la salud de Leonid, y a quien había invitado a que viniera a verme para que pudiera hablarle sobre su manuscrito. Como esta dama era sin duda una camarada y evidentemente una doctora, la invité a que entrara en el pabellón de heridos. Como la última vez que la había visto, llevaba puesto un velo oscuro, que cubría los rasgos de su cara.

—¿Está Leonid con usted? —preguntó sin decir hola.

—Sí —contesté—, pero no debe preocuparse demasiado: incluso aunque su herida sea grave, creo que será posible curarlo.

Sin perder un minuto me hizo una serie de preguntas sobre la situación de mi paciente. Entonces dijo que quería verlo.

—¿No le pondría nervioso ese encuentro? —pregunté.

—Sí —fue su respuesta—, pero creo que le será de más ayuda que evitarlo. Puedo prometerle eso.

Su tono era extremadamente decidido y cierto. Sentí que sabía de lo que hablaba, y no pude rehusarle su petición. Entramos en el pabellón de Leonid, y le indiqué que se dirigiera hacia la zona donde lo teníamos aislado con los biombos. Yo permanecí cerca para cuidar a otro paciente gravemente herido. Quería escuchar su conversación con Leonid, para poder interrumpir si se hacía necesario. Cuando se metió tras el biombo se levantó el velo un poco. Podía ver su silueta a través de la delgada tela de los biombos, y distinguí como se agachaba sobre el paciente.

—La máscara... —llegó la voz débil de Leonid.

—Tu Netti —respondió, y hubo tanto cariño y compasión en aquellas dos palabras que ella pronunció en su voz melodiosa, que mi viejo corazón se conmovió en mi pecho, sintiendo tanta alegría que era casi doloroso.

Ella hizo un movimiento brusco con la mano, como si estuviera sacando un corcho de una botella, y me pareció que se quitó el sombrero y el velo, y se acercó incluso más a Leonid.

Hubo un minuto de silencio.

—¿Significa esto que estoy muriendo? —preguntó mi paciente con calma.

—No, Lenni, tenemos toda nuestra vida frente a nosotros. Tu herida no es mortal.

—¿Y qué hay del asesinato? —preguntó mi amigo.

—Estabas enfermo, Lenni. No te preocupes, esa enfermedad nunca se interpondrá entre nosotros, nunca será un obstáculo para nosotros. Tendremos una vida feliz juntos, Lenni...

En ese momento Leonid rugió, pero no fue de dolor. Yo me retiré, porque ya me había dado cuenta de todo lo que necesitaba saber, y no había necesidad de escuchar más. Tras unos minutos la mujer desconocida vino a verme otra vez, una vez más con su gorro y su velo.

—Me llevo a Leonid conmigo —dijo—. Es lo que él quiere, y estoy convencida de que tiene más posibilidades de curarse conmigo que aquí. Así que no tienes que preocuparte. Tengo dos camaradas esperando abajo; ellos le llevarán. Todo lo que pido es que me prestes una camilla.

No tenía sentido discutir: era bien cierto que nuestro hospital no se trataba del mejor equipado. Le pedí su dirección; ella vivía muy cerca, y decidí que iría a visitarla el día siguiente para interesarme sobre el estado de Leonid. Dos trabajadores vinieron y con cuidado lo pusieron sobre una camilla.

(Posdata, añadida al día siguiente):

Leonid y Netti han desaparecido sin dejar rastro. Acabo de estar en su apartamento: las puertas estaban abiertas y las habitaciones estaban vacías. Sobre la mesa en la habitación principal, cuyas ventanas enormes estaban abiertas de par en par, encontré una carta dirigida a mí. Todo lo que contenía eran unas cuantas palabras escritas en una mano temblorosa.

«Dale mis recuerdos a los camaradas. Adiós. Tu Leonid».

Es extraño: no estoy preocupado en absoluto. Me encuentro extremadamente cansado tras todos estos días de trabajo. He visto mucha sangre, mucho sufrimiento que no podía evitarse, he visto imágenes de muerte y destrucción que me durarán una vida entera, pero mi alma está alegre y en calma.

Lo peor se ha terminado. La lucha fue larga y dura, pero la victoria está delante nuestro... Y las victorias del futuro serán más sencillas...

Postfacio.

Estrella Roja - Una fantasía steampunk

Se me pide que aporte a este magnífico libro de Alexander Bogdánov un postfacio o colofón a modo conclusivo, en el que explique nada menos que el género *steampunk*. Sería imposible transmitir en unas páginas una estética que viene gestándose desde la propia era victoriana, y que cuenta con miles de referencias culturales entre novelas, películas, cómics, juegos de rol, etcétera. A lo sumo pondré mis esfuerzos en explicar nuestras razones para encuadrar la novela que tienen entre sus manos en el *proto-steampunk*, o *steampunk inconsciente*. El Oxford English Dictionary, a menudo un buen lugar en el que comenzar cualquier pesquisa, define el *steampunk* como un género literario en los siguientes términos: «*ciencia ficción, de ambientación histórica (especialmente ubicada en la sociedad industrializada del siglo diecinueve), y en la que a menudo aparecen máquinas mecanizadas propulsadas a vapor en lugar de tecnología electrónica; subgénero de la ciencia ficción*». Como puede observarse, dicha definición limita el uso del término *steampunk* a la literatura. Esto no podría ser más descabellado, puesto que el *steampunk* puede también entenderse como una reacción estética contra la limpieza y la perfección, la ausencia absoluta de lastres e ineficacias, a la que nos ha acostumbrado la ciencia ficción de la saga *Star Trek*, por ejemplo, en la cual máquinas de impoluta tecnología resuelven a un toque de nuestras huellas digitales los más engorrosos problemas. Para que se efectúe dicha «respuesta estética», como es lógico, uno debe permitir que las líneas divisorias entre géneros y entre estilos se difuminen, de manera que hablar de *steampunk* y no hablar de cine, de las series míticas de los años sesenta como aquella que inspirara la película *Wild Wild West*, de fancines, de cómics (¿acaso no es *La liga de hombres extraordinarios* el ejemplo más perfecto de *steampunk* que existe?), o incluso de embelecos culturales como el famoso robot Victoriano Boilerplate —con quienes los seguidores del género nos hemos reencontrado en cierta medida en la saga *Hellboy* de Guillermo del Toro tanto en su encarnación como villano alemán (*Hellboy*), como en la del prusiano cantarín Johann Krauss (*Hellboy 2: The Golden Army*)— es tan absurdo como limitador. Estos fogonazos, además, demuestran como el *steampunk* ha ido poco a poco colándose entre nuestras ficciones sin que nos diéramos cuenta, adornando nuestras referencias culturales con la imagen de sus héroes, entre anticuados y «mecanizados» por artilugios propios de un fabricante de autómatas, de un relojero, de un mago o de un científico loco.

No obstante, si el cómic y sobre todo el cine se han enamorado de las máquinas maravillosas del *steampunk*, de la romántica visualidad que aportan esos engranajes descomunales y aquellas torcidas chimeneas de vapor, tan endebles y que sin embargo propulsan un castillo volador entero, o una silla de ruedas para Kenneth

Branagh, es bien cierto que el género nació con la literatura, y también que fue un escritor quien acuñó el término *steampunk*, aunque entre un momento y otro transcurriera un siglo entero.

Regresemos en el tiempo a aquellas estrafalarias fantasías con las que crecimos y nos convertimos en lectores voraces, aquellos Mundos soñados por Jules Verne y en menor medida H. G. Wells. Estos maestros nos asombraron ofreciéndonos visiones posibles de su futuro, nuestro malogrado presente; o bien los insólitos caminos de una ciencia alternativa, y fueron quienes en gran medida inspiraron a los autores que un siglo entero después, a partir de mediados de los años ochenta, imaginaron una permutación posible de la era victoriana y de su posterior futuro poblados de las más excéntricas e insólitas maquinarias, de una «tecnología» encantadora y arcaica en sus formas imposibles. Verne, para muchos el «abueleto» del *steampunk*, imaginó fantasías futuristas en las que los engranajes, los diales y las palancas, refulgían con sus tonos de cobre para hacer posible que una tecnología que funcionaba a vapor se convirtiera en el auténtico motor de un progreso que bien podría haber ocurrido. Estas obras primeras marcaron las pautas del género sin saberlo, adelantando en cierta manera un futuro posible como pretendían, aunque uno limitado al ámbito de la literatura, el de las obras de los años ochenta del siglo pasado como *The difference engine* de William Gibson y Bruce Sterling, o los *Infernal devices* de K. W. Jeter. Jeter sería el escritor que acuñaría el término en el siglo veinte, aunque es posible que fuera la suya una forma jocosa de aunar a aquellos que se habían dejado inspirar por las posibilidades fantásticas premarcadas por Verne, pero también por Charles Babbage, inventor y matemático homenajeado en la novela de Gibson y Sterling, de que el progreso científico anduviera por otros caminos, que dieran forma a un futuro distinto y estéticamente hermoso. Para Verne o Wells, o Conan Doyle, o incluso Rider Haggard, existiendo en un Mundo en el que Edison o el propio Babbage proponían inventos y mecanismos que para muchos debían resultar casi mágicos, infernales tal vez, es posible que sus «fantasías» literarias postulasen una visión del Mundo real y plausible, la de la novela de Verne *París en el siglo xx*, por ejemplo, tan cercana a ciertas realidades, aunque tan alejada de los medios por los cuales dichas «máquinas voladoras» o «ascensores» llegasen a funcionar. Ahí radica la belleza del género; que nunca se encuentra lo suficientemente alejado de una probabilidad, de situaciones y tecnologías y postulados científicos que existieron de veras. Por ello, tal vez, sea un clásico del *steampunk* que personajes reales y ficticios interactúen entre sí, o bien que se ofrezcan versiones alternativas de la historia, modeladas a partir de la historia oficial. De ahí quizá la capacidad del *steampunk* como generador de pastiches literarios (véase *Sherlock Ninja* de Ben Dunn o *Mr. Darcy, Vampyre* de Amanda Grange) y la mezcla entre diversos estilos (histórico, romance científico, fantasía, relato de detectives, *gaslight romance*), que lo convierten en un género literario absolutamente postmoderno y consciente de su propia ficcionalidad, lo que le confiere una juguetona capacidad para actuar como puente entre distintas estéticas. Si

Verne imaginó un futuro, los autores del siglo veinte decidieron reimaginar el pasado; y esta sea tal vez la definición más fehaciente del género tal y como lo entendemos hoy día: se trata de una ensoñación, a menudo con las pautas nostálgicas de los variados clichés que definen estéticamente la época victoriana pero también otras muchas, y que se nutre del retro-futurismo, del neovictorianismo, y que amalgama todo aquello que adoramos todos los que tenemos la sensación romántica y algo adolescente de haber nacido en el siglo equivocado.

Las obras de Verne o Wells, al adelantar un género «inexistente», o tal vez al crear las reglas de un juego que se desarrollaría un siglo entero después, en cierta forma pueden ser calificadas como *steampunk inconsciente* o bien *proto-steampunk* por muchos seguidores del género; aunque en esto, como en todo, se espera la gestación de diversas escuelas de pensamiento, tal vez de facciones opuestas.

La novela que nos ocupa data de 1908, aunque al leerla, como apunta el prologuista a esta edición, seamos incapaces de recordarlo, y abogemos por situar nuestra mente lectora inconsciente en los años cincuenta del siglo veinte como muy pronto. Pero la fantasía futurista de Bogdánov es mucho anterior. Precede a *Aelita*, y por lo tanto a su versión muda; y por lo tanto a *Metrópolis*; y por lo tanto al video musical de Madonna *Express yourself...* Y, por lo tanto, podría tratarse del primer antecedente de aquel futurismo-utópico de poleas y engranajes descomunales, constructivista y mecanizado, que es parte del *steampunk* de hoy día.

Así mismo, existen pocas máquinas más *steampunk* que el mágico *Eteronef* de Bogdánov, tanto es así que se ha convertido en la inspiración (creemos que sin referenciar) de un conocido juego de estrategia *steampunk* norteamericano llamado *Aeronef*, promocionado bajo el siguiente lema: «*En 1884 el inventor norteamericano Frank Stockburn inventó una máquina que generaba una energía opuesta a la de la gravedad...*» Las similitudes con la definición del *Eteronef* de Bogdánov son demasiado evidentes para ser ignoradas, sobre todo cuando leemos que el *Aeronef* se trata de la expansión de otro juego de estrategia curiosamente llamado *Redcoats on Mars*. La máquina voladora adelantada a su tiempo de Bogdánov y propulsada por un invento alternativo a las formas de energía que hoy nos llevan hasta el espacio, parece haberse colado dentro de la cultura del *steampunk* por sus propios méritos al haber sido objeto, si no de un pastiche en sí misma, al menos de una versión más políticamente «correcta» en aquel Universo alternativo que se llama América del Norte.

Además de sus muchas referencias *steampunk*, nos interesó el hecho de que se trate de la primera fantasía futurista escrita en Rusia en la cual el futuro no se presentaba únicamente conectado a una serie de creencias filosóficas o ideológicas, como es el caso por ejemplo de Odóievski, sino que en lugar de ello proporciona un entorno que existe solo para ser descrito: los excéntricos detalles que Bogdánov nos ofrece sobre cómo funciona la vida en Marte, desde la ropa hasta la arquitectura, o la poesía, o el viaje interplanetario. Esta es una de las razones por las cuales *Estrella*

Roja puede leerse hoy día, más de un siglo tras su escritura, como una fantasía *proto-steampunk*.

Esperamos que la disfruten tanto como nosotros.

Marian Womack
Madrid, Febrero de 2010

Notas

[1] Richard Heinrich Ludwig Avenarius (1843-1896) y Ernst Mach (1838-1916), filósofos alemanes, formuladores de la filosofía del Empiriocriticismo. (*Nota de los Traductores*) <<

[2] Respectivamente, los nombres del planeta para los ancianos griegos, babilonios, y chinos. (*N. de los T.*) <<

[3] Giovanni Virginio Schiaparelli (1835-1910), astrónomo italiano que observó, en 1877, estructuras parecidas a canales en la superficie de Marte; Percival Lawrence Lowell (1855-1916), aficionado a la astronomía y escritor de volúmenes sobre el origen artificial de los canales marcianos. (*N. de los T.*) <<

[4] Filippo Tomasso Emilio Marinetti (1876-1944), poeta futurista y fascista italiano.
(*N. de los T.*) <<

[5] J. Posadas (pseudónimo de Homero Rómulo Cristalli Frasnelli, 1912-1981), trotskista argentino, creador en la natura socialista de los extraterrestres. (*N. de los T.*)

<<

[6] Aleksandra Mijáilovna Kollontái (1872-1952), feminista, la primer mujer embajadora de la historia; Antonie Pannekoek (1873-1960), astrónomo y teórico marxista neerlandés; Antonio Gramsci (1891-1937), uno de los fundadores del partido comunista italiano; Lukács György (1885-1971), marxista y crítico literario húngaro. Vladimir Lenin, Rosa Luxemburg, y León Trotski son bastante conocidos para no necesitar una nota. (*N. de los T.*) <<

[7] Se refiere a **Herr Eugen Dührings umwälzung der wissenschaft** (**La revolución de la ciencia de E. Dühring**, 1878) de Friedrich Engels. La obra, que ataca brutalmente el pensamiento de Dühring, es más conocida como **Anti-Dühring**. (*N. de los T.*) <<

[8] Marie Skłodowska Curie (1867-1934), química y física polaca, descubridora con su marido Pierre de los elementos polonio y radio; Ernest Rutherford (1871-1937), físico y químico neocelandés, inventor y defensor del modelo planetario del átomo. (N. de los T.) <<

[9] La palabra **Eteronef** (del latín: aether, éter y navis, barco, navío) es una invención del mismo Bogdánov y significa astronave. (*N. de los T.*) <<

[10] Immanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán; Pierre-Simon Laplace (1749-1827), astrónomo y matemático francés. (*N. de los T.*) <<

[11] Verstá (en ruso: Вёрста), antigua unidad de longitud rusa, equivalente a 1066,8 metros. (*Nota del editor digital*) <<